



ARIADNA TUXELL
AUNQUE
TÚ Y YO NUNCA,
TÚ Y YO SIEMPRE



zafiro♥

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Gala es azafata de vuelo y adora su profesión. Disfruta viajando por el mundo junto a sus dos compañeras de trabajo, Aitana y Dafne, quienes se han convertido en sus inseparables amigas y con las que comparte muchas horas de su vida.

Por suerte o por desgracia, Gala sigue enamorada hasta las trancas de un guapo piloto que resultó estar casado y con el que vivió un sinfín de tórridas escenas cargadas de amor, pasión y desenfreno. Sin embargo, ella decidió poner tierra de por medio para proteger a su dañado corazón. Pero ¿qué sucede cuando el destino, que en ocasiones es tremendamente caprichoso, se empeña en hacerte coincidir con tu talón de Aquiles?

En *Aunque tú y yo nunca, tú y yo siempre* tienes asegurada la risa, la emoción, el valor de la amistad y del amor verdadero. Descubrirás que no todo es lo que parece, que un no rotundo se puede convertir poco a poco en un tal vez o incluso en un sí definitivo, y que tu suerte puede cambiar en cuestión de segundos.

Abróchate el cinturón porque vamos a despegar.

AUNQUE TÚ Y YO NUNCA, TÚ Y
YO SIEMPRE

Ariadna Tuxell

zafiro 

Capítulo 1

¿Crees que los sueños se hacen realidad? Afirmo que, en ocasiones, sí, y cuando eso sucede te conviertes en la persona más feliz del planeta.

Soy Gala, tengo treinta y un años y trabajo en lo que desde muy pequeña he soñado: pasear entre las nubes, ver la vida pasar a tus pies y poder observar a diario la grandiosidad del mundo en el que vivimos.

Como habrás imaginado, soy azafata de vuelo.

Siempre he tenido fascinación por los aviones. Mis padres nos llevaban a mis hermanos y a mí al aeropuerto de Barcelona para verlos despegar y aterrizar. Hay una zona muy chula cerquita de dicho aeropuerto, donde los domingos suele estar a tope de familias que van a pasar allí el rato contemplando los aviones desde un lugar privilegiado.

Toda mi vida he soñado con poder viajar por el mundo y visitar lugares mágicos. Me encanta hospedarme en algún bonito hotel caribeño y hacer alguna excursión, aunque el tiempo de descanso no sea demasiado; lo justo para dormir y cargar las pilas.

Me gusta lo que hago y mi vida profesional me llena completamente.

Actualmente no tengo pareja y vivo feliz, sin ataduras de ningún tipo, sin dar explicaciones a nadie y haciendo y deshaciendo a mi antojo. Tengo muy buenos amigos que siempre están dispuestos a suplir las carencias emocionales que de tanto en tanto salen de mi interior. Cuando me pasa eso, tiro de mi *chorboagenda* y elijo al candidato perfecto que considere que puede dar la talla según las necesidades del momento. A estas alturas de la película ya nos vamos conociendo y sabemos de qué pie cojean todos: está el romántico que es perfecto para ir al cine y terminar la velada con una cenita a

la luz de las velas; el apasionado, ideal para pasar un fin de semana calentito en buena compañía; el gracioso con ganas de hacerme reír y quitarme las penas a carcajadas; el aventurero, que me hacer vivir al máximo sin límites ni limitaciones... En fin, que, por suerte, amigos no me faltan, y nunca me siento completamente sola.

En el trabajo también he hecho muy buenos amigos, pero intento no mezclar las cosas. Es muy incómodo tener que trabajar a diario con algún ex y, a excepción de una única vez, que me enamoré como una bendita de un piloto guapísimo que me dejó el corazón igual que un colador, no he vuelto a tener nada con ningún compañero.

Fui la típica ingenua que fue a parar a los brazos de un guapo tiarrón, con muy buena planta y una alianza de oro en su dedo anular... Durante varios meses incluso creí ciegamente que abandonaría a su mujer para iniciar juntos una vida repleta de amor, sin censura ni obstáculos.

Nuestras escapadas románticas eran esporádicas, nuestras citas totalmente clandestinas y las despedidas cada vez se hacían más duras. Y, con el paso del tiempo, te vas adueñando de él, pese a que no es tuyo y no te pertenece. Algo te dice en tu interior que ese amor jamás llegará a nada más, pero te niegas a aceptar la realidad siendo la tonta y patética amiguita de semejante hombre por el que harías casi cualquier locura.

Por suerte ya ha llovido bastante y casi ni me acuerdo de él...

Dos de mis compañeras de trabajo, con las que vivo a diario un sinfín de momentos repletos de diversión, se han convertido en mis mejores amigas. Ellas son Dafne y Aitana, solteras también, y sin cargas familiares. Nuestro trabajo requiere de bastante flexibilidad horaria y sería complicado viajar tanto teniendo a unos hijos esperándote en casa y a un marido con ganas de tener a su esposa junto a él. Las tres formamos parte de la misma tripulación y siempre volamos juntas.

Tenemos alquilada una casita preciosa cerca del aeropuerto, así llegamos al trabajo bastante rápido. Los alquileres en Barcelona son caros, y más si la

propiedad dispone de ciertos privilegios, como es en nuestro caso. Solas no podríamos acceder a un alquiler tan elevado, pero entre las tres podemos costear los gastos sin problema alguno.

Somos como hermanas y lo hacemos casi todo juntas. Es gracioso porque cada una tiene el cabello de un color distinto y somos la morena, la rubia y la pelirroja, más repartido imposible. Nuestra imagen es importante tanto en el trabajo como en nuestras vidas, y nos cuidamos, pero sin agobios.

Estamos en pleno vuelo con destino a Costa Rica. Adoro ese lugar y me siento feliz cuando voy. Todo allí es precioso, y la cantidad de fauna y flora que hay me vuelve loca.

Quedan tres horas de viaje y está siendo un trayecto de lo más entretenido. Hay varias parejas de recién casados que están disfrutando ya de la luna de miel, y sus manos no paran quietas. A ver cuánto tiempo les dura la felicidad...

Una pareja en cuestión está más cariñosa de lo normal y no paran de tocarse, besarse y reír como dos adolescentes. Sin darnos cuenta, estamos las tres mirando a dicha pareja con cierta envidia en nuestras caras.

—Menudas ganas que se tienen esos dos. Estoy por decirles que vamos a pasar por una zona de turbulencias para que ella se siente en su asiento y se abroche el cinturón, que lleva sentada sobre las piernas de su marido desde hace varias horas... Y diría que en cualquier momento van a ir un poco más allá y lo van a hacer ahí mismo. Ella cabalgando sobre su recién estrenado esposo, y que mire quien quiera —comenta Dafne. Tiene ganas de encontrar a su chico perfecto, pero la verdad es que el muchacho se resiste a aparecer.

—Ya te digo, menuda lagarta está hecha. Le da igual que les estén mirando, y parece que hasta le guste que algunos cuchicheen —dice Aitana.

—Admitidlo, lo que os pasa es que estáis celosonas de que a ella le estén

comiendo la boca y a vosotras no. ¿Cuánto hace que no os besáis así con un tío? —les digo para meterme con ellas.

—Demasiado... El único que me besaba con esa posesión era Roberto, pero desde que empezó a salir con su nueva novia ya no hemos vuelto a quedar —contesta Dafne.

—A mí, chicos no me faltan, pero reconozco que me gustaría ser la única que hiciera suspirar a un hombretón como el recién marido que tan felizmente se está besando con su señora —argumenta Aitana.

—Dicen que siempre se quiere lo que no se tiene. Disfrutemos del momento, de nuestra libertad, de nuestra soltería y de las ganas de cachondeo que tenemos. Si tiene que venir algo serio ya vendrá, pero no por ello debemos desear aquello que en alguna ocasión hemos tenido y que no es que nos fuera demasiado bien, ¿no creéis? —digo en plan hermana mayor. Las tres tenemos la misma edad, pero generalmente soy la más cabal y sensata.

Considero que la vida es muy simple y sencilla pero que somos nosotros solos los que lo complicamos absolutamente todo. Hay que ser práctica y resolutiva e intentar ser feliz con lo que la vida nos ofrece día tras día.

—Oye, ¿sigue en pie lo del crucero? A mí me hace muchísima ilusión pasar unos días a bordo de un majestuoso barco repleto de gente joven con ganas de pasarlo genial —dice Aitana.

—Pero ¿no queda demasiado desesperado hacer un crucero únicamente con gente soltera, teniendo en cuenta que la mayoría irán para intentar pillar cacho? —digo un tanto seria.

—¿Y? ¿Dónde ves el problema? ¿Acaso tú no irías con la misma intención? —me replica Dafne.

—Hombre, está claro que si me sale una buena oportunidad no voy a desaprovecharla, pero vamos, que no voy a ir igual que una perra en celo buscando a alguien que me copule sea como sea.

—Uy, qué fina nos ha salido la niña... Pues yo no quiero que alguien me copule sin más, lo que realmente necesito es a un buenorro que me dé salami,

candela o lo que le apetezca, pero que me haga gozar y gemir hasta bien entrada la madrugada. ¿Que estoy salida? Sí, muchísimo. ¿Que busco desesperadamente un polvo? También. ¿Y? ¿Algún problema? Mi chirri quiere marcha, y yo se la voy a dar —nos dice Dafne provocando nuestras risas.

Nuestro Boeing 747 aterriza sin problema alguno y la gente aplaude en muestra de su alegría por haber llegado y por lo bien que lo han hecho los pilotos. Ha sido un viaje muy bueno y no ha habido ningún altercado. Los que formamos la tripulación del avión nos despedimos de los pasajeros hasta que quedamos únicamente nosotros.

Una vez ya en el minibús que nos lleva hasta el hotel vamos hablando animadamente. He de decir que hay muy buena sintonía entre todos y trabajamos bien juntos. Los pilotos están acostumbrados a gustar entre las azafatas y en ocasiones ves miraditas que dejan muy poco espacio a la imaginación. Es bien sabido que hay mucho mamoneo en la mayoría de profesiones, y la nuestra no va a ser diferente. El tonto y el flirtear están a la orden del día, pero ¿a quién no le agrada gustar?

Yo aprendí bien la lección con mi ex y no me he vuelto a fijar en ningún piloto más, aunque he de admitir que el morbazo que me daba liarme con él en la cabina cuando nos quedábamos solos... Lo pienso y me pongo tontorrón.

Cuantísimo me llegó a gustar ese hombre... Y el muy idiota no fue capaz de valorarme y apostar por nuestra relación. Él se lo pierde, y muy a mi pesar, yo también... Pero, por suerte, cambió de compañía aérea y dejamos de coincidir, ya que era muy difícil vernos y no correr a los brazos del otro para besarnos apasionadamente.

Llegamos al hotel y nos dan la llave de nuestra habitación. Siempre pedimos una triple para poder dormir juntas. Estamos cansadas y, tras darnos una ducha y cenar algo, no tardamos en quedarnos dormidas.

Al despertarme sonrío por estar en Costa Rica y salgo a la terraza para ver qué día hace, y un sol achicharrante me da los buenos días al observar el pedazo de playa que tengo ante mis ojos.

Despierto a mis amigas mientras me pongo el bikini y la crema solar, un vestidito mono, y a desayunar se ha dicho. ¡Qué hambre tengo!

El desayuno es espectacular y salimos del restaurante rodando.

—Madre mía, qué manera de comer —dice Aitana.

—Estaba todo delicioso. Me apetece mucho echarme en una tumbona bien cerquita del agua y descansar un rato mientras mi cuerpo se va poniendo morenito —comento mientras me pongo las gafas de sol, pues éste me molesta un montón al estar recién levantada. Tengo los ojos azules y me cuesta ir sin gafas. Reconozco que soy resultona al ser morena, con el pelo largo hasta donde la espalda pierde su nombre, los ojos del color del cielo y la piel cobriza.

Llegamos a la playa y buscamos el sitio idóneo para pasar unas horas. Mañana regresamos a Barcelona y hoy nos apetece hacer día playero, y por la tarde disfrutar de la piscina del hotel.

—Telita con los monumentos que hay por aquí... Será cuestión de venir de vacaciones y pasar varios días entre tanta belleza masculina —comenta Dafne dando un silbido al ver a varios chicos, a cual más fuerte y atractivo, que juegan felizmente un partido de vóley.

—Quién fuera pelota para estar entre sus manos —digo suspirando, haciendo que las tres riamos con ganas.

Ponemos las toallas en tres tumbonas consecutivas y nos vamos directas al agua.

—¡Está deliciosa!

—¡Me encanta esta playa! —digo mientras nadamos un poquito.

Pasamos un buen rato en remojo hablando de nuestras cosas hasta que vemos que el grupo de chicos que estaban jugando a vóley viene corriendo. Se salpican los unos a los otros y se tiran de cabeza. Nosotras estamos en la parte

profunda, con las cabecillas saliendo del agua como si de tres sirenas se tratara, sin tocar suelo para trabajar un poco los glúteos, ya que los muy puñeteros se empeñan en ceder a la dichosa gravedad y estar cada vez más cerca de las rodillas...

—Por Dios, es como ver un anuncio de modelos —comento mientras observamos embobadas a los guapos chicos que vienen nadando hacia nuestra posición.

—Juegan bien a vóley, tienen una sonrisa preciosa, corren con estilo y nadan de maravilla... Como todo lo hagan igual de estupendamente, qué chollito tenemos ante nosotras, chicas... —dice Dafne con un tonito divertido.

Las tres estamos moviendo las piernas a gran velocidad para no hundirnos, eso sí, con la mejor de nuestras sonrisas.

Los chicos han traído la pelota y empiezan a jugar a pasársela los unos a los otros. Nosotras vamos hablando de nuestras cosas hasta que se les escapa el balón y casi nos da en la cabeza. Se lo paso a uno de ellos que se acerca nadando pidiendo perdón.

—Lo siento, ¿os ha dado?

—No, tenemos buenos reflejos y nos hemos apartado a tiempo —dice Dafne haciéndole ojitos.

—¿Queréis jugar con nosotros? —nos propone el sonriente guaperas, sabedor de su gran atractivo.

—Tendrías que ser más conciso a la hora de preguntar si queremos jugar con vosotros —responde Aitana mostrando una vez más el gran sentido del humor que tiene.

—Hombre, por el momento podemos jugar con la pelota en el agua y según se tercie podemos jugar a lo que vosotras queráis donde vosotras digáis — replica mostrando su perfecta dentadura.

—Bueno, la cosa se pone interesante... Anda, vayamos a jugar con estos chicos tan simpáticos —comento nadando hacia el grupo que nos da la bienvenida chocando la mano amigablemente.

Pasamos un buen rato en remojo jugando a vóley. Hemos hecho dos equipos y utilizamos como red unas boyas unidas con una cuerda. Es divertido y nos lo pasamos realmente bien.

Cuando ya nos duelen las piernas de tanto aguantarnos a flote decidimos salir y tumbarnos un ratito. Tienen las toallas muy cerca de nuestras hamacas y nos invitan a unos refrescos bien fresquitos. ¡Qué bien sienta beber algo frío cuando has hecho deporte y tienes sed!

El humor y las ganas de cachondeo hacen que nos lo pasemos muy bien y riamos constantemente. Son un grupito muy majo y nos alegramos de haber coincidido con ellos, así que decidimos comer juntos en un restaurante playero que tiene muy buena pinta.

El día está saliendo redondo y no nos pueden ir mejor las cosas. Cada una le ha echado el ojo a un chico y la verdad es que la química fluye a raudales: que si una manita por aquí, una caricia inocente por allá, una bonita palabra al oído... Parecemos tres niñas con zapatos nuevos y estamos encantadas de la vida con nuestros nuevos amigos.

A media tarde, casualidad o no, quedamos únicamente los seis. El resto de los chicos se han ido despidiendo de nosotras y decidimos ir a nuestro hotel para darnos un baño en la piscina.

Al llegar nos vamos directos al bar para pedir unos cócteles bien ricos que entran como si fuera agua. Entre el sol, el calorcito, la buena compañía y el alcohol, tengo una tontería encima bastante importante.

Ellos están muy receptivos, más o menos igual que nosotras, y cada vez las distancias son menores. Nos metemos en el agua y, sin darnos cuenta, acabamos cada pareja en un rincón de la piscina dando rienda suelta a sus necesidades.

Mi ligue se llama Diego y besa de maravilla. Acaricia mi cuerpo con descaro, ventajas de estar en el agua y no ser vistos. Le beso con pasión y observo a mis amigas que están exactamente igual que yo. No sé ellas, pero yo

necesito más y con unas cuantas caricias subiditas de tono no me voy a conformar.

—¿Quieres que subamos a la habitación? —le digo en un susurro a mi chico. Él me mira con una pícaro sonrisa, y con la manera que tiene de besarme deduzco que su respuesta es afirmativa.

Miro a Dafne y a Aitana y no nos hace falta decir nada más, cuchichean con sus chicos y salimos los seis de la piscina. Nos secamos entre risas y me acerco a ellas.

—Tengo un calentón... ¿Cómo lo hacemos? Sólo tenemos una habitación y creo que todos tenemos las mismas ganas de ir un poquito más lejos —les digo con cara de circunstancia.

—Hombre, la habitación es muy grande y da para mucho. Podemos dividirla en tres partes. Entre el comedor, que tiene una cama, y la habitación de matrimonio donde está la cama grande, hay una puerta corredera que separa los dos ambientes. Tenemos el baño que se comunica con las dos zonas teniendo dos puertas, una en cada lado, y luego también está la terraza con la ducha de piedra... Lo echamos a suertes y a ver qué nos toca, ¿no? —dice Aitana con una gran agilidad mental, fruto de la necesidad.

—Me parece bien —respondo.

—A mí también —dice Dafne.

—Pues venga, tres palillos de diferentes tamaños, la que saque el más largo elige y la que saque el más corto se queda con lo que no quieran las otras — dice Aitana rompiendo tres palillos de madera que acaba de coger de la barra del bar. Los chicos nos miran con una sonrisa en la cara escuchando lo que vamos diciendo.

—Va, lo dejaremos en manos de nuestros amantes. Elegid uno a ver cuál sacáis. —Ellos muy obedientes, por la cuenta que les trae, eligen un palillo y lo enseñan. El mío saca el más largo y doy una palmadita.

—¡Ole mi niño! Qué prefieres, ¿cama de matrimonio, comedor o terraza? —le digo con mi sonrisa más juguetona. Él me mira igual de divertido y, con

una cara de malo que no puede con ella, responde:

—Terraza.

Sonríó ante su determinación a la hora de responder y deduzco que algo perverso se le ha venido a la mente. El de Aitana saca el segundo más largo y elige la cama grande, por lo tanto, Dafne tiene el más corto, así que se quedan con el comedor.

Recogemos las toallas y nos vamos para arriba. Estamos viviendo un momento muy loco pero al mismo tiempo tremendamente excitante. Voy directa al baño para acicalarme un poco, pues en breve estaré en la terraza dándole todo y me gusta estar limpiita.

Los demás van hablando animadamente y escucho las risas desenfadadas. Cuando salgo, mi chico me sonrío entrando él también en el servicio, imagino que para hacer lo mismo que yo.

Cojo una botella de agua de la nevera y le doy un buen trago. Estoy nerviosa por lo que estamos a punto de hacer. Menuda locura, pero ¡qué ganitas tengo!

Cuando Diego abre la puerta y sale, le hago una señal con el dedo para que venga hacia mí. Él, muy obediente, se acerca y, dándome el más dulce de los besos, cerramos la puerta de la terraza. Dafne se acerca al cristal, me guiña un ojo y corre la cortina para no vernos ni ser vistos en pleno acto sexual. Tenemos confianza, pero no tanta. No necesito verla en acción ni quiero que ella me vea a mí.

Me acerco sensualmente a mi chico y él espera mi ataque. Nos besamos con una pasión que hasta duele y nos desnudamos con premura. Me indica que me ponga en la cómoda tumbona que hay, que, por suerte, es bastante confortable y consistente, y una vez estoy tumbada se pone de rodillas, separa mis piernas y empieza a devorar mi monte de Venus.

Dios, ¡qué placer! Pero ¿qué me está haciendo este buen hombre que nunca antes nadie me lo había hecho así? Madre del amor hermoso, qué práctica y qué arte tiene moviendo la lengua...

Transcurridos varios minutos se pone en pie, sitúa una pierna a cada lado de la tumbona y me acerca su más que erecto pene. Sé perfectamente qué es lo que quiere y con gusto le concedo su deseo.

Hacía tiempo que no estaba tan sumamente excitada, y tengo el cuerpo que me arde. Veo que algo se mueve detrás de Diego y observo de reajo una cabeza que sobresale de la pared. Resulta que nos ha tocado un vecino fisgón con ganas de ver lo que hacen los de al lado. En otro momento seguramente me habría cortado el rollo y le habría dicho algo, pero, no sé por qué, sigo comiéndome a mi nuevo amigo como si nada mientras a él se le escapan varios gemidos de placer. Incluso me arriesgaría a decir que me está dando hasta morbo el estar siendo espiados en plena faena. Seguro que se está tocando mientras nos observa...

No puedo más y le pido que me haga suya ahora mismo. Él afirma con la cabeza y, tras ponerse un preservativo, me empala con premura. Virgencita, ¡qué placer más grande! Ahora que lo pienso, hacía bastante que no mantenía relaciones sexuales y me está sentando de maravilla.

El vecino cotilla sigue mirando creyendo que no ha sido visto, sin saber que en cierta manera ha sido invitado a la fiesta, pero sin derecho a nada más que no sea mirar.

He perdido la cuenta de la cantidad de embestidas que llevo y me sorprendo del buen amante que tengo ahora mismo entre mis brazos. Vamos cambiando de posición, a cual más agradable y satisfactoria, mientras nuestro vecino mirón sigue observándonos en plan *vieja del visillo*. Creo que Diego también se ha dado cuenta de su presencia, pero tampoco parece que le incomode en exceso.

Ahora estamos en la ducha bajo el agua templada, que cae sobre nuestros cuerpos provocando aún más placer. No sé cuánto tiempo llevamos disfrutando el uno del otro, pero admito que el aguante que ambos estamos mostrando es increíble.

Suerte que, en todos nuestros viajes, tanto mis amigas como yo llevamos

una caja de preservativos por si hiciera falta tirar de ellos. Nunca me he fiado de los plastiquitos ajenos y prefiero utilizar los míos, que sé que no están ni caducados, ni rotos, y que son de buena calidad.

Decidimos tumbarnos un rato para descansar y permitir a nuestros corazones volver a latir con normalidad, cuando la puerta de la terraza se abre y una despeinada Aitana me saluda con una amplia sonrisa.

—Hola, chicos. ¿Todo bien? —Me giro y al mirarla sonrío al ver su *look* alborotado.

—De maravilla. Ha sido una velada muy fructífera —comento la mar de satisfecha. Los cuatro salen a la terraza, imagino que para respirar un poco de aire fresco. Hablamos un ratito y decidimos ir a cenar a un restaurante que a ellos parece ser que les gusta mucho.

El lugar es precioso y el ambiente me fascina. Suena música de fondo y, por lo que veo, la comida tiene una pinta deliciosa.

La verdad es que el día se me ha pasado volando. Bueno, volando literalmente hablando no, volar lo haremos mañana que regresamos a Barcelona. Debemos acostarnos pronto pues tenemos que madrugar y no podemos irnos a dormir demasiado tarde, así que nos despedimos de nuestros chicos e intercambiamos los números de teléfono prometiendo que cuando volvamos se lo haremos saber. Les hace gracia que seamos azafatas de vuelo y empiezan a hacer con las manos las típicas bromas referentes a dónde están las salidas de emergencia, cómo se hincha el salvavidas y cosas similares con las que estamos más que familiarizadas.

Nos acompañan hasta la puerta de nuestro hotel y, tras varios abrazos, junto a unos pocos de besos un tanto apasionados, conseguimos entrar las tres en el hall.

—¡Buah! Menudo día más completito hemos pasado. Ha sido de película —comenta Aitana.

—Sí, de película porno diría yo. Os recuerdo que hemos tenido que dividir la habitación para copular con tres buenorros que habíamos conocido en la

playa pocas horas antes —digo un poco ruborizada.

—Dime que no te ha gustado y que no lo volverías a hacer —me comenta Dafne sonriendo mientras pulsa el botón del ascensor.

—Imposible decirte algo así. Admito que me ha encantado y ha sido una experiencia muy excitante. —Las tres reímos con picardía.

—Además, no es la primera vez que vivimos algo similar. En alguna ocasión hemos coincidido las tres en casa y cada una tenía a un tío metido en su habitación. Lo único que hoy el espacio era más reducido, pero, una vez más, nos hemos organizado de maravilla. Supongo que al pasar media vida metidas en un avión trabajando en unas dimensiones no muy amplias nos hemos acostumbrado a los espacios pequeños y nos adaptamos a todo estupendamente —comenta Aitana en plan profesora.

—Claro, será eso —digo aguantando la risa por la chorrada tan grande que acaba de decir.

—Lo que ha pasado es que íbamos más salidas y más calientes que unas perrillas en celo, que se nos han puesto ante nuestras narices unos macizorros llenitos de músculos repartidos estratégicamente por todo su cuerpo serrano, y que no nos hemos podido resistir a sus encantos, con lo que el desenlace ha sido que hemos terminado copulando como animales encerrados entre cuatro paredes. Bueno, eso nosotras, tú Gala has estado bien aireada en la terraza, ¿no?

—Pues sí, admito que tanto la temperatura como las vistas han sido estupendas, aunque para vistas las de nuestro vecino de la izquierda. No ha parado de espiarnos siendo testigo del festín que nos estábamos dando Diego y yo.

—¿Qué me estás contando? ¿Habéis tenido un mirón? —pregunta Dafne.

—Toooodo el rato, pero he de decir que hasta me ha gustado y me ha dado un rollito que no había experimentado jamás. Creo que Diego también lo ha visto pero ambos hemos hecho como si no pasara nada. Imagino que le habrá

dado a la zambomba un ratito bueno —digo riendo provocando la risa de mis amigas.

—¿Le hacemos una visita? Supongo que no sólo ha visto a Gala en acción, también habrá escuchado los jadeos y gemidos de Dafne, los míos y los de los chicos. El tío se habrá puesto como una moto... Sería gracioso llamar a la puerta y al abrir preguntarle si le ha gustado la fiesta que ha habido esta tarde en nuestra habitación.

—Quita, quita, que no tengo el chichi para más, y fijo que con lo salido que debe de estar ahora mismo, seguro que se nos tira a la yugular con ganas de hacernos lo mismo que nuestros nuevos amigos. Además, tenía una pinta de viejo verde que no podía con ella... —comento con cara de asquito.

—No sé a vosotras, pero a mí me han dado mucha candela y he tenido sexo para días. Aún me tiemblan las piernas y mañana tendré agujetas por todo el cuerpo... ¡Qué manera de darme placer! El tío parecía no cansarse y ha hecho conmigo lo que le ha dado la gana... —dice resoplando Aitana.

—Yo estoy deseando pillar la cama y dormir unas cuantas horas seguidas.

—Y yo.

—Pues ya somos tres. Ale, no se hable más. A dormir se ha dicho. —Nos cepillamos los dientes, nos aseamos y en cuestión de minutos estamos felizmente dormidas.

Suena el despertador y nuestra jornada laboral empieza. Nos duchamos, nos vestimos con los uniformes, nos peinamos con nuestro bonito moño que tan bien nos sale ya y nos maquillamos generosamente.

La vuelta a casa es tranquila y el vuelo no ha sufrido ningún retraso ni ningún percance. Así da gusto trabajar. Cuando llegamos a casa lo primero que hacemos las tres es quitarnos los zapatos y deshacernos el peinado para poder rascarnos la cabeza con unas ganas tremendas.

Creo firmemente que los pequeños placeres de una mujer son precisamente éstos: bajarte de los tacones tras una dura jornada laboral, quitarte el apretado sujetador y rascarte la cabeza cuando desmontas el moño liberando a tu pelo de la laca, las horquillas y la goma que te tensa toda la melena. Yo, al menos, soy tremendamente feliz en estos momentos tan simples pero tan sumamente satisfactorios.

Con qué poquito se conforma una... Si es que salgo más barata...

Capítulo 2

Estamos en la agencia de viajes recogiendo los billetes y todo lo relacionado con nuestro crucero. Al final nos hemos decidido y la semana que viene nos vamos a pasar nueve maravillosos días a bordo de uno de los barcos más grandes y modernos que hay en activo: un hotel de cinco estrellas que se mantiene a flote llevándote a lugares de ensueño. Coincidimos las tres estando de vacaciones y nos hace mucha ilusión hacer este viaje. No queremos viajar en avión para desconectar un poco de aeropuertos y vuelos y preferimos ir en barco.

Hoy ceno en casa de mis padres junto a mis hermanos, familiares directos y amigos de toda la vida. No puedo estar con ellos tanto como quisiera, perdiéndome en ocasiones actos importantes como lo son algunos cumpleaños y fechas señaladas.

Celebramos los cuarenta años de casados de nuestros progenitores y hemos organizado una fiesta muy bonita e íntima.

Mis padres son el ejemplo a seguir de todo hijo. Se quieren con locura, se aman sin condiciones y siempre, y digo siempre, han estado el uno al lado del otro. No discuten casi nunca y jamás he escuchado entre ellos ni insultos, ni palabras fuera de lugar, ni tonos elevados a la hora de hablar. Son, como se suele decir, el matrimonio perfecto. Es envidiable ver lo mucho que se quieren, y cuando les pregunto por el secreto de su relación ambos se miran, sonríen y, levantando los hombros quitándole importancia, responden: admiración, respeto y amor incondicional; es decir, «ARAI».

La primera vez que me respondieron eso lo encontré precioso, y no se me ocurrió nada mejor que aparecer por casa con un cachorro de pastor alemán

bautizado con el nombre de *Arai*. Desde entonces, todas nuestras mascotas se han llamado de la misma manera, para que nunca se nos olviden esas bonitas siglas. Soy muy afortunada al tener a unos padres que se quieren tantísimo mostrando su amor con cada palabra y con cada gesto.

Les he regalado un viaje a las islas Mauricio, es un lugar precioso y llevan años queriendo ir. Tengo la suerte de que me hacen descuentos en los billetes de avión, y evidentemente mis familiares sacan provecho a la hora de irse de vacaciones.

El problema que tienen mis padres es el mismo que sufren muchísimos abuelos que, tras la jubilación, ejercen más de padres que de yayos. Mis tres hermanos tienen descendencia, unos trabajos que les absorben un puñado de horas al día y unos cónyuges igual de ocupados.

Solución: que apechuguen los abuelitos.

Los pobres se levantan cada día a las seis de la mañana para ir a casa de mi hermana. Ella empieza a trabajar a las siete y se va estando aún sus hijos dormidos. Los yayos se encargan de despertarlos, darles el desayuno, hacer las camas y llevarlos al colegio a las ocho. Entonces se van a casa de mi hermano, que ya les espera con los niños vestidos y desayunando. Mis padres llevan a los mellizos a la guardería y se van dando un paseo a casa de mi otra hermana. Allí pasan la mañana cuidando del pequeño de la familia, que tiene seis meses, y aún es muy peque para ir a la guardería.

Al mediodía recogen a todos los niños, los llevan a comer a casa de mi hermana, que por suerte tiene en su piso un gran comedor junto a una amplia terraza y es la que vive más cerca de la zona escolar, comen la comida que mi madre ha ido preparando durante la mañana y a las tres dejan nuevamente a los niños en el colegio y guardería, pasean un poco con el carrito al chiquirrín para que se duerma la siesta y van a la oficina de su hija, que finaliza la jornada laboral a las cuatro de la tarde y ya se queda con el bebé. El resto de los padres también van terminando de trabajar sobre esa hora, y ya se hacen cargo de sus retoños pudiendo ir a buscarlos al colegio o guardería.

Esa historia la viven cada día, así que tienen más agenda social que un adolescente. Como es lógico no disponen ni de días de fiesta ni casi de vacaciones, pues cuando termina el calendario escolar y los niños tienen tres meses de descanso, adivina quién se hace cargo de los peques... ¡PREMIO! Los yayos nuevamente.

Lo veo muy injusto porque mis padres ya han criado a sus cuatro hijos y han trabajado mucho para sacarnos adelante, y ahora que pueden vivir la vida sin horarios y sin ataduras, que pueden viajar o quedar con amigos, les toca apechugar con los nietos. De vez en cuando hace gracia tenerles en casa para malcriarlos y mimarlos, pero como norma y obligación no mola tanto.

También entiendo a mis hermanos, es supercomplicado trabajar, llevar la casa, la familia y todo lo que conlleva. Y en los tiempos en los que estamos, ¿qué familia puede vivir únicamente con una nómina? O bien uno de los dos se gana muy bien la vida o es necesario que trabajen ambos. Y si tienen hijos, ¿quién los cuida si los padres trabajan? O una canguro o los abuelos, y, como es lógico, los yayos salen más baratos y son de una confianza máxima...

La parte positiva es que mis padres se han hecho amigos de varios abuelos que viven la misma situación y coinciden tanto en la puerta del colegio como en el parque paseando a los bebés. Se ven cada día y entre ellos se entienden perfectamente. Algunos fines de semana han quedado, sin niños, y se lo han pasado de maravilla. Así que de todo lo malo siempre sale algo bueno, y han conocido a personas de su edad con las que poder hablar y vivir momentos divertidos.

La fiesta sale genial y mis padres están encantados de la vida al tener a su gente celebrando algo tan importante. Hoy en día cumplir cuarenta años de casados es un logro muy muy meritorio.

Me hace gracia porque uno de los invitados es el hijo de unos amigos del pueblo y el pobre lleva coladito por mí desde que tenemos uso de razón. Somos de la misma edad y no ha habido ninguna Fiesta Mayor que no haya intentado algo conmigo. Ya no sé cómo decirle que no estoy interesada en él y

que dudo muy mucho que algún día llegue a estarlo. Me cae bien pero no es para nada mi estilo de hombre y prefiero estar sola que mal acompañada.

Una cosa que aprendes con el paso de los años es a identificar a la perfección qué cosas te gustan y cuáles no, qué es lo que quieres en tu vida, y lo más importante, qué no quieres ni en pintura. Y a este muchacho en cuestión no lo quiero a mi vera ni harta de vino.

Me sabe mal porque es de las mejores personas que conozco, pero cuando no hay química, ni atracción, ni el más mínimo interés en conocerlo más íntimamente, en estos casos es mejor mantener la distancia y que corra el aire. Nuestros padres son igual de ilusos que él y también creen que tarde o temprano terminaremos juntos porque, según ellos, hacemos muy buena pareja y estamos hechos el uno para el otro. Angelicos, la ilusión es lo último que se pierde...

Un verano el susodicho intentó ponerme celosa con una vecina del pueblo, fue tal la alegría que me dio al verle besar a una chica, que sin poder evitarlo aplaudí con una sonrisa que me llegaba de oreja a oreja, consiguiendo que se mosqueara conmigo al ver mi reacción. Estuvo más de una semana sin hablarme, pero finalmente cedió a mis encantos. Me sabe mal no sentir nada por él, pero lo que tengo muy claro es que no voy a estar con nadie por pena ni lástima.

La fiesta termina y los invitados empiezan a marcharse. Ayudamos a recoger y, cuando lo tenemos todo limpio, nos despedimos. Mis hermanos y yo nos vamos de casa de mis padres, con la diferencia de que ellos van cargados de niños cansados y un tanto irritables, y yo me voy a dormir a casa junto a mis dos grandes amigas con las que convivo de maravilla.

Mañana nos vamos de crucero y ya lo tenemos todo preparado, maletas incluidas. ¡Qué nervios! La ruta que haremos es: Baleares, Italia y Francia. Suficiente para desconectar y pasar unas buenas vacaciones diferentes a lo que hemos hecho hasta la fecha.

Al llegar a casa veo a Dafne y a Aitana tiradas en el sofá. Están viendo una de nuestras películas favoritas, *Mamma mia*. La hemos visto unas mil veces, pero no sé qué tiene que nos encanta verla. Me hacen un hueco y me pasan la bolsa de pipas. Parecemos tres loros pelando las pipas con un arte impresionante mientras canturreamos las canciones de la película.

A la una y media de la madrugada nos vamos a dormir nerviositas perdidas. Programamos el despertador para que suene a las ocho ya que el barco sale a las doce. Milagrosamente consigo dormirme bastante rápido sin haber dado demasiadas vueltas en la cama buscando la postura más cómoda.

Cuando suena la alarma, me ducho mientras canto una de mis canciones preferidas. Me gusta poner música cuando estoy en la ducha porque así empiezo el día con una alegría que me carga de buenas vibraciones.

Voy a la cocina para preparar el desayuno y mis amigas me dan los buenos días entre risas. Estamos radiantes de felicidad y nuestro estado anímico está por las nubes.

—¡Qué ganas tengo de subirme al barco y ver cómo es por dentro! Jamás he hecho un crucero y tengo mucha curiosidad. El nuestro tiene absolutamente de todo y podemos ir de tiendas, al cine, al teatro, de fiesta a la discoteca, hacer surf en la piscina de olas... incluso tenemos un parque acuático. ¡Qué maravilla! —comenta Aitana, que está igual que una niña pequeña.

—Tenemos que hacer muchas fotos para que nos salga un álbum bien bonito, ¿eh? Que no se nos olvide —digo yo, que soy la encargada de plasmar nuestros momentos más divertidos para después tener un precioso álbum de recuerdos.

Salimos de casa y un taxi nos lleva hasta la zona del puerto de Barcelona. Ver de cerca los majestuosos barcos no tiene desperdicio y nos duele el cuello de mirar para arriba para ver cuántas plantas tienen. El nuestro es inmenso y al entrar y ver la grandiosidad que alberga en su interior las tres damas un

silbido. No sabemos dónde mirar y avanzamos junto al resto de los pasajeros mientras parte de la tripulación nos da la bienvenida. Qué guapos están vestidos con sus bonitos y elegantes uniformes.

¡Qué me gusta un hombre vestido de marinero! Pero no como Popeye o un marinero pesquero, más bien como uno tipo *Oficial y Caballero*, que mola mucho más y es más atractivo.

Dejamos las maletas en nuestro camarote, que por suerte es exterior y las vistas al mar son muy bonitas. Admito que hemos tenido muy buen gusto eligiendo este viaje y esta compañía que, según dicen las críticas, es la mejor con diferencia.

Recorremos el barco de punta a punta, parecemos tres chiquillas pequeñas yendo de excursión. Estamos superfelices y se nos nota sólo con mirarnos.

El ambiente es buenísimo y, en teoría, todos los viajeros estamos solteros. Se ve que la compañía hace una vez al año una escapada de *swingers* donde es posible que algunos de sus clientes encuentren el amor verdadero, o no.

Llega la hora de comer, y con tantas emociones y tanto paseíto por el barco estamos hambrientas. Entramos en el restaurante, que huele de maravilla. Hay tanto donde elegir en el bufet libre que no sé por dónde empezar. La comida está deliciosa y me he llenado el plato hasta arriba haciendo un popurrí de lo más variado. Estoy hablando animadamente con mis amigas cuando veo que se acerca un grupo de chicas. El camarero les dice que en principio su mesa asignada es la misma que la nuestra, pero que, al tratarse de un crucero donde lo interesante es conocer a diferentes personas, el resto de los días nos podremos sentar donde y con quien queramos.

Nos saludan sonriendo. Se les ve majas y me alegro de que sean ellas nuestras compañeras. Se van sentando entre risas mientras observan lo que las rodea.

—Hola, ¿qué tal? —nos dice una de ellas.

—Aquí estamos, disfrutando de nuestro primer día de crucero —respondo.

—Nosotras estamos igual, qué maravilla de barco. Menudas vacaciones

más buenas vamos a pasar.

—Sí, y encima alegrándonos la vista con semejantes hombretones —dice Aitana riendo.

—Y se supone que están todos solteros —comenta otra de las chicas provocando una risita colectiva.

—¿Venís juntas las tres o habéis coincidido aquí también? —nos preguntan.

—Somos amigas, compañeras de trabajo y vivimos juntas —responde Dafne.

—Jo, pues sí que sois amigas —dice otra de las chicas.

—Sí, somos azafatas de vuelo y tenemos alquilada una casa muy chula cerquita del aeropuerto, así estamos cerca del trabajo. Evidentemente una sola no podría costear los gastos de la vivienda, pero entre las tres sí.

—Oh, qué guay vuestro trabajo, todo el día viajando y conociendo un mundo nuevo.

—No te creas, conocemos bien los aeropuertos y un poco las zonas cercanas a dicho aeropuerto, pues el tiempo de descanso no suele ser muy elevado —respondo con cara de circunstancia.

—¿No es agobiante estar tantas horas metidas en un avión día sí y día también?

—A todo se acostumbra una, y al trabajar de lo que realmente nos gusta, la verdad es que se nos hace ameno. Por cierto, mi nombre es Aitana, ella es Dafne y ella es Gala.

—Encantada de conoceros, chicas. Yo soy Martina y ellas son Abigail, María, Carla, Silvia, Estela y Cloe. Somos amigas de la infancia y desde hace algunos años nos apodamos «El grupo de las malas madres». —Nos hace gracia su comentario y reímos sorprendidas por lo que nos acaban de decir.

—¿Y eso? —pregunto mientras veo que se miran divertidas.

—La mayoría somos madres y tenemos batallitas para aburrir. Hace años vimos la película de *Malas madres* y nos encantó. Salimos del cine con tal subidón de adrenalina al sentirnos tan sumamente identificadas con las

protagonistas de la historia, que decidimos crear nuestro propio grupo donde poder quedar de vez en cuando para poder hablar, criticar, desahogarnos y, sobre todo, reír lo máximo posible. Es muy agradable tener una tregua en tu vida durante unas horas y dejar de ser «la mujer de» o «la mamá de», para simplemente ser una misma. Tenemos de todo un poco: casadas, divorciadas, madres solteras y alguna que no quiere convertirse en madre jamás —nos explica Carla.

—Admito que va genial quedar de tanto en tanto para poder relajarse un rato entre amigas que más o menos están viviendo la misma situación y su nivel de agobio es similar. ¿Vosotras sois madres?

—No —respondemos las tres a la vez.

—Y al ritmo que vamos no sé ni si llegaremos a serlo alguna vez porque nuestra agenda es apretada y nuestro trabajo exige flexibilidad. Por el momento ni tenemos pareja, así que dudo que alguien nos haga un bombo —comenta Dafne.

—Bueno, no es imprescindible tener a un hombre cerca para poder procrear. Yo siempre había querido ser madre, pero la vida únicamente me ponía ante mí a los tíos más tarados que te puedas llegar a imaginar. Al cumplir los treinta y cinco y ver que seguía igual de sola y que mi sueño de tener un bebé era complicado hacerlo realidad por la vía típica, decidí ir a un centro de reproducción asistida donde pude convertirme en la orgullosa mamá de una preciosa niña hiperactiva, que me tiene agotadita perdida y medio desquiciada —dice riendo Abigail mientras mira a sus amigas, que saben de lo que está hablando.

—Debe ser duro criar sola a un bebé —le digo empatizando con ella.

—Ni te lo imaginas. He de decir que vives momentos únicos repletos de magia, pero hacer de mamá y de papá, trabajando, viviendo sola y con poca ayuda en ocasiones se hace cuesta arriba.

—¿Y con quién has dejado a la peque?

—Mis padres y mi hermana se han apiadado de mí tras cuatro largos e

intensos años de crianza, y me han dicho que se quedaban con ella para poder venir a este viaje. Me da pena, pero es necesario desintoxicarse cada cierto tiempo y es la primera vez que me voy unos días sin mi pequeña diablilla.

—Yo estuve casada quince años, llevo tres divorciada y soy madre de dos niños que están asalvajados y que me traen por el camino de la amargura... Los quiero más que a mi vida, pero qué fatiguita más grande que me dan. Tienen doce y catorce años y son edades complicadas. ¿Sabéis que el otro día pillé al mayor haciéndose un *trabajillo* en el baño? Qué vergüenza pasé; bueno, él mucha más que yo... Abrí la puerta y me lo encontré viendo una película porno en la tablet mientras estaba sentado tocando la zambomba con los pantalones bajados...

—¿Y qué hicisteis?

—Cerré la puerta intentando hacer ver que no había visto nada y cuando vino a la cocina para explicarme lo que había sucedido, le comenté que no tiene que darme explicaciones, pero que otro día cierre la puerta con el seguro para no volver a vivir algo similar. Es lo que toca, se me hace mayor y empieza a tener sus necesidades —dice Martina dándole también un trago a su copa.

—A mí, el otro día, la mía de dieciséis años me pidió que si podía quedarse a dormir su novio porque sus padres tenían que ir a un entierro a Andalucía y él tenía clase en el instituto. Que le daba miedo estar solo en casa y que si podía quedarse con nosotros. Su padre y yo le dijimos que sí, pero con la condición de que durmieran en habitaciones separadas. Cuando me desperté para ir al baño escuché ruido en la habitación de mi hija y ya os podéis imaginar qué tipo de ruido era... Me metí nuevamente en la cama y ya no pude dormir más. A la mañana siguiente le comenté a mi hija lo sucedido y poniéndose roja como un tomate me dijo que había sido su primera vez. Que prefería hacerlo bajo la seguridad de su hogar, en su cama y tranquilos, que no en un descampado a oscuras y pudiendo ser vigilados por algún enfermo mental. La verdad es que me dio que pensar y recordé lo mal que se pasa de

joven cuando te da un calentón y no tienes donde ir. Le pedí precaución explicándole lo importante que es utilizar siempre un preservativo y que no haga nada que no quiera hacer, ni con él ni con ningún otro chico. La semana que viene tenemos hora en el ginecólogo para que le hagan la primera revisión y, si es necesario, que le receten pastillas anticonceptivas. Es lo que hay — dice María un tanto resignada.

—¿Y tu marido sabe algo? —le pregunta Abigail.

—Se entera de que la niña ha estado haciéndolo con su novio en la habitación de al lado y de la hostia que le arrea al chaval le arranca la cabeza, y la de arriba también —dice levantando su copa—. Un brindis por nosotras y por nuestras nuevas amigas las azafatas. —Juntamos las copas y damos un trago del rico vino blanco que nos ha servido un guapo camarero.

—Oye, tengo una curiosidad, siempre se ha dicho que el rollito que se traen los pilotos con las azafatas es tremendo. ¿Es eso cierto? —nos dice María. Sonríe y doy otro traguito más.

—Imagino que como en todas las profesiones donde coinciden hombres y mujeres. Lógicamente hay cierto mamoneo y van saliendo cositas. Como en los hospitales, en la policía, entre profesores y tantos otros gremios diferentes — respondo quitándole hierro al asunto.

—¿Habéis tenido algo con algún piloto? —pregunta Estela.

—Uy, con la iglesia hemos topado... —susurra Dafne provocando la risa de todas las chicas.

—En una ocasión mantuve una relación con un más que atractivo, guapo, sexy y casado piloto —digo poniendo los ojos en blanco volviendo a beber un poquito más. Mi copa está vacía y las muy perras me la vuelven a llenar hasta arriba con ganas de escuchar mi historia. Sonríe y sigo hablando.

»En esa época trabajábamos para la misma compañía y coincidíamos en casi todos los vuelos. Nuestros viajes son intercontinentales y siempre pasamos la noche en un hotel para descansar de tantas horas de vuelo.

—Vamos, que descansar lo que se dice descansar no descansaban

demasiado —dice Dafne.

—Doy fe de ello... Me tenía loquita y era tal el morbo que me despertaba y la química que había entre nosotros era tan grande, que habría hecho casi cualquier cosa por él... —les digo con cara de pena.

—¿Y qué pasó? —pregunta Martina.

—Lo típico, que me juró unas mil veces que dejaría a su mujer, pero ese día nunca llegó. Jugó conmigo todo lo que quiso y un poquito más hasta que tuve que poner tierra por miedo y distanciarme de él. Era muy duro verle trabajar y no lanzarme a su cuello para devorarle los labios y jurarle amor eterno. Me sentía como hipnotizada estando con él y le quería como jamás he querido a nadie. Y el muy gilipollas no supo valorar lo que tenía ante sus ojos... Lo pasé realmente mal y no quiero volver a estar con ningún hombre casado, y mucho menos con algún otro piloto.

—Pues vaya, qué mal. Aquí quien más quien menos hemos tenido también nuestras historias amorosas, y no nos libramos del mal de amores.

—Pues yo estoy como vosotras, no tengo pareja, no tengo hijos ni quiero tenerlos, soy feliz viviendo la vida a mi manera y cuando me apetece una dosis de críos, quedo con cualquiera de ellas y en cuestión de minutos se me quitan las ganas de reproducirme. Los niños son como la noria: un ratito divierten, mucho rato marean. Por no tener no tengo ni perro, porque es una responsabilidad y no quiero que me corte las alas ni tan siquiera una mascota. Y eso que me gustan los bichos... Bueno, tengo una serpiente, pero nuestro vínculo tampoco es que sea muy estrecho, y no me echa demasiado de menos cuando se queda sola en casa. Mientras coma con cierta regularidad y tenga su terrario en condiciones, tiene suficiente —nos dice Cloe.

—Madre mía, una serpiente... Me gustan mucho, pero en los documentales de la tele... ¿No te da miedo? —le pregunta Aitana.

—No, es una pasada. El tacto que tiene es muy agradable y me relaja muchísimo sentarme en el sofá mientras la tengo recorriendo mi cuerpo masajeando mi cuello con el movimiento de su musculatura. Y lo que más me

gusta es bañarme con ella: lleno la bañera con agua templada, evidentemente sin jabón, y nos relajamos las dos. Cuando le toca cambiar la piel la baño y le va genial para mudarla de una sola pieza. —Las nueve miramos a Cloe como si nos estuviera explicando que todos los lunes se va a desayunar con su nave espacial a una cafetería que han abierto en el planeta Marte.

—Pues yo soy lesbiana desde el día que nací y me encantaría ser mami. Mi reloj biológico se está despertando por momentos y cualquier día de éstos os doy la buena noticia —comenta Silvia.

—¿En serio? ¿Vas a inseminarte? —le preguntan sus amigas.

—Bueno, a medias... Sabéis que me une una relación muy bonita y sincera con mi mejor amigo Vincent, ¿verdad? Y también sabéis que es homosexual y que tiene unas ganas tremendas de ser papi. —El resto de las chicas la escuchamos atentamente imaginando por dónde va la conversación—. Pues llevamos tiempo hablando de nuestro deseo de convertirnos en padres, pero ni él quiere tirar de vientre de alquiler, porque aquí en España es ilegal y en otros países es carísimo, y yo no quiero ser preñada con un jeringazo sin saber nada referente al padre. No te ofendas, Abigail, que respeto tu decisión de ser madre soltera utilizando la inseminación artificial, pero no va conmigo y quiero algo menos frío. Hace cosa de un mes y medio quedé para cenar con Vincent, estaba en mis días fértiles y decidimos liarnos la manta a la cabeza y cometer la mayor locura que hemos hecho jamás. Bebimos bastante hasta coger el puntito gracioso y desinhibidor. Decoramos el comedor de una manera superromántica: todo lleno de velas, flores, música de fondo y alcohol, bastante alcohol. Cenamos mientras imaginábamos cómo sería nuestra vida si tuviéramos juntos un hijo y las cosas que nos gustaría hacer. Fue tan bonito y especial que conseguimos vivir una noche mágica. Decidimos que nuestro bebé tiene que nacer fruto del amor de sus padres y que hasta que me quede embarazada mantendremos relaciones sexuales los días fértiles de cada mes. Espero quedarme pronto porque, aunque nos lo curramos muchísimo y dejamos el piso que parece el nidito de amor de una película erótica, no es

que me resulte agradable hacerlo con un tío. De jovencita experimenté y me acosté con tres hombres diferentes hasta que llegué a la conclusión de que no me gustaba mantener relaciones sexuales con ninguno de ellos, y más que un momento de pasión, se convertía en una pequeña tortura... Pero ahora es diferente y es por una buena causa, y está claro que él está igual que yo y nos cuesta una barbaridad que se le ponga la cosa dura... Ya me entendéis. —Nos miramos las unas a las otras sin saber qué decir, y menos nosotras tres que acabamos de aterrizar en este grupo de amigas.

—Es una noticia maravillosa y os deseo lo mejor a ambos. Ojalá vuestra ilusión de ser padres se haga realidad muy prontito —le dice Martina acariciándole el brazo.

—Bueno, ya que nos estamos sincerando, he de deciros que anoche no me encontraba demasiado bien y tenía muchas ganas de vomitar. Pensaba que eran nervios por el viaje y al decírselo a Vincent, que me estaba ayudando con la maleta, me dijo que estaba diferente y que los pechos se me ven más grandes. Al mirarme en el espejo vi que tenía razón y noté que están más calientes. No tardamos en bajar a la farmacia para comprar un test de embarazo y...

—¿Estás embarazada?! —preguntamos varias a la vez.

—¡Síiiii! —dice ella con una alegría imposible de disimular—. Voy a ser madre, no sé si buena o mala, pero voy a ser madre —nos dice totalmente emocionada.

—¿Y qué haréis con el bebé cuando nazca? ¿Una semana cada uno?

—Estas vacaciones son una especie de despedida de soltera, ya que cuando regrese a casa, Vincent se vendrá a vivir conmigo para no perderse nada del embarazo. Y el tiempo dirá, si todo va bien viviremos los tres bajo el mismo techo para estar junto a nuestro hijo, pero teniendo cada uno su vida sentimental y personal. Ante todo, somos íntimos amigos y nos queremos muchísimo.

Silvia nos ha dejado con la boca abierta, pero admito que es una historia preciosa. Imagino que el vino está haciendo estragos en mi cuerpo y empiezo a

estar un poco perjudicada. Se me han saltado las lagrimillas cuando nos hemos abrazado a Silvia y parece que llevemos toda una vida juntas. Me siento genial junto a estas mujeres, y veo que tanto Dafne como Aitana se sienten igual que yo.

Hablamos animadamente hasta que vemos que cada vez queda menos gente en el comedor. Admito que estoy feliz como una perdiz y se me ha pasado el tiempo volando.

Decidimos ir a la piscina exterior para relajarnos un poco entre las tumbonas y el agua. Por suerte, los camarotes de ellas están bastante cerca del nuestro y quedamos en el pasillo para ir juntas.

—Qué suerte hemos tenido de conocer a estas chicas tan simpáticas, ¿no? —dice Dafne mientras se enfunda en su nuevo bikini.

—Me encantan, y creo que nos lo vamos a pasar genial con ellas. Mira lo que nos ha cundido en el rato de la comida y la cantidad de cosas que nos hemos contado —comento mientras me anudo el pareo a la cintura.

—Uy, qué pareo tan bonito. Te queda genial, Gala.

—Gracias, me lo compré el otro día. Va de conjunto con el bikini que llevo.

—Vas muy mona. A ver si nos sale algo igual a lo de Costa Rica —dice Dafne con una sonrisita en los labios.

—Uf, cada vez que lo pienso... Menuda fiesta nos metimos en la habitación del hotel. Vaya tres ejemplares de machos que nos ligamos... Qué buenorros que estaban... —digo recordando las maravillas que me hizo Diego en la terraza.

—Bueno, estamos en el lugar perfecto para que nos pase algo similar. Deduzco que, al ser un crucero de gente soltera, la mayoría debemos ir bastante predispuestos a pasarlo de maravilla, así que disfrutemos al máximo para hacer de estas vacaciones unos días inolvidables —nos dice Aitana.

—Sí, aunque lo malo es que el camarote no es que sea demasiado grande y pocas fiestas vamos a poder montar entre estas cuatro paredes. En el

hipotético caso de que liguemos las tres lo tendremos que echar a suertes — comenta Dafne dejándonos pensativas.

—Si lo pensamos fríamente, tenemos muy pocas posibilidades de ligar las tres a la vez, así que, si a alguna le sale algo interesante, dudo mucho que las otras estén ocupadas. Venga, va, no hagamos más conjeturas y salgamos a pasarlo divinamente —les digo dándoles un cachete en el trasero mientras salgo de la habitación.

Nuestras nuevas amigas van saliendo también y juntas vamos hacia la piscina. He de decir que el ambiente es buenísimo y hay gente joven allá donde mires. Han montado una fiesta ibicenca y hay personas bailando alrededor de la piscina e incluso dentro del agua.

El cuerpo me pide marcha y no dudo en ponerme a bailar con un grupo de chicos que están de cachondeo. Al momento estamos las diez bailando y riendo con una consumición en la mano, la de Silvia sin alcohol.

Es maravilloso que sucedan estas cosas; nos hemos encontrado dos grupos de mujeres totalmente afines y compatibles y aquí estamos, dispuestas a pasar juntas los mejores días de nuestras vidas.

Llega la noche y la fiesta continúa. No hemos parado de bailar, de reír, de bañarnos y de volver a bailar.

Un grupo de chicos se han quedado con nosotras toda la tarde y nos lo estamos pasando genial. Son andaluces y tienen un desparpajo y un arte que no se puede remediar. Aunque siento decir que creo que a la mayoría, por no decir a todos, les gusta más un tío que a todas nosotras juntas. No importa, no estamos de cacería, lo que queremos es disfrutar sin necesidad de pillar por banda a un buenorrillo.

Los chicos son encantadores y cada vez van perdiendo un poquito más de aceite, según van bebiendo y sintiéndose más a gusto junto a nosotras, más

afeminados se vuelven... Entre el deje andaluz y la gracia natural que tienen, se han convertido en la mejor compañía masculina que podíamos tener en estos momentos.

Tres de ellos son diseñadores y tienen un taller de confección junto a una tienda donde venden sus diseños. Nos dicen que también hacen vestidos de novia y que si alguna de nosotras se casa algún día que se lo hagamos saber para que nos puedan hacer un vestido a medida hecho a mano. Sólo por verme vestida de novia con uno de sus diseños me entran ganas de casarme...

Ese pensamiento me hace recordar cuando mi querido piloto me pidió la mano en plena Torre Eiffel de París, con rodilla en el suelo incluida. Él estaba casado, pero como me prometió unas mil veces que se divorciaría de su mujer para poder casarse conmigo, pues ya adelantaba faena y se iba prometiendo conmigo.

La pedida fue preciosa y, muy a mi pesar, fue una de las noches más bonitas y mágicas que he vivido en toda mi vida. Lógicamente mi respuesta fue un SÍ rotundo, ya que estaba cegada de amor. Ese recuerdo me lastima y me obligo a pensar en otra cosa, aunque no me resulta fácil. Me hacía tantísima ilusión vivir con mi amor verdadero que me cegué con la idea de que algún día conseguiría casarme con él, mi piloto, mi amor, mi alegría de vivir y mi amante bandido que algún día dejaría de ser prohibido. Aunque eso jamás ocurrió...

Decidimos quedarnos a cenar juntos en el bar de la piscina y nos preparan una mesa gigante. La sintonía entre chicos y chicas es buenísima y cada vez que pasa algún chico digno de admirar, automáticamente las miradas de absolutamente todos menos la de Silvia, que entre las hormonas del embarazo y que no está para observar a monumentos masculinos que se pavonean ante nuestra mesa, se dirigen hacia él. Ella más bien mira a las camareras o a alguna de las chicas que siguen bailando en la piscina.

Está claro que cada uno sabe lo que quiere y las miraditas que se cruzan con ciertas personas son dignas de estudio. Hay algunos a los que sólo les

falta la luz de neón en la frente donde se pueda leer: «Tengo ganas de pillar». Mi prioridad es divertirme y pasármelo bien y eso es justo lo que estoy haciendo.

La noche es larga y a las tres de la madrugada decidimos ir a dormir. Ha sido un día largo e intenso con demasiadas emociones. Quedamos para desayunar con las chicas a las diez. Como era de esperar, no tardamos ni dos minutos en quedarnos dormidas plácidamente.

Capítulo 3

Al día siguiente amanecemos en El Pireo, Atenas. Desayunamos con las chicas y vemos que nuestros nuevos amigos están en una mesa muy cercana a la nuestra.

Decidimos ir todos juntos a dar una vuelta fuera del barco y así hacer un poco de turismo, aunque donde nos hace más ilusión ir es a Mikonos, pero eso será mañana. Dicen que es un destino muy gay y nuestros chicos están como locos por ir a *su paraíso particular*. Nos dicen que tienen a varios amigos que viven allí y que si les queremos acompañar a la fiesta que van a organizar en su honor. Evidentemente nos apuntamos y estamos deseando que llegue mañana, aunque me gusta vivir el presente y no quiero adelantar acontecimientos. Hoy toca disfrutar de Atenas y es lo que vamos a hacer.

Como era de esperar nos lo pasamos genial, no paramos de hacernos fotos con posturitas graciosas y uno de los diseñadores me ha hecho un vestido monísimo con un pareo que he comprado en un mercadillo. Voy divina de la muerte por la zona del puerto mientras vamos caminando en dirección a nuestro majestuoso barco.

Nos duchamos, nos arreglamos y nos vamos a cenar al restaurante. Hemos hecho nuevas amistades y nos saludamos los unos a los otros mientras caminamos por el bufet libre llenando nuestros platos.

La cena está exquisita y no puedo estar más a gusto rodeada de tanta gente joven.

Al terminar de cenar tomamos algo en la terraza del restaurante y, al estar agotados de tanto caminar, decidimos ir a ver uno de los espectáculos que nos han recomendado.

Alucino con las cosas que estoy viendo. Tenemos ante nosotros un gran circo y observamos atónitos a los artistas cómo hacen virguerías. La música es impactante y cada vez que realizan una acrobacia el público aplaude enérgicamente.

Transcurrida una hora y media, el *show* termina y nos vamos a dormir. Mañana amaneceremos en Mikonos y queremos ir descansados. Nos despedimos de nuestros amigos y quedamos a las diez.

Desayunamos como reyes mientras vamos hablando del día tan divertido que pasamos ayer y de la que nos espera hoy. Los chicos están nerviositos perdidos y han quedado con sus amigos en el puerto a las once.

Salimos del barco y caminamos hacia el punto de encuentro. Al escuchar un «¡Chochos, estamos aquí!», deducimos que nuestros nuevos amiguitos nos han localizado. Algunos corren para abrazarse y escuchar cómo se saludan y los grititos de alegría que dan es realmente gracioso.

—Chicos, ellas son unas compañeras de viaje con las que nos hemos hecho muy amigos. Son lo más, y la risa junto a ellas está asegurada.

Algunos nos miran repasando nuestros cuerpos serranos como inspeccionando que tipo de chicas somos y segundos después nos dan la bienvenida entre besos y abrazos.

—Vais a alucinar con la que tenemos liada, está todo preparado. El problema es que no tenemos demasiado tiempo. ¿A qué hora tenéis que regresar al barco? —nos dice uno de ellos.

—A las nueve de la noche como muy tarde —respondemos.

—Bueno, tenemos diez horas para pasarlo en grande. ¡Vamos! —comenta el cabecilla del grupo.

Caminamos unos minutos hasta que llegamos a una impresionante mansión. Está muy cerca del mar y las vistas son espectaculares.

—Sean bienvenidos a mi humilde hogar —nos dice abriendo la puerta del jardín.

—Cariño, en tu hogar lo único humilde que existe son los insectos que viven en el jardín... —comenta uno de ellos provocando la risa del resto. No sé dónde mirar, es una casa preciosa y está decorada con un gusto exquisito. Hay antorchas por la zona ajardinada, farolillos de color blanco, música *chill out* y gente guapa que nos saluda amigablemente. Hay un servicio de *catering* y una barra donde pedir las consumiciones que desees tomar.

—Chicos, estáis en vuestra casa; haced lo que os venga en gana. La fiesta acaba de empezar.

Nos miramos las unas a las otras sin saber exactamente cómo hemos terminado aquí pero agradeciendo que nuestros amigos nos invitaran a venir. Hacemos las presentaciones, y he de decir que la gente es muy educada y se nota que vienen de buena familia. Es una fiesta tranquila, glamurosa y repleta de lujo. Evidentemente lo que más abunda son chicos, seguramente homosexuales, amigos del anfitrión. Algunos se comen con la mirada y no son precisamente miradas inocentes, más bien son lascivas, lujuriosas y un tanto descaradas. La verdad es que no me incomodan en absoluto, que hagan lo que quieran. Nosotras somos diez y tenemos suficiente para pasarlo bien mientras ellos hacen lo que tengan que hacer.

Nos quedamos en bikini y nos metemos en la piscina. La temperatura es ideal y se está en la gloria. Hay una zona con burbujas y nos dirigimos hacia allí. Observo a varios de los chicos que se acercan a una bandeja donde diría que hay varios tipos de drogas.

Algunos van lanzados y se están besando con bastante efusividad. No me molesta ver a dos chicos besándose y me alegro por ellos. Nosotras vamos hablando mientras contamos entre risas batallitas y anécdotas variadas.

—No veas qué lugar más precioso para vivir. Y las vistas no pueden ser más bonitas —comento mientras sigo observando nuestro alrededor.

—Ya te digo. Aquí hay mucho dinerito invertido... No tengo ni idea de en

qué trabaja el anfitrión, pero está claro que maneja bastante y se mueve por altas esferas —dice Silvia.

—Tengo que saber de quién se trata, la duda me corroe por dentro — comenta Martina mientras le hace una seña a Mauro para que se acerque a nuestra posición.

—Hola, reinas, qué a gustito estamos, ¿eh? Ya os dije que nos lo pasaríamos en grande. ¿Habéis visto cuánto chico guapo? Aunque siento deciros que tengo más papeletas para ligar yo que vosotras —nos dice con cara de malo mientras sonríe.

—Oye, una cosita. Estamos intrigadas por saber quién es el dueño de la casa.

—Es Fabio, el morenazo que nos ha venido a recoger al puerto.

—Sí, eso ya lo sabemos, pero ¿de qué trabaja o cómo se gana la vida para tener todo esto?

—Es el dueño de un montón de tiendas de ropa que tiene repartidas por todo el mundo. Vende muchísimo y, como podemos comprobar, la cosa le va muy bien.

—Menudo partidazo de hombre —dice María.

—Lo es, os lo digo yo —comenta con cara de pena.

—¿Y esa cara? —pregunta Dafne.

—Ay, la vida, que es tremendamente dura, injusta y caprichosa... Mantuve una bonita relación con él cuando aún no era nadie importante. Tenía muchos proyectos en la cabeza y unas ideas buenísimas. Nació en un pueblo de Córdoba muy cerquita del mío y nos conocimos en la fiesta de un amigo que tenemos en común. Conforme fue madurando, el pueblo se le fue haciendo más pequeño, y llegó un momento en que vivía tan asfixiado que tuvo que volar lejos de su hogar. Ya sabemos lo que pasa en los pueblos pequeños con los chicos que son diferentes al resto... Se fue a Madrid y allí abrió su primera tienda. Rápidamente empezó a despegar y supo acercarse a las personas correctas que le ayudaron a que su sueño de ser un importante empresario se

hiciera realidad. Nos íbamos viendo cada vez que podíamos y el vínculo que teníamos era muy fuerte, pero a diferencia de él, yo no podía abandonar a mi familia, huir de mis raíces y alejarme de mi vida. Viajó por todo el mundo buscando sitios donde poder montar sus tiendas y su éxito cada vez era mayor. Lógicamente la relación se fue enfriando hasta que sucedió lo que tenía que suceder, que le restaba más de lo que le sumaba y se olvidó de mí. Nunca he querido ser un problema o un estorbo y siempre he sabido mantenerme en mi lugar. Nos une una bonita relación de amistad especial y nos vemos al menos una vez al año. Cuando le dije que haría un crucero con varios amigos y que el barco paraba en Mikonos, le faltó tiempo para decirme que viniéramos a su casa y así organizar algo divertido. Y aquí estamos, disfrutando de las vistas aunque sea desde la lejanía —nos dice mientras mira embobado al hombre que tanto le gusta, aunque su historia de amor sea imposible.

—¿Y no te merece la pena salir de tu pueblo y vivir la vida loca junto a ese hombretón?

—Mis padres son mayores y están enfermos; no puedo alejarme de ellos. Cuando mueran no volveré a tener padres nunca más y quiero estar junto a ellos todo el tiempo que pueda. Pareja puedo tener hasta el día en que me muera, padres no. Además, mis hermanos tienen hijos pequeños y tampoco quiero perderme la infancia de mis sobrinos. Dudo que sea padre, así que esos pequeñines son para mí lo más parecido a un hijo. Soy funcionario y tengo mi trabajo fijo en el Ayuntamiento de mi pueblo. Heredé la casa de mis abuelos y soy tremendamente feliz viviendo allí, así que no, no puedo marcharme sin más para ser el hombre florero de mi chico. Me conformaré con estos ratitos que le tengo cerca y seguiré suspirando por él durante el resto de mi vida...

Creo que todas sentimos lástima por lo que nos acaba de contar y vemos que quien más quien menos tiene alguna historia de amor imposible en su historial amoroso. Me acerco a Mauro y le doy un abrazo. Le entiendo perfectamente y sé lo mal que se pasa cuando eres consciente de que estás completamente enamorado de una persona a la cual jamás vas a tener en tu

regazo sintiéndolo tuyo, sabiendo que suspira por ti cuando escucha tu nombre o que se le acelera el corazón sólo con mirarte. Es duro, pero es lo que hay. No se puede luchar contra algo que no tiene remedio.

Fabio ve que Mauro está con nosotras y se nota a kilómetros que siente algo por él, que se preocupa por su ex y que sabe que ahora mismo no está bien. Imagino que habrá visto el abrazo que nos hemos dado mientras le consolaba y camina hacia nuestra posición.

—Hablando del Papa de Roma, por la puerta asoma —le digo a Mauro para que sepa quién viene. Él disimula estupendamente secándose la lagrimilla que resbala por su cara y se gira como si nada.

—Y aquí viene el hombre más guapo de todo Mikonos y de toda Andalucía —le dice con una triste sonrisa que esconde más de lo que muestra.

—Siempre me has mirado con muy buenos ojos y, como buen andaluz, eres una *mijita* exagerado —responde con una sonrisa arrebatadoramente sexy mientras se sienta en el bordillo de la piscina metiendo los pies dentro del agua. Le acerca a Mauro su copa de cristal y él da un trago.

—Está delicioso. Tienes un gusto exquisito para el champán. Así tan fresquito entra genial —le dice mientras le devuelve la copa.

—El buen gusto no lo tengo únicamente con la bebida —responde Fabio mirándole a los ojos con su sonrisa más atractiva deshaciendo por completo al pobre Mauro. Ambos se miran y entre ellos saltan chispas.

—Hace tiempo que no visitas mi dormitorio y mi cama te echa de menos —dice el muy sinvergüenza.

—¿Y tú no me echas de menos? —comenta Mauro rindiéndose ante los encantos de su amor.

—Cada día más. Sabes que eres mi debilidad y tienes las puertas de mi casa y de mi vida abiertas de par en par.

—Qué fácil parece y qué difícil es en realidad... —responde perdiéndose en la profundidad de la bonita y penetrante mirada de su chico.

—Acompáñame.

Fabio coge la mano de su amor, se pone en pie y tira de él haciendo que salga de la piscina. Una vez están uno frente al otro, se miran intensamente y sus bocas no pueden remediar ir acercándose lentamente. Se besan y veo cómo se relaja el cuerpo de mi amigo. Por mucho que nos duela o nos lastime besar unos labios prohibidos, hay que ver lo bien que sienta hacerlo de vez en cuando...

Las diez chicas observamos como tontas la escena tan romántica que estamos viviendo y sonreímos en plan quinceañeras. Ellos siguen besándose como si estuvieran solos en el bonito jardín. Finalmente caminan en dirección a la casa y se pierden en su interior. Imagino que el destino será el dormitorio de Fabio para que su cama esté una temporadita sin echarle demasiado de menos...

Nosotras seguimos con nuestras conversaciones trascendentales, conociéndonos más. A medida que las conozco un poco más, mejor me caen. Mis amigas opinan igual que yo y estamos encantadas con nuestras compañeras de viaje. Los chicos también se van acercando a nuestra posición, pero los muy suertudos han ligado y están flirteando con sus amiguitos. Además, más de uno se está dando el lengüetazo cerca de donde nos encontramos nosotras y la verdad es que una no es de piedra y tiene su corazoncito.

—Ya podrían estar aquí nuestros tres macizorros de Costa Rica y se iban a enterar éstos de lo que es liarse con alguien... Qué envidia más grande me están dando —comenta Dafne mirando a una pareja de chicos.

—El lugar es ideal e idílico. El problema es que, de todos estos hombretones, a ninguno le gustamos ninguna de nosotras y la fiesta se la están montando ellos —susurra Abigail.

—A ver, a mí me encantan las mujeres y si estáis muy necesitadas podría hacer un sacrificio y liarme con alguna de vosotras. Pero no lo haría por vicio, ¿eh? Lo haría porque soy muy buena amiga —dice Silvia provocando una risa colectiva.

—Lo siento, pero me gustan demasiado los hombres como para experimentar a estas alturas con mujeres —respondo riendo.

Salimos del agua y vamos a la barra para pedir una consumición y a picotear algo de comer. Ya que lo único que vamos a pillar aquí van a ser montaditos y cócteles, al menos aprovecharemos y nos iremos con la barriga llena...

Llega la hora de comer, pero el anfitrión y Mauro no hacen acto de presencia. Los camareros están preparando las mesas donde vamos a comer. Parece una boda con tanta vela, tanta flor y tanto tul blanco y azul. Hace calor y decidimos volver al agua para refrescarnos.

Al fin vemos aparecer a unos acaramelados Mauro y Fabio. Van cogidos de la mano y en sus caras se refleja la mismísima felicidad. Los observo y me resulta tremendamente familiar lo que tengo ante mí. ¿Por qué es tan difícil poder mantener una relación de pareja normal? Es evidente que esos chicos se quieren muchísimo y que se sienten completos cuando están juntos. Sería maravilloso que su historia tuviera un final feliz, admito que me alegraría muchísimo por ellos dos.

El servicio nos informa de que en cinco minutos estará la comida lista para ser servida. Apuramos un pelín más en la zona de burbujas y escuchamos el timbre de la puerta. Fabio camina por el jardín con una sonrisa en la boca dispuesto a saludar a más invitados. Nosotras estamos mirando para ver si por fin se añaden a la fiesta unos cuantos chicos heteros. Quién sabe, quizá Fabio ha sentido lástima hacia nuestras personas y ha invitado a varios amigos que no sean homosexuales...

Se escuchan voces de hombres mientras se saludan y por fin entran en el jardín. Abro los ojos de par en par y automáticamente veo que tanto Dafne como Aitana me miran sin saber qué decir.

Sin pensarlo demasiado sumerjo la cabeza para enfriar al máximo mi mente.

¿Cómo puede ser posible que mi ex, mi loco amor, el que me partió el

corazón en muchos trocitos y el que me hizo desconfiar del sexo opuesto esté en la misma fiesta que yo? ¡En Mikonos! Tierra, trágame.

Noto una mano que me agarra del brazo y me hace salir a la superficie para poder respirar y llenar mis pulmones de aire fresco.

—Joder, joder, joder... ¿Se puede saber qué coño hace éste aquí? —susurro a mis amigas para que nadie me escuche dando la espalda a los nuevos invitados.

—¿Qué probabilidades había para que tú y tu ex coincidierais hoy aquí? —pregunta Aitana.

—Muy pocas, ya te lo digo yo —responde Dafne mirando de reojo a mi peor pesadilla.

—¿Por qué me tiene que pasar a mí? ¿Es que no he sufrido bastante ya? No quiero ni mirar —les digo mientras observo de reojo intentando ver al hombre que me trae por el camino de la amargura.

—Pues para no querer mirar, me arriesgaría a afirmar que tus ojos están a punto de salirse de su sitio —me dice Dafne.

—¿Y qué quieres que haga? No puedo evitar mirarle para ver lo asquerosamente guapo que está. ¿No os parece el hombre más atractivo de todo el planeta? ¿Va solo o acompañado de alguna zorra? Pero ¿qué estoy diciendo? Me importa bien poco lo que haga con su vida y lo más importante, me importa aún menos lo que pueda hacer con la mía, es decir, naaadaaa —digo completamente nerviosa mientras mis amigas me observan igual que si estuvieran viéndome meterme una granada en la boca y esté a punto de tirar de la anilla.

—A ver, reina, céntrate y deja de decir tonterías hablando compulsivamente. Ésta es la situación: no tenemos ni idea de qué hace aquí Leiva, pero la cuestión es que acaba de llegar y dudo que venga a saludar y a marcharse. Así que nada de hacer el tonto, me niego a que te vea en pleno ataque de pánico y crea ser tu amo y señor. Serénate y respira profundamente. Haz lo mismo que yo —dice Aitana colocándose ante mí, respirando, llenando

al máximo sus pulmones y haciendo movimientos con las manos para que haga lo mismo que ella. La imito y respiro, ambas dejamos escapar el aire poco a poco y volvemos a inspirar y a expirar muuuuy lentamente... Finalmente me entra la risa al ver lo pavas que somos y terminamos las tres riendo a carcajadas fruto de los nervios que sentimos.

—Y ahora, amiga mía, vas a salir de la piscina con la mejor de tus sonrisas, vas a hacer como si no lo hubieras visto, te vas a pavonear en bikini luciendo el cuerpazo que tienes, que lo tuyo te cuesta mantenerlo así de fibrado, y le vas a hacer sentir insignificante al desgraciado ese que jugó contigo durante tanto tiempo. Cuando finalmente le mires a los ojos, sonrío igual que sonrías a cualquier persona que te saluda sin darle mayor importancia y sigue caminando hacia la tumbona donde tienes el bonito pareo de seda. Luego nos iremos juntas hacia la mesa e intentaremos sentarnos lo más lejos posible de él —cuchichea Dafne muy segura de sí misma.

—¿Y cuándo se acerque para hablar conmigo qué hago?

—Tendrás que improvisar y hacer lo que mejor veas. Pero, sobre todo, no le hagas sentir especial ni importante para ti.

—Pues claro que es especial e importante para mí, y eso no se puede disimular fácilmente.

—Ya lo tengo, si te entra la flojera ante él, traslada tu mente a la terraza del hotel de Costa Rica y visualiza a Diego dándote mandanga de la buena. Así seguro que se te quitan las tonterías de golpe.

—Gracias chicas, ¿qué haría yo sin vosotras? Os quiero —digo mientras obedezco y hago lo que me han dicho. Camino con paso firme hacia la escalera seguida de mis amigas y de las nuevas amigas que hemos hecho. Sé que tengo una sonrisa preciosa y también sé lo mucho que le gusta a mi ex. Subo los escalones y camino sin mirar hacia donde se encuentra Leiva.

—Te está mirando descaradamente —susurra Dafne muy flojito.

—Que se joda y se dé cuenta de la pedazo de mujer que tuvo a su alcance y que nunca más volverá a tener —dice Aitana.

Llegamos hasta las tumbonas y me seco con la toalla muy sensualmente. Cojo el pareo para colocármelo en la cintura, pero Andrés, uno de mis amigos diseñadores, tira de la suave tela y me hace uno de sus bonitos vestidos transparentes, sugerentes y tremendamente sexis. Doy una vueltecita para que me dé su aprobación mientras me pregunta.

—¿Quién es ese tiarrón que acaba de entrar y que no deja de mirarte?

—Es mi ex.

—¿Bien con él?

—No. Me hizo mucho daño.

—¿Te quieres vengar?

—Admito que estaría bien —respondo sonriendo.

—Perfecto, déjate llevar —dicho esto se acerca a mí, sujeta delicadamente mi barbilla y me da el más tierno de los besos. ¡Dios, qué bien besa!

Mis nueve amigas nos miran alucinando bastante por lo que está sucediendo, pero Dafne, muy disimuladamente, dice para que las demás le escuchen:

—¿Habéis visto el grupito de chicos que ha entrado hace unos minutos?

—Jo, para no verlos... Menudos modelazos —comenta Cloe dando un silbido.

—Pues uno de ellos es el piloto, el ex de Gala, y como comprenderéis, no se merece verla triste. Y por lo que veo Andrés se ha enterado y está ayudando a nuestra amiga a vengarse de él.

—Pero ¿Andrés no es gay? —pregunta Carla.

—Soy bisexual, aunque he de decir que me van más los tíos que las tías. Pero ante todo soy amigo y quiero ayudar a Gala a que se lo haga pasar un poquito mal al hombre que jugó con sus sentimientos haciéndole tanto daño.

—¡Ole tú! Más hombres como él tendría que haber —dice riendo Estela.

—Por favor, disimulad y haced como si nada, ¿vale? —les digo para que nuestro plan salga bien mientras vuelvo a besar a «mi chico».

Caminamos hacia la mesa y veo cómo me mira Leiva. Deja de hablar con

Fabio y se acerca a mí.

—Hola preciosa, qué alegría tan grande verte. ¿Qué haces aquí? Menuda sorpresa me he llevado al verte en la piscina. No sabía que conocías a Fabio —me dice dándome dos besos sonriendo tal y como sabe que a mí me desarma. Automáticamente me veo tumbada en la terraza de la habitación de Costa Rica mientras Diego me hace con su lengua las maravillas que me hizo. Noto un pinchazo en la entrepierna y creo que no me ayuda demasiado pensar justamente en eso, pues ahora estoy nerviosa y cachonda...

—Estoy de vacaciones y hemos venido a pasar el día aquí entre amigos. ¿Y tú? —pregunto intentando que mi voz suene con un toque de indiferencia.

—También estoy de vacaciones. Conozco a Fabio desde hace muchos años y siempre que vengo a Mikonos hacemos por vernos. Me avisó de que organizaba una fiesta y hemos decidido pasar un rato. ¡Te veo muy bien!

—Eso es porque lo estoy —digo agarrando con más fuerza el brazo de Andrés—. Por fin la vida me trata como es debido y únicamente tengo alegrías. Me gustaría decir que yo también me alegro de verte, pero no está bien mentir y, menos cuando es tan descaradamente. Adiós, Leiva. Saludos a tu mujer.

Camino junto a mi «novio» mientras recibo sus felicitaciones.

—Lo has hecho genial. Menuda cara de tonto se le ha quedado.

—Se merece eso y mucho más. Con decirte que me pidió matrimonio en plena Torre Eiffel y me juró amor eterno aun estando casado... Evidentemente, jamás dejó a su mujer y lo único que hizo fue jugar conmigo mientras me tenía enamoradita perdida hasta volverme medio loca. No se merece otra cosa que no sea desprecio e indiferencia por mi parte.

—Por mujeres como tú es por la única razón por la que no cierro la puerta completamente al mundo femenino. Voy a disfrutar mucho siendo tu novio durante el día de hoy... Bésame.

—Será un placer.

Dicho esto, nos besamos como si no hubiera un mañana y, en cierta manera,

así será. A la que Leiva desaparezca de nuestra vista dejaremos de ser novios para volver a ser compañeros de viaje, solteros y con ganas de fiesta.

—Me encanta cómo besas —le digo mordisqueándole el labio inferior.

—¿Sabes? Todo lo hago igual de bien...

—¿Sí?

—Cuando quieras te lo demuestro. Hace tiempo que no estoy con ninguna mujer y admito que me apetece. No te preocupes, que simplemente sería sexo, no te voy a dar problemas ni me voy a enamorar perdidamente de ti —dice sonriendo.

—¿Jugamos a ser novios de verdad? —le digo con la cara más pícaro y perverso que tengo.

—Hecho —responde cargándose a hombros, diciéndole a su amigo Fabio con un tono elevado para que lo escuchen ciertas personas.

—No nos esperéis para comer que tardaremos un ratito. Luego nos reenganchamos a la comilona.

Fabio le guiña un ojo mientras sonrío.

—La habitación de invitados está vacía. Pasadlo en grande.

A Leiva no le hace ninguna gracia lo que acaba de suceder y le ha cambiado la cara. No he podido evitar mirarle y creo que no se le ve demasiado contento. No como a mis amigas, que están que les va a dar algo de tanto reír. Miran cómo me alejo en hombros de mi fornido caballero y levantan el dedo pulgar dándome su aprobación.

El interior de la casa es precioso y voy mirando mientras soy transportada hacia la habitación de invitados. Una vez dentro, cerramos la puerta y nos volvemos a besar apasionadamente. Ambos estamos excitados y se nota tanto en nuestra respiración como en nuestras caricias.

Andrés está de muy buen ver, tiene un cuerpo trabajado y es muy atractivo. Nos devoramos el uno al otro y, sin darnos ni cuenta, estamos tumbados en la cama dándonos toneladas de placer.

¡Qué suerte he tenido y qué buen amante me ha tocado! En el momento

menos pensado y cuando ni por asomo estaba de cacería, me ha salido un maravilloso ligue que me va a ayudar a sobrellevar la delicada situación que tengo con Leiva. Alucino con el aguante y la resistencia física de la que dispone Andrés. Me tiene muertecita, y él continúa como si nada.

Transcurrido un tiempo indeterminado, decidimos salir de la habitación entre risas, besos, miradas y caricias.

Al acercarnos a la mesa, automáticamente los invitados empiezan a silbar y a decirnos cositas un tanto *marranotas*. No puedo evitar reír y mirar de reojo a mi ex, que hace de todo menos reír. Se le ve incómodo y diría que hasta tiene ganas de irse. Que se joda, así me he sentido yo junto a él en muchísimas ocasiones. Demasiadas, diría yo.

La comida está deliciosa; nos hemos perdido los entrantes y el primer plato, pero los camareros se apiadan de nosotros y nos traen nuestra comida. Estoy hambrienta, es lo que tiene quemar tantas calorías en un espacio de tiempo tan reducido.

Entre Andrés y yo ha nacido una bonita amistad y nuestras miradas están repletas de complicidad.

A la hora de comer el postre, nos reímos bastante porque le ha gustado más lo que me he pedido yo y trata de comerse lo mío. Yo no se lo permito e intento que no pueda acceder al delicioso pastel que tengo ante mí. Él hace trampas y juguetea con mi cuerpo para hacerme cosquillas. En un descuido agarro el trozo de tarta que ha pedido él y también me lo como a toda prisa quedándome con la boca llena igual que lo hacen las ardillas. Al ver que me he comido lo mío y lo suyo, me mira sonriendo y sin darme tiempo a reaccionar, me vuelve a coger en brazos mientras camina hacia la piscina. No puedo parar de reír, cosa que me impide tragar la comida que tengo en la boca. Intento hablar, pero no lo consigo porque se me ha hecho una pasta. Rápidamente la gente se anima y empiezan a gritar que me tire al agua mientras dan palmas y silbidos. ¡Menuda panda de cabroncetes!

Como era de esperar, Andrés no tiene piedad de mí y me deja caer al agua

sin miramiento alguno. Se abre la veda y algunos invitados no dudan en bañarse también. Mis amigas son lanzadas entre risas y no podemos parar de reír. Andrés me arrincona contra una esquina y me vuelve a besar.

—Sabes a mi postre.

—Lo mío me ha costado tragármelo —digo riendo.

—Te fastidias. Eso ha sido el karma, que te ha castigado.

—Divino karma que nos ha hecho coincidir en un día tan maravilloso. ¿No crees? —le digo besándole nuevamente.

—No puedo estar más de acuerdo...

Leiva está sentado junto a su grupito de amigos. No se han movido de la mesa y no se les ve demasiado cómodos. Me importa más bien poco.

La tarde es muy divertida y a Leiva se le ve más animado, aunque son muchas las veces que nuestras miradas se cruzan sin poderlo remediar. Mis amigas me felicitan por lo bien que ha salido nuestra jugada y yo afirmo como una boba.

Llega la hora de despedirnos y los que más penita me dan son Mauro y Fabio. Los pobres no pueden separar sus cuerpos y se dicen unas cosas preciosas. De verdad que no entiendo por qué no están juntos si se quieren con locura. Finalmente consiguen alejarse prometiéndose que muy pronto volverán a verse.

Estamos en el puerto y el momento más temido acaba de llegar: Leiva se acerca a mí para despedirse.

—Bueno, Gala. Te diría que ha sido un placer verte, pero yo también estaría mintiendo, porque la tardecita que me has dado ha sido de todo menos placentera. No como a tu novio, que ya me has dejado muy clarito que eres superfeliz junto a él... Mucha suerte en el amor.

—Gracias, pero ya no necesito tirar de suerte para estar bien junto a un chico. Eso era antes, cuando estaba contigo, que necesitaba una gran dosis de buena suerte para poder verte y que me dedicaras un poquito de tu tiempo

libre. Pero entre tus escarceos amorosos y tu señora esposa, no es que nos viéramos todo lo que yo quería.

—Sé que no lo hice bien contigo y te pido perdón por ello. También sé que mis disculpas llegan un poco tarde, pero mejor tarde que nunca, ¿no crees?

—Exacto, ya lo dices tú muy bien, tu discurso llega bastante tarde. Que te vaya bonito y seas muy feliz.

—Igualmente —me dice con cierta pena en su cara. Me parte el alma verle así, aunque poco más puedo hacer por él. Nos damos dos fugaces besos, pero aun así detecto su fragancia y respiro profundamente para inundar de su esencia mis fosas nasales. No puedo evitarlo y un suspiro se escapa de mi interior. Por un instante recuerdo lo que me hacía sentir cuando me tenía entre sus fuertes brazos y, al mirarnos por última vez, creo que él está pensando exactamente lo mismo que yo...

¡Maldita sea! El escudo que tanto me ha costado mantener intacto durante todo el día se me acaba de partir en dos pedazos. Trago saliva y sigo despidiéndome del resto. Andrés me agarra fuerte de la mano y caminamos juntos hacia el barco. Veo que Leiva y sus amigos también vienen y no puedo evitar girarme para preguntarle.

—¿Dónde vais?

—Nosotros de crucero, ¿y tú?

Capítulo 4

No me lo puedo creer, otra jodida coincidencia más. Me fijo y veo que cada uno lleva una maleta en su mano.

—Salimos de Barcelona ayer y estamos haciendo un viaje por el Mediterráneo a bordo de este maravilloso barco —respondo con la cara totalmente seria.

—Tengo entendido que es un viaje para gente soltera y tú estás felizmente emparejada con Andrés, ¿no? —me dice sonriendo con maldad.

—Y si no recuerdo mal, tú estabas infelizmente casado, ¿no es así?

—Exacto, estaba. Me he divorciado y mis amigos me han preparado una despedida de casado. Llevamos dos días en Mikonos y hoy empezamos el trayecto en barco hasta llegar a Barcelona. Nosotros sí que estamos solteros.

—Pues mira tú qué bien, muy a mi pesar seremos compañeros de viaje —le digo con desgana mientras empiezo a caminar por la pasarela.

—Será divertido —comenta riendo mientras se pone tras de mí.

—Ni se te ocurra mirarme el trasero —le digo a sabiendas de que me lo está mirando.

—Imposible no apreciar semejante monumento...

Me giro rápidamente y, poniéndole el dedo índice frente a su cara, le digo muy seria:

—Leiva, Leiva... Tengamos la fiesta en paz, hazme el favor.

—Sabes que yo a ti te hago todos los favores que tú quieras... —responde sonriendo mientras me adelanta y se introduce en el interior de la recepción. ¡Será sinvergüenza!

Me giro para mirar a mis amigas y éstas se encogen de hombros sin saber

qué decir.

Andrés me mira divertido y susurra en mi oído:

—Creo que vamos a ser novios más días... ¿O quieres que rompamos?

Pienso en lo que acaba de decir, se suponía que la farsa terminaba a la que dejáramos de ver a mi querido ex.

—¿La verdad? No tengo ni idea... Menudas vacaciones me esperan —digo echándome las manos a la cabeza, haciendo que mis amigas rían y sientan pena de mí.

Nos duchamos y nos vestimos para ir a cenar al restaurante. Cuando ya estamos sentadas no puedo evitar buscar con la mirada a mi peor pesadilla hasta que le veo sentado en la otra punta del comedor. ¡Gracias! ¡Suerte que no lo tengo cerca! En su mesa están los cinco chicos que van juntos y cinco chicas. Están hablando amigablemente mientras hacen las presentaciones. Me repatea el estómago verlo así de contento y sé que el resto de mis días en este barco no van a ser igual que el de ayer, que fue irrepetible.

Intento no mirar y le digo a María que me deje sentar en su lugar y así darle la espalda a mi pesadilla. Prefiero no verle tontear con nadie o se me llevarán los demonios a lo más profundo del infierno.

—Gala, ¿no crees que tendrías que hacernos un breve resumen de qué es lo que ha sucedido hoy? —me dice Carla.

Doy un gran trago de la deliciosa sangría que me ha servido nuestro camarero y les cuento la historia.

Andrés, al saber que estamos hablando de lo de hoy, se acerca para aportar más datos, diciendo que nunca había estado con una mujer como yo. Me besa y se va en busca de más comida. Sonrío al verle tirándome un besito desde la distancia y mis amigas ríen al ver el embolado en que me he metido yo solita.

Leiva pasa cerca de nuestra mesa y me guiña un ojo cuando ve que le miro.

Entrecierro los ojos como si quisiera desintegrarle, pero lamentablemente no lo consigo y sigue caminando la mar de flamenco hacia la zona del bufet libre.

Cuando vuelve, disimulo hablando con Dafne haciendo ver que no le he visto y así no tener que mirarle...

El espectáculo de hoy es precioso y aplaudo como una loca con las cosas tan bonitas que van haciendo. Estamos en la grada de la pista de hielo y es digno de ver lo que son capaces de hacer los patinadores. Más de uno vemos el *show* con la boca abierta debido a las acrobacias tan difíciles que están haciendo. La música es espectacular y el número está tremendamente bien sincronizado.

Al terminar, nos ponemos en pie mientras seguimos aplaudiendo.

—¡Madre mía, lo que acabamos de ver! ¡Qué maravilla! —comento sin poder apartar la mirada de la pista de hielo.

—Me ha encantado —dice Aitana. Las demás chicas también van haciendo algún comentario mientras salimos.

—¿Os apetece ir a tomar algo antes de ir a dormir? —dice Silvia. Aceptamos su propuesta y nos dirigimos al pub.

Hay bastante gente y el ambiente es bueno.

—Me encanta esta canción —digo mientras empiezo a bailar moviendo las caderas. En cuestión de segundos estamos todas bailando y vemos que se acercan a nosotras nuestros amigos, entre ellos mi «novio».

—Hola, cariño mío, cuánto tiempo sin vernos —dice sonriendo dándome un beso en los labios. Me gusta su compañía y no me incomoda tenerlo así de cerca. Nos vamos acariciando entre risas y comentarios graciosos.

Llevamos rato bailando y bebiendo y la mayoría de nosotros va con un puntito la mar de gracioso. Admito que no se puede estar más a gusto ni pasárselo mejor. Decidimos salir a la cubierta del barco para que nos dé un poco el aire, pues hace calor dentro del pub.

Cuando vamos caminando entre risas dirección a la cubierta, vemos a lo lejos el cartel de un karaoke.

—¡No me lo puedo creer, un karaoke! ¡Quiero cantar al menos una canción! ¡Es más, necesito cantar una canción! —dice muy animada María.

—¿Ahora quieres ir a cantar? Pero si estamos reventados de todo el día —le recrimina Cloe.

—¡Vaaaa, porfi! —replica María, que aún tiene ganas de más fiesta. Nos miramos los unos a los otros y finalmente accedemos a ir.

—Entramos, cantas la dichosa canción y nos vamos a dormir, que mañana toca excursión otra vez —le dice Carla.

—Que síiiii, pesada... ¡Vamos chicos, que la noche es joven! —comenta María agarrándose del brazo de dos de sus amigas.

—Siempre se ha dicho que cuando alguien utiliza esa frase es porque el sujeto en cuestión no es tan joven como él se cree... Pero no seré yo la que se lo diga a María la desinhibida... —susurra flojito Estela para que no la escuche la más marchosa del grupo. A mí se me escapa la risa al oírla y camino junto al resto.

Entramos en el local mientras se escuchan los berridos de algunos que están cantando. ¡Por Dios! ¿Esto no funciona como en los bares que tienen el derecho de no servir más bebida alcohólica a los clientes que van muy bebidos? Deberían tener la licencia de quitar el micrófono a ciertos «cantantes» por posibles heridas en los oídos del público que desgraciadamente tiene que ser testigo de semejante despropósito.

El local no es muy grande y, a mi pesar, no tardo en ver a Leiva muy bien acompañado besándose con una chica joven. Mis ojos se abren más de lo normal y en este instante me entran ganas de asesinar a alguien. Andrés también lo ve y me aprieta la mano.

—Relax, *my darling*. Está en su derecho de besarse con quien quiera, te recuerdo que está soltero y tú ya no eres nada suyo ni él es nada tuyo... —me dice mi «novio» sabiendo que no me ha hecho ninguna gracia lo que acabo de ver.

—Un grano en mi culo es lo que es. ¿Por qué hemos tenido que coincidir en

el mismo crucero? Mira que hay barcos, ¿eh? Ya es mala suerte...

Algunas chicas me han oído y me miran con cara de empatía. Saben perfectamente cómo me siento y la rabia que da coincidir con un ex, y más si es en tus días de vacaciones.

—Si quieres, nos vamos; María lo entenderá —dice Martina mirando a su amiga que está bailando con una consumición en la mano.

—¿Estás segura de ello? —comento riendo observando las ganas de fiesta que tiene mi nueva amiga—. Anda, va, hagamos como si nada y disfrutemos de la noche —digo quitándole hierro al asunto.

Vamos a la barra y pedimos cada uno una consumición. Vemos que la «amiguita» de Leiva sube al escenario y empieza a cantar mientras mira con ojitos de amor a su nueva conquista. Él sonríe ante lo que está viendo y le va diciendo cosas bonitas. Ella, como si de la mismísima Tina Turner se tratara, va bailando y cantando sin aliento alguno. Con demasiada frecuencia desafina un poco más y se nos escapa la risa cada vez que suelta algún gallo. Varias personas nos miran con cara de pocos amigos al ver que nos estamos riendo de la ilusionada «cantante». Veo que Leiva me mira con una sonrisita en la cara al ver que los que nos estamos riendo somos nosotros.

De repente la chica deja de cantar y nos dice micrófono en mano:

—Si tanta gracia os hace cómo canto, subid vosotros a ver si cantáis mucho mejor que yo, listos.

Ese comentario aún nos hace más gracia y volvemos a reír un poquito más. Está claro que el alcohol está haciendo estragos en nuestros cuerpos.

—Uy, lo que nos ha dicho... Pues claro que cantamos mejor que ella, hasta un avestruz lo haría mejor que esa petarda —dice María muy animada y un tanto lanzada—. Venga chicos, vamos a darle una lección de buen cante a la cenutria esa, que se piensa que porque tenga un micrófono en la mano ya es una buena cantante.

—María, que te lanzas y no tienes freno. Tengamos la noche tranquila —le dice Abigail sin obtener buenos resultados.

—Que no, que a mí ésa no me vacila. Ahora mismito subo y le demuestro lo que es cantar bien —replica María con la tablet en la mano eligiendo la canción que va a cantar.

Nos vuelve a dar la risa cuando escuchamos los acordes de la canción que ha elegido nuestra amiga. No puede ser, es *En el amor todo es empezar* de Raffaella Carrà. Ella, con la cabeza bien alta, camina hacia el escenario mientras la amiguita de Leiva le da el micrófono y María casi se lo arranca de la mano. Grabamos y hacemos fotos para dejar constancia de este momento.

Evidentemente, cada vez que dice «explo» y suenan los tambores, María da un golpe de cabeza moviendo la melena hacia atrás dando la impresión de que en cualquier momento se la va a arrancar del cuello.

Sin darnos ni cuenta estamos todos cantando hasta donde nos dan la garganta y las cuerdas vocales. María ha acertado eligiendo la canción y no podemos parar de cantar y de reír mientras vamos bebiendo un poquito más.

Finalmente, yo también me animo y elijo una de mis canciones preferidas. En su día la cantaba en mi soledad llorando a moco tendido, pero hoy se la voy a dedicar al hombre que me rompió el corazón para que sea consciente del daño que me hizo.

María termina de cantar su canción y empieza a sonar la que he elegido. Me pasa el micrófono y, muy metida en el papel de mujer despechada y dolida, empiezo a cantar.

Me encanta Malú y sus letras cargadas de odio, rencor y desamor. Ahora mismo soy todo sentimiento y canto *Deshazte de mí* con un desgarró y una rabia que deja patente que alguien me ha hecho mucho daño. Leiva me mira serio, sabe que conmigo bien no lo ha hecho y que por su culpa lo he pasado fatal.

Cuando termina la canción la gente me aplaude, incluido Leiva. Veo a Andrés que sube con su sonrisa más pícará y escucho que empieza otra canción. Sujeta mi mano y me dice que la cante con él. *¡Oh, my good!* El muy cabroncete ha elegido una de las canciones más dañinas que existen: *Ese*

hombre. La gran Rocío Jurado la cantaba con una rabia controlada que callaba más de lo que decía.

Voy mirando a Leiva en más de una ocasión y su cara es un poema. Diría que cree que la canción va dirigida a él.

Cuando terminamos de cantar veo que suben Dafne y Aitana con otra maligna sonrisa. Empieza a sonar la melodía y sonrío al saber de cuál se trata. Alucino con mis amigas y la mala leche que gastan.

Me encanta la letra de esta maravillosa canción de Paquita La Del Barrio, *Rata de dos patas*. ¿Cómo tuvo que estar la persona que escribió esta letra para dedicarle a su amor tal cantidad de improperios y maldades? La escuchamos una vez en una cantina mexicana y no pudimos parar de reír. Sólo con oírla te entran ganas de odiar a todos los hombres del planeta. Las muy perras se han acordado y la han elegido para dedicársela a mi gran amor imposible. La cantamos las tres bien juntitas, con unas miradas cargadas de compenetración y con unas intenciones totalmente malignas.

Nuestros amigos canturrean el estribillo sin parar de reír al saber el porqué hemos elegido semejante cancioncita. El pobre Leiva se está haciendo pequeñito y la sonrisa que ha tenido en todo momento se está desvaneciendo rápidamente. Por primera vez, siento un poquito de lástima por él...

Al terminar nos abrazamos y saludamos a nuestro entregado público, que nos está haciendo la ola. Miro a la pésima cantante que ha seducido a mi examante y le digo:

—¿Ahora ya nos podemos reír a gusto de ti y de lo mal que cantas o aún tenemos que demostrarte algo más? —le digo pasándole el micrófono mientras me mira con cara de pocos amigos—. Ah, por cierto, no es oro todo lo que reluce. Ten cuidado con el hombre al que le has cantado la canción, pues es más que probable que te rompa el corazón en mil pedazos, se haga un guiso con ellos y se los coma con patatas tal y como hizo con el mío hace un tiempo... Estás avisada.

La chica me mira seria mientras observa cómo bajo del escenario y me

dirijo hacia mi grupo de amigos.

Nos quedamos un rato más, pero la verdad es que estamos muy cansados y algunos empezamos a bostezar.

Cuando por fin me tumbo en mi cama y cierro los ojos, siento una paz y una tranquilidad que me hace caer en un profundo sueño segundos después.

A la mañana siguiente, mientras desayunamos, comentamos el numerito de anoche en el karaoke. La amiguita de Leiva pasa cerca de nuestra mesa dirección al bufet y nos mira con cara seria mientras camina con paso firme.

Cuando se vuelve a sentar, me levanto y voy a buscar algo de fruta. Entre las vacaciones, la cantidad de comida rica que hay, lo mucho que disfruto comiendo y la ansiedad que me provoca tener a mi ex cerca, todo eso me está haciendo comer más de la cuenta y no me lo puedo permitir, que tengo tendencia a engordar y luego no me entra la falda del uniforme... Cojo fresas, cerezas y sandía. La fruta roja es mi preferida. Lleno un bol con agua fresca para lavarla y noto que alguien me acaricia la cintura. Pienso que es Andrés, que viene a darme los buenos días, pero identificaría esas manos entre un millón, ya que me las conozco muy bien, y rápidamente adivino de quién son.

—¿Qué parte de la frase «aléjate de mí» no te ha quedado clara? —le digo sin muchas florituras.

—Lo siento. No sé cuántas veces más voy a tener que pedirte perdón, pero quiero que me perdones. Sabes que jamás dejaré de estar enamorado de ti y de quererte tal y como sólo yo sé amarte.

Cierro los ojos y respiro profundamente. Por un lado, tengo unas ganas tremendas de girarme y besarle, pero, por otro lado, bastante más fuerte, tengo ganas de partirle esa bonita y dura cara que tiene.

—¿Nunca te cansarás de hacerme daño? ¿Qué es lo que quieres ahora? ¿Que te perdone, que caiga rendida a tus encantos, que olvide tu pedida de

mano en plan romántico en París? ¿O quizá intentas que olvide las noches que te esperé en mi casa para pasar un rato con el hombre que me hacía suspirar y por el cual habría hecho absolutamente todo? Ah no, es posible que intentes hacerme olvidar el montón de veces que vino tu mujer a la sala de personal del aeropuerto, en plan esposa perfecta, y yo tenía que ser testigo de cómo os queríais mientras os besabais. O las fiestas, bodas y demás acontecimientos en los que ella tenía que hacer acto de presencia para dejarnos claro a todas de que el guapo piloto estaba casado... ¡Y con toda la razón del mundo, pues imagino que algo sospecharía! Y lo mejor de todo es que ella era la que tenía derecho sobre ti y no yo, pero claro, eso no era lo que me hacías sentir entre las sábanas de mi cama mientras me decías lo mucho que me querías... De verdad que no te entiendo y desconozco el porqué me estás molestando teniendo como tienes a la petarda esa con la que compartes mesa. Corre a sus brazos y fornícala en cualquier lavabo. Me consta lo bien que sabes utilizarlos, aunque sean espacios reducidos, como los servicios de los aviones... Si alguna vez me quisiste un poquito, ten piedad de mí y déjame en paz.

Sin opción a que él me diga nada más, me doy la vuelta y me voy dejándole allí plantado observando cómo me alejo de él.

Tengo unas ganas tremendas de llorar, pero no se lo merece, y yo tampoco merezco ser una infeliz por su culpa. Quiero olvidarle, necesito olvidarle y, por mi integridad mental, debiera olvidarle de una vez por todas. Pero me resulta imposible hacerlo teniéndolo ante mis narices, viéndolo a cada instante.

Me planteo abandonar el crucero y volver a casa, pero me niego a terminar mis vacaciones por él. Llevaba mucho tiempo queriendo hacer este viaje junto a mis amigas, y encima he tenido la gran suerte de coincidir con personas tan majas como lo son nuestros nuevos amigos, entre ellos Andrés, que es un hombre maravilloso el cual está dispuesto a hacerse pasar por mi novio el resto del viaje.

Pasamos el día en Volos, y aún queda por visitar Chania (Creta), Santorini y Nauplion. Intento pasármelo lo mejor posible, pero me resulta complicado no buscar con la mirada a Leiva para ver si está cerca o si tiene una amiga nueva. No quiero hacerlo, pero no puedo evitarlo...

Ha sido tanto lo que he sentido por él que no puedo echarlo a un lado ni ignorar por completo mis sentimientos de amor y de odio.

Mis amigos se esfuerzan en hacerme reír. Andrés se deshace en mimos y caricias y «El club de las malas madres» no puede ser más divertido. Evidentemente, mis amigas y casi hermanas Dafne y Aitana se están portando conmigo de una manera ejemplar y nuestra amistad está mucho más afianzada. Las quiero muchísimo y me alegro de tenerlas en mi vida.

—Acabo de hablar con mis hijos y los muy pederros me han dicho que no tenga prisa en volver a casa, pues están estupendamente sin mí. Que los tres machos se entienden bien y que también ellos están de vacaciones... Miedo me da cómo me voy a encontrar el piso cuando vuelva —dice Martina, que tiene dos hijos de doce y catorce años.

—Así da gusto traer hijos al mundo. Te vas unos días y ya te echan de casa... Quizá cuando vuelvas te han cambiado la cerradura y tienes las maletas en el descansillo —comenta Estela.

—¿Veis? Escuchando estas cosas es imposible que a una le nazca el instinto maternal. ¡Panda de desagradecidos! Si tanto tu marido como los apestosos y hormonados preadolescentes que tienes como hijos no tienen donde caerse muertos si no estás tú a su lado. Me dicen algo así a mí mis imposibles futuros hijos, y cuando llego a casa lo primero que hago es darles una bofetada con la mano abierta a cada uno... Por suerte la naturaleza es inteligente y no permitirá que me reproduzca jamás —comenta Cloe con cara de asco.

—Por el bien de la humanidad mejor que no lo hagas nunca —decimos algunas entre risas.

—Aunque por si las moscas, tú no te fies mucho y utiliza siempre métodos anticonceptivos —le dice María.

—Cómo se nota que está criando a una mujercita de dieciséis años — replica Abigail riendo también.

—Lo único que me faltaba ahora mismo es que mi hija se me presente en casa con un bombo —dice un tanto escandalizada al imaginar a su hija en esa situación.

—Ya te digo, qué manera de desgraciarse y arruinarse la juventud. Justo cuando empiezas a despegar un poco del nido de los papis, ¡pam! Bombo al canto y se jodió la diversión, la libertad y el poder vivir tu vida a tu manera.

Todas miramos a Cloe y vemos que razón no le falta. Es más que obvio su falta de ganas de procrear, pero tiene mucho sentido lo que acaba de decir. Las chicas que se enfrentan tan jovencitas a la máxima responsabilidad, que es ser madre, dejan de vivir un sinfín de momentos únicos e irrepetibles.

—Pues yo he hablado con Vincent y está como loco de contento con nuestra futura paternidad. Nos esperan momentos maravillosos y estoy muy feliz de vivirlos junto a mi mejor amigo, con el que voy a hacer realidad mi sueño de ser mamá. Seremos unos padres estupendos y sacaremos adelante a un bebé que será superfeliz, hermoso y bonito. Estoy tan ilusionada... —nos dice Silvia con una sonrisa que no le cabe en la cara.

—Nos alegramos muchísimo por ti y seguro que lo haréis genial. Nadie nace con el carnet de padre bajo el brazo y es una tarea que se va aprendiendo día a día. Pero con cariño e ilusión se hace de la mejor manera posible, y cada vez que tu peque te sonría verás que todos los sacrificios que hagas por él estarán más que justificados. La maternidad es un regalo del cielo y no hay día que no dé las gracias por ser la feliz mamá de mi deseada niña —dice Abigail un tanto emocionada.

—Ay, sí, estoy contigo. Yo hay días que mataría a mis hijos, porque los muy puñeteros son capaces de sacar lo mejor de mí, pero también lo peor. Saben meter el dedo en la llaga y los muy *jodíos* no dudan en hacerlo si es necesario. Hay veces que te hacen chantaje emocional sintiéndote la peor madre de la galaxia, pero hay momentos que te sientes grande, dichosa y feliz cuando estás

junto a ellos en plan mimoso, cuando te dan un abrazo o te dicen que eres la mejor... Se te quitan todos los males y lo único que quieres es achucharles y desear con todas tus fuerzas que no sigan creciendo para tenerles siempre bien cerquita —nos dice Carla limpiándose una lagrimilla que recorre su cara.

—Mi abuela me decía cuando era pequeña que yo era un angelito caído del cielo a escobazos... Siempre he sido muy movida y mi abuelo me llamaba «la rata eléctrica» —comenta Estela sonriendo con cariño—. Quizá si hubiera nacido ahora sería una niña hiperactiva, mis padres me llevarían al psicólogo e incluso al psiquiatra para que me medicara y así estar menos inquieta. Lo que hacían mis padres era apuntarme a un montón de actividades deportivas para que me cansara, me tenían toda la santa tarde corriendo para que cuando llegara a casa me diera una ducha, hiciera los deberes, cenara y a la cama a dormir. Mi abuelo me llevaba a caminar por la montaña junto a sus perros y me tenían todo el día entretenida haciendo cosas divertidas. Ahora no tenemos tiempo para dedicarle a nuestros hijos y, o nos los cuidan otras personas, o los tenemos agilipollados enganchados a alguna consola.

—Ahí te doy la razón, Estela. Yo no sé si algún día seré madre, pero lo que tengo claro es que debe ser una experiencia preciosa —dice Dafne.

—Lo es. Si pones en una balanza las cosas negativas y las positivas, ganan por goleada las cosas buenas. Saber que has colaborado poniendo tu granito de arena ante la sociedad trayendo al mundo a una personita que quizá se convierta en alguien muy grande e importante.... ¿Cómo se deben de sentir los padres de los famosos al ver a sus hijos haciendo lo que sea que hagan, ya sea películas, conciertos, deportes, obras de arte o construcciones imposibles? Debe ser tan grande el orgullo que circule por su cuerpo al saber que, si no hubiera sido por ellos, ese artista no existiría y por lo tanto su arte tampoco... —comento en una de mis famosas reflexiones.

—Yo soy la típica madre que llora en todas las actuaciones de sus hijos, y cuando digo en todas me refiero a todas —dice Martina un tanto sonrojada—. Es tal la emoción que siento cuando les veo haciendo lo que sea que hagan,

que no puedo evitar sentirme como la Pantoja ante su Paquirrín. Hasta me emocioné una vez que mi hijo el pequeño hizo de árbol y toda su actuación consistía en mover los brazos, que eran ramas, haciendo que, de tanto en tanto, cayera alguna manzana para que los animalitos se las pudieran comer y así no desfallecer de hambre. ¿No os parece bonito el mensaje que dio mi hijo? «Aquí tenéis mis frutos que con gusto os brindo. Tomad, animalitos del bosque, comed de mí.»

Miramos un tanto atónitas a Martina. Realmente vemos que es una ferviente admiradora de las actuaciones escolares de sus retoños y segurísimo que las tiene todas grabadas y cuando está depresiva las mira mientras llora un buen rato.

—Joder, chica, espero no verme nunca como tú... —dice Cloe un tanto asustada al escuchar la confesión de su amiga. El resto no podemos evitar reír con ganas ante lo que acaba de pasar.

—Pues nosotras al ritmo que vamos no sé yo si algún día seremos madres... —comenta Aitana mientras nos mira a Dafne y a mí.

—Tiempo al tiempo, primero tenemos que encontrar a algún hombre que nos haga sentir especial y con el que poder ser madre con un mínimo de garantías. Me tomo muy en serio la maternidad y no estoy dispuesta a dejarme preñar por cualquiera. Llegado el momento, creo que es más importarte encontrar al padre perfecto que no al marido perfecto, así sabes que, en caso de divorcio, a tu hijo no le va a faltar absolutamente de nada ni con su padre ni con su madre —dice Dafne dejándonos pensativas a la gran mayoría.

—Ostras, no me lo había planteado nunca así —responde Carla.

—Pues yo sí. ¿Con qué cara dejas a tu retoño en manos de un hombre que no sabe ni hacer una tortilla francesa o que no le ha cambiado nunca los pañales, ni le ha vestido o acostado jamás? O que tiene una serie de gustos un tanto sospechosos o viciosos... Me daría mucho miedo dejarles solos si él fuera violento o agresivo. A día de hoy, y sabiendo que quiero ser madre, miro más la parte paternal de mi posible pareja que la de marido perfecto. Me da

mucha envidia cuando veo a amigas mías que tienen una joyita de hombre al lado con el que pueden contar para todo, incluso en la crianza y la educación de los niños —comenta Dafne.

—¿Existen esos hombres? ¿Dónde? Que me compro uno —sentencia Martina riendo.

—Pues alguno habrá... Son como las modelos, nadie las ve por la calle, pero existir, existen —responde María.

—Bueno, que venga lo que tenga que venir, pero yo lo que quiero es que me haga feliz y dichosa. Y quiero sentir que soy su prioridad y su mundo. Si han de venir los niños que vengan, y si no, pues no. Pero que me quiera ante todo y ante todos —comento un tanto apenada.

—Pues yo sé de uno que no te quita el ojo de encima y con la tontería del jueguito que os traéis entre manos, tela con lo mucho que está pillando... Y eso que le van los tíos también... —me dice Aitana.

—Qué majo que es Andrés, suerte de él. Una lástima que sea bisexual —susurro mirándole de reojo mientras le veo hablar con varios chicos.

—Mira, quién sabe, quizá os pase como a Vincent y a mí y hagáis una bonita y diferente pareja. ¿No crees? —dice Silvia.

—Nunca se puede decir de esta agua no beberé, pero dudo mucho que pueda nacer algo serio entre nosotros. He de decir que el muchacho se defiende de maravilla ante una mujer, o al menos conmigo, pero no me daría tranquilidad estar con un tío al que le gusta todo y que cualquier día me puede dar la patada porque ha encontrado en otro hombre aquello que, evidentemente, yo no le puedo dar. Ya es complicado retener a tu lado a alguien a quien le gustan las personas del otro sexo, pues más difícil debe ser cuando le van los dos bandos y existe mucho más riesgo de que encuentre a su media naranja ante cualquier persona. Quitaa, quita, necesito a mi lado a alguien más estable —digo dando un suspiro mientras soy observada por mis amigas, las nuevas y las viejas, que me conocen mejor que nadie.

Capítulo 5

Llegamos al barco nuevamente y nos vamos a la piscina para darnos un bañito. Es pronto y aún falta un rato para cenar.

Estamos hablando animadamente cuando vemos a unos chavales de poco más de dieciocho años, ya que en este viaje no puede haber menores de edad, y juegan a saltar al agua haciendo figuras en el aire antes de caer. Se lo están pasando bomba y no paran de reír. Observo a mi querido ex, que está tumbado en una de las tumbonas, mientras habla con sus amigos. Le miro de reojo dándome cuenta de lo atractivo que lo llevo a encontrar. Puñetero... ¿Por qué me tiene que gustar tantísimo? Un grito de dolor me saca de mis pensamientos y veo a uno de los chicos que cae mal al agua. Se ha tenido que dar un buen golpe. Leiva trabajó de socorrista varios años antes de ser piloto y en un rápido movimiento echa a correr lanzándose de cabeza nadando en un perfecto estilo crol hasta llegar a él. Le agarra con fuerza y le ayuda a salir del agua. Sus amigos corren a ayudar y le tumban en el suelo mientras Leiva examina la herida que se ha hecho en el tobillo. Parece ser que ha calculado mal y al saltar se ha dado con el bordillo en la zona del pie haciéndose una buena herida. Nosotras nos hemos acercado para ayudar, pero en cuestión de segundos está el socorrista de la piscina, el médico y dos enfermeros, y evidentemente Leiva, que le ha hecho los primeros auxilios. Admito que me gusta ver a mi ex mientras habla con esa voz tan profunda y varonil calmando al chaval, que le confiesa que estaba intentando impresionar a una chica que le gusta. Él le dice riendo que la vida del soltero es puro sacrificio y que quien más quien menos tiene alguna herida de guerra. Se me dibuja una sonrisa tontorróna al imaginar lo buen padre que sería y en el comentario que ha hecho

hace un rato mi amiga Dafne. Me quito ese último pensamiento de la cabeza y al girarme veo a Carla que está blanca como la nieve y que pierde el conocimiento. Consigo cogerla al vuelo antes de que su cuerpo inerte golpee contra el suelo y el resto de las chicas me ayudan a tumbarla con cuidado.

—No me he acordado de la fobia que tiene Carla a la sangre. Es ver una gota y perder el norte —explica María.

—Pues justo me he girado cuando se estaba cayendo, de no ser así se habría pegado un buen talegazo —comento levantándole las piernas. El médico se acerca para ver si nuestra amiga está bien. Le explicamos cuál es su problema y nos dice que le demos un poco de aire con un abanico hasta que recupere la conciencia.

Leiva viene y nos pregunta si necesitamos algo, le digo que no. Él me mira, me observa durante varios segundos y se aleja de mí. Suelto el aire cuando él se va, no quiero respirar cerca de su cuerpo porque me invade su fragancia y me transporta a momentos y a recuerdos que no debo recordar porque me hacen daño.

Cuando Carla se recupera y se ve tumbada en el suelo con varias de nosotras dándole aire con papeles que hemos encontrado, imagina lo que ha sucedido y automáticamente se ruboriza.

—Una vez más la he liado, ¿no?

—No, esta vez has sido muy discretita y casi no se ha enterado nadie. Has tenido suerte de que te haya visto Gala porque te ha agarrado de refilón mientras caías inconsciente —le explica Cloe.

—Gracias, Gala; me has salvado de un buen chichón. Te debo una.

—No se merecen, tú habrías hecho lo mismo por mí —le digo con una sonrisa.

Nos quedamos un rato más disfrutando de la brisa marina tumbaditas en las cómodas hamacas hasta que llega la hora de cenar. Hoy toca cena temática y para poder acceder al restaurante hay que ir disfrazado obligatoriamente.

Compramos los disfraces en una tienda de Barcelona y cada una eligió el

que pegaba más con su personalidad. Dafne va de enfermera cañón. Aitana va de profesora sexy y yo voy de Cleopatra. Me encanta lo dorado y me he maquillado con una sombra de ojos que parece que esté hecha de oro. En otra vida tuve que ser muy rica y poderosa o bien una urraca a la que le pirra lo brillante...

Admito que estamos muy monas y más de uno nos va a pegar un buen repaso cuando nos vea llegar.

Al juntarnos con el resto de las chicas vemos que también van muy guapas. Nos reímos bastante al ver a más de uno y de una que piensan que van atractivos y en realidad van haciendo el ridículo. Está claro que hay niveles y niveles...

Mi novio de viaje va guapísimo con su disfraz de Indiana Jones. Se le ve salvaje y me lanzo a su cuello cuando le veo llegar. Entre carantoña y carantoña veo aparecer a un más que atractivo militar. ¡Maldita sea! Leiva se ha puesto una camiseta negra de algodón que marca su perfecto y musculado cuerpo, unos pantalones militares de esos que están repletos de bolsillos y que le marca bastante haciéndole un culito de lo más sexy. Lleva unas botas altas anudadas en la caña y una boina que cae de un lado. Vamos, que el chico está impresionante...

Las diez le miramos descaradamente y mis amigos, entre ellos mi novio ficticio, también le están mirando sin disimulo alguno.

—Joder, cómo está tu ex, nena —me dice Andrés dando un silbido.

—Lo sé... Lo sé perfectamente —digo con cara de circunstancia, sabedora de lo que ese uniforme esconde en su interior...

—Ya se podría haber disfrazado de oso polar e ir tapadito hasta las orejas —comento con sarcasmo mientras me doy la vuelta y me dirijo a nuestra mesa.

Noto sus ojos clavados en mi espalda, pero no le voy a conceder el privilegio de girarme y mirarle. No. No es merecedor de tal lujo. Debo ignorarle por mucho que me cueste.

La cena es superdivertida y entretenida. La gente está muy metida en su

papel y se comportan como los personajes que interpretan.

Yo me siento poderosa al ver cómo me miran. Algunas con cara de envidia y algunos con cara de deseo. Leiva me devora con la mirada y noto su calor, pero hago como si nada e intento no prestarle atención.

Coincido con Andrés en la mesa de los postres y mientras jugamos con un trocito de hielo nos besamos con pasión. Sé que mi ex me mira, lo noto, lo intuyo, pero me da igual y quiero hacerle sufrir con mi indiferencia y mi castigo. Duele muchísimo cuando ves besarse con otra persona al amor de tu vida, pero más duele el saber que jamás serás su dueña ni tan siquiera su compañera de viaje de esta vida...

Empieza el baile y vamos bailando los unos con los otros. Bailo con mis nuevos amigos, pero sin salir del círculo que hemos formado para no tener que bailar con nadie más. Somos bastantes y nos lo pasamos genial. Leiva está en la otra punta del salón, pero observa mis movimientos desde la distancia.

Han decorado la gran sala de fiestas con adornos realmente bonitos y veo que las paredes están pintadas con murales preciosos. Están representados los lugares más mágicos y bonitos del mundo. Hago un repaso visual observando las maravillas que tenemos repartidas por todo el planeta.

Mis ojos se detienen en la mismísima Torre Eiffel. No puedo evitar recrearme para iluminar mis ojos con tanta belleza. Está pintada de noche cuando centenares de bombillas consiguen que la torre brille con luz propia. Me acerco y paso lentamente mi mano por encima del dibujo. Qué cantidad de pensamientos me vienen a la mente en este preciso instante... Qué feliz fui en aquella majestuosa obra de arte al lado de la persona que tanto amaba. No puedo evitar pensar, por mucho que me duela necesito recordar todos y cada uno de los recuerdos que están luchando en mi mente para desaparecer de por vida. ¿Realmente quiero que me abandonen para siempre? ¿No quiero recordar nunca más lo feliz que fui esos días en París? Mis manos arden al tocar el mural debido a la cantidad de energía que fluye ahora mismo por mi cuerpo.

—¿Recordando viejos tiempos?

Escucho la voz de mi peor pesadilla y debido al susto doy un pequeño respingo.

—Sí, aunque me produce tanto dolor que casi no puedo ni respirar — respondo apenada sin dejar de observar el bonito mural.

—La vida no se mide por las veces que respiras, sino por los momentos que te dejan sin aliento —me dice con una voz cargada de sabiduría. Le miro y veo que él también está observando la imagen. Nos quedamos unos segundos sin decir nada, pero pensando seguramente en lo mismo. Nuestros recuerdos son similares e imagino que ambos los recordamos perfectamente.

—No me arrepiento de nada de lo que viví allí contigo. Mis sentimientos eran puros y verdaderos, igual que el amor y el cariño que siento hacia ti.

Cierro los ojos al escuchar lo que acaba de decir. Estoy lastimada y mis heridas amenazan con sangrar nuevamente.

—¿No dices nada? —pregunta mirándome esperando una respuesta.

—Somos dueños de nuestros silencios y prisioneros de nuestras palabras —comento sin mirarle. Él suspira y da un paso hacia mí.

—Imagino que poco más te queda por decirme tras las cancioncitas que me dedicaste en el karaoke. Te quedaste a gusto, ¿no? Con la de canciones bonitas que existen... ¿Cómo era esa tan graciosa? Ah sí, *Rata de dos patas*... Muy profunda la letra... —Sonrío ante su comentario y le miro. Muy a mi pesar, en mi mirada hay más ternura de la que quisiera y mis ojos deben brillar igual que nuestra querida Torre Eiffel en plena noche.

—¿Sabes? Dicen que cuando un hombre ama de verdad a una mujer se convierte en su debilidad. Y que cuando una mujer ama de verdad a un hombre se convierte en su fuerza. Esto se llama intercambio de poder. Te quise tanto y estuve tan enamorada de ti que habrías conseguido absolutamente todo de mí, incluso que robara la mismísima luna si tú me la hubieras pedido... No supiste valorarme y me dejaste escapar. Estoy muy dolida y dedicarte varias canciones dañinas entre risas y amigos es lo mínimo que puedo hacer. No me

vengas con lecciones de civismo cuando tú eres el que peor se ha portado en esta historia.

—Razón no te falta, pero me duele verte así de fría y distante conmigo. No te reconozco. Siempre fuiste tan vulnerable y tierna que me duele esa frialdad que tienes ante mí.

—Soy fuerte porque fui débil. Estoy en guardia porque fui traicionada. Me río porque estuve triste y vivo el día porque el mañana no es seguro. Ésa es mi realidad, mi jodida realidad...

—Lo siento. Lo siento muchísimo. No viviré lo suficiente para dejar de arrepentirme por lo gilipollas que fui contigo. No tuve el coraje para dejar a mi mujer cuando tenía que hacerlo y te perdí jugando con tus sentimientos. Me siento un idiota cuando estoy junto a ti y lo único que me pide el cuerpo es poderte abrazar mientras beso esos labios que tanto me gustan. Cierro los ojos y veo tu cuerpo desnudo cabalgando sobre mi cintura, mirándome con esos ojos que tanto me decían y con tu melena despeinada cayendo por tu bonita cara. Cuando deslizaba mis dedos por tu vientre y acariciaba el tatuaje que nos hicimos juntos donde podía leer las palabras «Amor eterno». Ese pensamiento es como un sueño y, al abrirlos nuevamente y darme cuenta que fuiste mi sueño hecho realidad y que yo solito lo dejé escapar... Siento tanto el haberte lastimado... Jamás me cansaré de pedirte perdón y de rogarte una segunda oportunidad.

—Las segundas partes nunca son buenas. Fuiste una bonita etapa de mi vida en la que aprendí muchísimo. Todo pasa por algo, todo nutre, todo enseña. Gracias a ti toqué fondo y resurgí de mis cenizas con mucha más fuerza. Ahora soy mucho más fuerte, me conozco más y mejor y sé perfectamente lo que quiero en mi vida y lo que no. Lo que necesito y lo que me lastima. Y tú, amigo mío, me lastimas y mucho. Los recuerdos que tengo tuyos son preciosos pero hirientes. No quiero pensar en ellos porque me dañan. Pasé página y ahora soy feliz. Nuestro tren ya se marchó y debemos superarlo de la mejor manera posible. El destino, que es tremendamente caprichoso, ha querido que

coincidamos en este divino barco y aquí estamos hablando de lo que hace un tiempo fui incapaz de decirte. Con lo fácil que es hablar y lo difícil que es decir las cosas... Necesito tiempo para dejar de odiarte y de guardarte rencor.

—Siento escuchar lo que me estás diciendo. Te dejo tranquila —me dice dándose la vuelta y acariciando con cariño mi hombro. Su caricia me abrasa la piel y siento el calor de su mano sobre mi cuerpo. Es tal la química que existe entre nosotros... Se aleja de mí y yo me dirijo hacia los lavabos. Necesito reflexionar y enfriar mis pensamientos con un poco de agua sobre mi nuca, mis manos y brazos. En la cara no, que he creado una obra de arte con la pintura dorada y no estoy dispuesta a estropearla el maquillaje.

Respiro hondo mirándome en el espejo. Noto cómo se oxigenan mis pulmones al llenarse de aire limpio. ¿Cómo puedo seguir sintiendo tantísimo por este hombre? Qué ganas de lanzarme a sus brazos, de devorarle la boca y de decirle lo mucho que le quiero...

¡Pero ¿qué estoy diciendo?! No puedo caer tan bajo y perdonarle, no. He de pensar en todo el daño que me ha hecho. Sí, debo pensar en el montón de veces que he llorado por su culpa, en la cantidad de momentos de soledad y tristeza, en sus absurdas excusas para no quedar conmigo y en sus plantones de última hora. En la cantidad de noches que pasé sin dormir porque él estaba o con su mujer o con alguna amiguita... En el dinero que me gasté en antiojeras y maquillaje...

Eso es lo que debo pensar y no en lo mucho que le quise, en las maravillas que me hacía en mi cama o donde surgiera. En lo sumamente fogoso que era conmigo y en la cantidad de veces que me hizo el amor bajo la luz de la luna en la terraza de mi habitación...

Salgo del baño y busco con la mirada a mis amigas Dafne y Aitana. Necesito contarles lo que me ha sucedido, pero veo que están tonteando con varios chicos y que la cosa pinta bien. Andrés me ve y se acerca a mí.

—¿Estás bien? —me dice examinando mi descompuesta cara.

—No, no lo estoy. He hablado con Leiva y me ha dicho unas cosas

preciosas. Tengo miedo de recaer y rendirme ante él. Es tanto lo que he sentido por él que me resulta imposible no querer intentarlo. Quería que dejara a su mujer y lo ha hecho, tarde, pero lo ha hecho. Ahora está soltero y me pide otra oportunidad. ¿Qué hago? Estoy más liada que la pata de un romano. Y ya has podido comprobar por ti mismo lo bueno que está y lo tremendamente sexy que es...

—¿Me vas a poner los cuernos? —dice riendo.

—No. He de ser fuerte y no dejarme engatusar. Hacía tiempo que no nos veíamos y el reencontrarnos aquí, de vacaciones, sabiendo que está celebrando su divorcio, todo eso ha hecho que pueda ilusionarme y perder el buen juicio, pero a la que termine este viaje y volvamos cada uno a su vida dejaré de sentir lo que siento ahora mismo. Así que bésame como mi novio ficticio que eres y hazme sentir la mujer más afortunada al estar entre tus brazos —le digo a Andrés, que obedece y me besa con una pasión impropia del momento. El chispazo salta entre nosotros y abandonamos por unos minutos la fiesta para hacer una visita al camarote de mi chico y así hacerme olvidar a Leiva. ¡Qué afortunada soy de tenerle en estas vacaciones tan complejas para mí!

Cuando volvemos a la fiesta y veo a Leiva tontear con varias chicas siento un pequeño alivio, pero al mismo tiempo unos celos tremendos. ¡Zorras!

Capítulo 6

Al día siguiente todo surge con normalidad. Reímos ante las batallitas y las anécdotas de mis amigas y hacemos varias excursiones arrasando las tiendas que vamos visitando.

He hablado con las chicas de lo que sucedió anoche y cada una me da su opinión y su punto de vista. Algunas me dicen que ni se me ocurra darle una oportunidad. Otras me dicen que aproveche y viva el momento. Otras que haga que se arrastre ante mí igual que un gusano y que, cuando me canse de jugar con él, le dé una patada en su bonito trasero... En fin, que comentarios no me faltan.

Decido no hacer nada y seguir disfrutando de mis vacaciones como soltera, bueno, junto a mi novio de mentira, que la verdad es que me está yendo estupendamente. Sus sesiones de sexo para olvidar las penas son muy satisfactorias y consiguen que se me pasen los males en cuestión de minutos

Como era de esperar, el viaje termina y mañana llegamos a Barcelona. Esta noche es la cena de gala y tenemos que ir de etiqueta. He traído un vestido superelegante que me queda como un guante. Tiene la espalda al descubierto y es de raso. De color rojo pasión y con una raja que permite ver mi pierna izquierda hasta casi donde la extremidad pierde su nombre. Las sandalias que he elegido son de pedrería con un taconazo de infarto. Me he recogido la melena en un moño alto y me he maquillado con sombra de ojos negra y labios igual de rojos que el vestido.

Andrés da un silbido cuando me ve aparecer y me hace dar una vueltecita para contemplar la belleza que tiene ante él. Entramos de la mano al gran salón

junto a nuestro séquito de amigos. Hemos hecho muy buenas migas y vamos todos juntos desde que nos conocimos en la piscina exterior.

Con «El club de las malas madres» la risa está asegurada y los chicos han encajado muy bien junto a nosotras.

Siento el peso de la mirada de Leiva e inconscientemente miro hacia su mesa. Está sentado mientras sus amigos hablan animadamente. Él no habla, no sonrío, no interviene en la conversación, simplemente me mira y observa desde la distancia cada uno de mis movimientos.

Desde que tuvimos la conversación ante el mural de la Torre Eiffel no hemos vuelto a hablar, pero siento que me mira cada vez que me muevo. No sé si se ha dado cuenta del juego que me traigo con Andrés y que en realidad no es mi novio; la verdad, me da igual. No tiene derecho a ponerse celoso ni a pedirme explicaciones.

El capitán del barco nos da la bienvenida y nos saluda uno a uno. Nos hacemos una foto de grupo y caminamos hacia nuestras mesas.

Miro a Leiva y le saludo con un rápido movimiento de cabeza. Él sonrío con tristeza y me devuelve el saludo.

La cena está exquisita y admito que en la cocina se han superado. Durante el viaje hemos comido de maravilla, pero hoy la comida está aún mucho más buena. El vino que nos están sirviendo también está espectacular y entra que da gusto. Está fresquito, es suave y telita con el peligro que tiene. No estoy acostumbrada a beber con frecuencia y me hace efecto con rapidez.

¡Qué calor siento! Andrés me mira desde su mesa y sonrío. Durante estos días me ha conocido bastante y sabe muy bien las cosas que van pasando por mi cabeza. También sabe que no tengo tolerancia al alcohol y que me pongo muy cariñosa cuando bebo vino. Se levanta y camina hacia mí. Se acerca a mi oído y me dice:

—Imagino que tienes ganas de fiesta, ¿me equivoco? En diez minutos nos vemos en la cubierta y así nos podremos despedir como es debido de este maravilloso e inolvidable viaje.

—Cómo me conoces ya... Cuenta conmigo —respondo sonriendo, dándole un tierno beso en los labios. Él vuelve a su mesa y al poco veo que se levanta, me mira y sale del comedor. Les digo a mis amigas que no me esperen durante un rato y ya se imaginan lo que voy a hacer con Andrés. Me desean mucha suerte y siguen a lo suyo. Dafne está hablando con el chico que le gusta y no me hace demasiado caso. Esta noche fijo que cae mínimo un *kiki* entre ellos.

Salgo a la cubierta y camino por las tablas de madera mientras respiro la brisa marina. Adoro este olor y la sensación de libertad que se siente. Veo la silueta de un hombre y camino hacia Andrés. Está apoyado en la barandilla mirando hacia la nada mar adentro. No hay demasiada luz y la luna se ha escondido detrás de varias nubes para darnos un poco de intimidad. La tela de mi vestido baila con el aire jugando con mis piernas. Estoy juguetona y tengo ganas de pasar un más que buen rato cargado de pasión, lujuria y sexo. Cuando estoy cada vez más cerca de mi cita entorno los ojos y me doy cuenta de que ese hombre no es Andrés, sino Leiva. ¿Qué hace él aquí? ¿Otra casualidad más? Maldita coincidencia... Dejo de caminar y me quedo a unos tres metros de él. Imagino que ha escuchado mis pasos y se gira. Al verme, sonrío y se queda apoyado en la barandilla cruzando los brazos.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta sonriendo—. ¿Me estás espiando? —comenta con una sonrisa tontuna.

—No. He quedado aquí con mi chico, deduzco que aún no ha llegado. No te molesto, sigue con lo que sea que estuvieras haciendo.

Me doy la vuelta para alejarme de esa tensa situación y empiezo a caminar.

—Andrés no va a venir, en realidad has quedado aquí conmigo. —Me paro en seco y le vuelvo a mirar.

—¿Cómo dices? ¿Por qué iba a hacer él eso? Queremos despedirnos a lo grande y hemos quedado aquí para hacer el amor salvajemente.

—Siento decirte que por el momento eso no va a pasar. También yo quería despedirme de ti y tener la oportunidad de poder hablar contigo, aunque sea una última vez. Antes he coincidido con tu novio ficticio en el servicio de

caballeros y hemos tenido una conversación muy interesante. Me ha contado vuestro juego y que se ha convertido en tu válvula de escape. Sabe lo que siento por ti porque yo se lo he contado y sabe también lo que sientes por mí porque tú se lo has contado. Le he pedido que me hiciera este gran favor y ha accedido. Dice que le gustaría hacer algo bonito por ti y que te quiere ver feliz al lado de la persona que realmente quieres.

—Y esa persona eres tú, ¿no? —pregunto en plan chulita con los brazos cruzados. No sé si debo enfadarme con Andrés por haberme tendido esta trampa o si, por el contrario, estarle agradecida y así poder dejar las cosas claras con mi amor imposible. Es evidente que sigue habiendo mucho de lo que hablar y la conversación de la otra noche ante el mural no fue la última.

—Me encantaría poder decir que sí, que la persona con la que quieres pasar el resto de tu vida es conmigo, pero ni estoy en posición de hacer afirmaciones tan arriesgadas ni tan siquiera debo ilusionarme con ello.

—Haces bien... Sería un error por tu parte.

—Aunque tú y yo nunca, tú y yo siempre —me dice con una mirada sofocante.

—¿A qué te refieres con esta frase?

—Pues eso, que, aunque nunca volvamos a estar juntos, siempre tendré la constante tentación de intentarlo. ¿Y sabes por qué? Porque eres la mujer que quiero en mi vida y no te me vas de la cabeza ni de noche ni de día. Dame una oportunidad y verás que no te arrepentirás.

—Eso sería un gran error por mi parte. Ya te he dicho lo que pienso y que estoy muy dolida contigo. Nuestra historia es complicada y tenemos un pasado demasiado doloroso y tormentoso como para empezar de cero. Si quieres decirme algo dilo ahora o calla para siempre. Tienes unos minutos para hablar antes de que me vaya e intente no volver a coincidir nunca más contigo.

—Odio que seas así de fría, pero admito que me excita una barbaridad. Y ese vestido que has elegido no me está poniendo las cosas fáciles... No puedo concentrarme en lo que quiero decirte y mis ojos no pueden apartar la mirada

de tu esbelta e interminable pierna. Ya sabes lo mucho que me gusta el color rojo... Pareces una diablesa y me encantaría ser muy malo, aunque sea una única vez. ¿No te gustaría pasar una última noche conmigo y poder dar rienda suelta al deseo que tú y yo sabemos que tienes en tu interior? Dime que no quieres y yo mismo le diré a Andrés que venga para que te haga las cosas que desees, pero ambos somos sabedores de la química y el deseo que existe entre nosotros, igual que sabemos lo mucho que disfrutamos haciendo el amor juntos... Te he observado, llevo todas las vacaciones observándote sin perderme detalle alguno. He visto que has bebido vino y sé lo cariñosa que te pone. Seguro que bajo el caparazón de chica dura que te empeñas en mantener conmigo, existen unas ganas tremendas de hacerme tuyo una vez más. ¿Has olvidado las cosas que te hacía y cómo gozabas entre mis brazos? Me encantaba que te corrieras en mi boca y me suplicaras que te penetrara con dureza...

Trago saliva mientras veo que se acerca lentamente. Está espectacular con el traje chaqueta que lleva y ni el mismísimo agente 007 luce la ropa mejor que él. Camina poco a poco desabrochándose la corbata y la camisa. Miro su agitado pecho y respiro hondo. Estoy muy excitada, pero no sé si debo ceder a sus encantos, que no son pocos. Me rodea y se pone detrás de mi cuerpo acercando su nariz a mi cuello.

—Tu olor me hipnotiza y me hace cometer locuras. —Desliza su dedo índice por mi desnuda espalda consiguiendo que se me erice la piel. Me he quedado petrificada y no puedo mover ni un solo músculo.

»¿Quieres que me vaya y avise a Andrés? —comenta besando mi hombro colocando sus manos en mi cintura.

Cierro los ojos e intento pensar lo más rápido posible. Estoy cachonda como una perra en celo y no puedo pensar con claridad... Está claro que quiero hacer el amor y me muero de ganas de hacerlo con Leiva. Es, sin duda, el mejor amante que he tenido y sé que me puede hacer alcanzar tantos orgasmos como él se proponga. La pregunta es: ¿debo hacerlo? ¿Qué pasará

cuando terminemos el acto sexual? ¿Y mañana? ¿Haremos como si nada? ¿Será realmente una despedida o un punto y seguido? ¡Dios! ¿Qué hago?

—No has respondido, Gala. ¿Quieres que me vaya o quieres que te haga gozar como tú y yo sabemos? Me muero por besarte, pero no lo haré si tú no quieres.

Tira de mi cuerpo hacia el suyo consiguiendo que note la tremenda erección que tiene.

—Mira cómo me tienes, cariño. Es toda tuya, soy todo tuyo. Te pertenezco igual que tú me perteneces a mí, aunque no quieras admitirlo. Lo nuestro es muy fuerte y no se puede destruir así como así. Te necesito. He sido un gilipollas contigo, pero aquí me tienes, rendido a tus pies. Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero, por favor, no te alejes de mí.

Tiene su cara pegada a mi nuca y sus palabras resuenan en lo más hondo de mi cerebro y de mi corazón. Mi respiración está agitada y mi pulso va a mil por hora. Sólo él es capaz de hacerme sentir lo que siento por él.

—Soy tuyo, mi amor, sólo tuyo, y tú tienes el poder... Me rindo ante ti y te suplico que me perdones.

Acerca su mano a mi pierna y la agarra con fuerza mientras sitúa su otra mano en mi vientre, haciendo que nuestros cuerpos estén completamente pegados. Sube poco a poco hasta llegar a mi pecho y lo acaricia con ternura. Su mano va en busca de mi zona más erógena... La raja del vestido le está poniendo las cosas fáciles y no le cuesta demasiado dar con mi ropa interior. Aparta la suave tela y desliza sus dedos por mi húmeda vagina, que está más que preparada y receptiva. Escucho su respiración y sé que está tremendamente excitado, más o menos igual que yo. Introduce uno de sus dedos en mi interior y juega con mi clítoris consiguiendo que se me escape un gemido de placer.

—Eso es, mi vida; déjate llevar y disfruta del momento.

Su dedo me está volviendo loca y cada vez se mueve con más rapidez. Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en su hombro. Él me mira y me besa en

la sien. Tengo los ojos cerrados, quiero sentir al máximo y necesito a este hombre mucho más de lo que yo quisiera. Mi cuerpo se mueve solo y acompaña a los movimientos de Leiva. Ambos jadeamos debido al placer que estamos sintiendo; necesito más y sé que él está igual que yo. Me giro y le devoro los labios. Le beso como hacía mucho que no lo hacía.

¡Dios, cuánto tiempo sin besarle! Me deshago entre sus brazos y le abrazo con fuerza. Mi cuerpo se relaja por momentos y sé que ahora mismo tengo lo que realmente quiero. Leiva es mi perdición, mi punto débil, mi locura y mi cordura. Es la persona que me hace suspirar cada vez que le veo, con la única que me he planteado mi futuro y la que en parte destruyó mi pasado. Le quiero, sí, muy a mi pesar estoy locamente enamorada de él y al besarle nuevamente he sabido que sigo sintiendo exactamente lo mismo que sentía hace unos meses cuando lo dejamos. Trece largos meses para ser exactos...

Nos falta el aire al besarnos, pero ninguno está dispuesto a dejar de hacerlo. Nos acariciamos con posesión reconociendo el cuerpo del otro, ese cuerpo que tanto me gusta y por el que daría mi vida si fuera necesario. ¿Cómo se puede querer tanto a alguien aun sin querer quererle?

Nos besamos, nos acariciamos y nos decimos unas cosas preciosas. Se ha detenido el tiempo y deseo que nada me despierte de este bonito sueño. Le miro a los ojos y ya sabe lo que necesito. Tira de mí y me hace caminar hacia atrás hasta notar en mi espalda el frío hierro de la barandilla. Me vuelve a besar y sonrío. Se le ve feliz, igual que a mí. Saca un preservativo del bolsillo y se desabrocha el pantalón. Libera su pene y lo viste con el fino plástico. Me mira, asiento y nos volvemos a besar. Me da la vuelta mientras sube lentamente la tela de mi vestido. Rompe de un tirón mi tanga y me penetra con dulzura. Vuelvo a apoyar mi cabeza en su pecho y busco su boca. Nuestras lenguas juegan alegres mientras su cadera se mueve lentamente abriendo con su miembro mis carnes. Adoro este momento y admito que no puedo ser más feliz.

Leiva, mi Leiva, me está haciendo suya una vez más... Me apetece llorar,

gritar y reír. Tengo ganas de querer y de ser querida y de sentirme tan viva como me siento ahora mismo.

Sitúa sus manos en mis caderas y empieza a moverse con más velocidad. Tiene su boca cerca de mi oído y escucho su respiración agitada.

—Me tienes loco y estoy tremendamente enamorado de ti, señorita Gala. Te quiero, y no me cansaré de intentar hacerte feliz todos los días de mi existir. Dame una oportunidad y no te arrepentirás jamás. Dime que me quieres, por favor, dímelo. Necesito escucharlo de tus labios para sentirme el hombre más feliz del mundo entero. Te quiero tanto...

Sus palabras calan hondo en mí y siento un calorcito devastador que arrasa mi cuerpo. Me muevo con rapidez buscando mi propio placer. Él sabe lo que tiene que hacer y, como siempre, da la talla a la hora de poseerme consiguiendo que un maravilloso orgasmo invada mi ser. Acercó mi boca a su oído y muy lentamente le digo:

—Te quiero más que a mi vida.

Mis palabras causan efecto en mi loco amante y con unas más que duras penetraciones logra alcanzar el clímax.

—Gracias, cariño mío, por hacerme sentir el hombre más afortunado de todo el planeta. Te quiero, mi amor.

Nos quedamos abrazados mirando el océano maravillados de las bonitas vistas al ver a nuestra querida amiga la luna reflejarse en el agua al salir de detrás de las nubes con cierta timidez.

—Te necesito mucho más de lo que creía —me dice abrazándome con fuerza como si tuviera miedo de perderme.

—Espero no arrepentirme al darte una segunda oportunidad.

—No lo harás. Te voy a tratar como a una reina y llegará el día que no puedas quererme más porque en tu corazón no cabrá ni un poquito más de amor. Prometo quererte hasta la saciedad, amarte y respetarte todos los días de mi vida.

—No me quieras tanto y quiéreme bien. Sólo te pido eso, que me quieras

bien. No necesito cantidad, necesito calidad y de la buena. Mientras sienta que soy especial para ti, que soy tu prioridad, igual que tú eres la mía, y que no podemos vivir el uno sin el otro, todo irá bien. Pero te pido que, si dejas de sentir lo que acabo de describir, prefiero que me lo digas antes de que me hagas sufrir. Con esta nueva oportunidad te demuestro lo mucho que te quiero y las ganas que tengo de empezar una vida juntos. No me falles.

—No te fallaré. Por cierto, creo que esto te pertenece.

Mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca el anillo que me regaló cuando nos prometimos en París y que yo le devolví el día que lo dejamos. Lo pone en mi dedo anular y me mira con los ojos inundados en lágrimas.

—Nunca tendrías que habértelo quitado —me dice sonriendo.

—Sabes de sobra el motivo de por qué te lo devolví. ¿Cómo es que lo llevas encima? —pregunto intrigada.

—Siempre lo llevo conmigo y se ha vuelto como mi talismán. Ahora mi talismán eres tú y espero tenerte siempre muy cerquita.

Nos abrazamos y nos besamos con pasión. Doy un gran suspiro al sentirme nuevamente en casa. Él es mi hogar y entre sus brazos me siento protegida y querida.

Volvemos a la cena de gala y vemos que han montado una discoteca. Vamos cogidos de la mano y no podemos ser más felices. Andrés nos recibe y al ver nuestros rostros sonrientes se acerca a nosotros y, sin mediar palabra alguna, me da un abrazo.

—Espero que no te hayas enfadado conmigo por haberte montado esta pequeña encerrona, aunque creo que no ha salido nada mal, ¿no?

—Gracias. Me ha encantado conocerte y me has hecho mucho bien. Siempre, y digo siempre, tendrás mi amistad y mi cariño incondicional —le digo abrazándole con fuerza mientras varias lágrimas traicioneras resbalan por mi cara.

—Gracias, tío, eres una gran persona que ha demostrado lo mucho que ella

te importa. Te debo una y de las grandes —le dice Leiva dándole otro abrazo.

—Suelo cobrarme los favores, así que ya veré qué te pido algún día... —le dice Andrés con su cara más pícaro.

—Miedo me das —le digo dándole un beso en la cara a mi nuevo gran amigo.

—Bueno, ahora que ya no somos novios y que no debemos fingir más, voy a echarle el lazo a ese tiarrón que me vuelve loco. Hemos estado hablando un buen rato y ahora toca hacer de todo menos hablar. Os dejo parejita, sed muy felices juntos.

—Suerte esta noche, campeón.

—No la necesito, pero gracias igualmente —me dice el muy gamberro mientras me guiña un ojo.

Buscamos a mis amigas y las veo bailando con unos morenazos que quitan el sentido. Creo que esta noche vamos a despedirnos como es debido y pocos dormiremos en nuestro camarote... Evidentemente, yo pasaré la noche con mi amado, que duerme solo, no como yo que lo comparto con Dafne y Aitana.

Mis amigas se toman bien la noticia de la reconciliación y me dicen que ya se veía venir. Que me conocen bien y que sabían que tarde o temprano caería rendida a sus pies. Amenazan a mi novio con cortarle su bien más preciado si vuelve a hacerme daño y él afirma sonriente. Se nota que estamos felices como perdices y no hay que estropear el momento.

Bailamos, bebemos, reímos, hablamos, nos besamos, nos tocamos y volvemos a besarnos. Estoy en una nube y no quiero bajar jamás.

A las cinco de la madrugada nos despedimos y nos vamos a terminar de pasar la noche al camarote de Leiva. Dormir, lo que se dice dormir dormimos más bien poco, pero sin duda esta noche se ha convertido en la más especial y bonita de toda mi vida.

Capítulo 7

Las despedidas son duras y nos emocionamos al despedirnos tanto de «El club de las malas madres» como de los chicos. Hemos creado un grupo de WhatsApp con todos los miembros y prometemos ir quedando de tanto en tanto. Del que más me cuesta despedirme es de mi superamigo Andrés, que ha demostrado lo mucho que le importo.

Prometen viajar en nuestra compañía aérea y así tenernos como azafatas durante el vuelo.

Hablando de vuelos, mañana empezamos a trabajar y nos vamos a Brasil. Leiva también tiene vuelo, aunque él se va a México. Nos despedimos y nos llenamos la cara de besos. Debemos descansar, sobre todo él que es quien pilota el avión repleto de pasajeros.

Me voy para casa con mis chicas y vamos hablando de todas las cosas que hemos hecho durante las vacaciones. El trayecto en taxi no es muy largo y en pocos minutos estamos en nuestra maravillosa casa. Hogar, dulce hogar. Estoy cansada pues no he dormido casi y la sesión de sexo con Leiva ha sido muy intensa.

Deshago el equipaje, me doy una ducha, ceno con mis amigas y me voy a la cama. Llega a mi móvil un mensaje de Leiva y lo leo:

Buenas noches, mi dulce niña. Descansa y sueña con los angelitos. Ni te imaginas lo contento que estoy, me cuesta creer que volvamos a estar juntos. Tengo tantas ganas de hacer un sinfín de cosas contigo... Ahora ya no existe nada que nos impida estar juntos siendo una pareja normal y corriente. Mi ex ha firmado el divorcio y ya soy un hombre completamente libre para

rehacer mi vida con la mujer a la que amo. Tengo tantos proyectos y tantas ilusiones que me van a faltar años para poderlos hacer realidad. Gracias por confiar en mí y ser tan especial. Te quiero mucho mi amor, hasta mañana.

Qué bonito lo que me ha escrito. Respondo a su mensaje:

Yo también estoy muy feliz e ilusionada y se me va a hacer raro tenerte para mí solita. Vivamos todos y cada uno de nuestros sueños y, sobre todo, jamás dejemos de soñar, pues en ocasiones los sueños se hacen realidad... Quién me iba a decir que gracias al viaje que organicé con mis amigas, iba a coincidir contigo volviendo a estar juntos otra vez... Deseo no fallarte nunca y espero que tú tampoco me falles jamás. Es evidente que formamos un buen equipo y que lo nuestro es especial. No lo fastidiemos y lo mandemos al traste. Me voy a dormir que estoy agotada. Anoche estuvo genial y llevo todo el día reviviendo cada momento que viví a tu lado. Te quiero mi amor, buenas noches. Que tengas un buen vuelo mañana y ten mucho cuidado. Te aviso cuando llegue a Brasil.

Dejo el teléfono en la mesita de noche y con una gran sonrisa en los labios me quedo dormida al momento.

Cuando suena el despertador a las seis de la mañana me da un soponcio. Tengo sueño, estoy cansada y quiero seguir durmiendo. Me esfuerzo por abrir los ojos y como buenamente puedo salgo de la cama. Me hago un café bien cargado y eso me ayuda a espabilarme. Mis amigas van haciendo lo mismo y nos sentamos cada una con su taza de café mientras nos miramos adormiladas.

—¡Qué sueño tengo! Y eso que nos acostamos pronto —digo dando un bostezo.

—Cómo ha cambiado el cuento. Ayer de vacaciones a gastos pagados en un maravilloso crucero, y hoy madrugón al canto para ir a trabajar y hacer que el

vuelo de aquellas personas que se van de vacaciones sea agradable y cómodo... En otra vida quiero ser rica y que me lo hagan todo —comenta Dafne dando un gran trago a su café.

—No tengo ni hambre. Qué manera de comer durante estos días. A ver si nos cabe el uniforme —dice Aitana haciendo que se nos escape la risa.

Cada una se va a su habitación para darse una ducha, acicalarse y ponerse mona bajo una buena capa de pintura. Por suerte el uniforme nos entra bastante bien y no tenemos problemas con las cremalleras, que en ocasiones se niegan a subir debido al exceso de peso.

Caminamos por el aeropuerto en dirección a la sala de personal donde dejamos nuestras pertenencias y podemos desayunar. Allí nos juntamos un montón de azafatas y de pilotos. Es como la sala VIP pero para trabajadores. Leiva me manda un mensaje diciéndome que está desayunando ahí y que su vuelo sale en una hora. Le digo que ahora nos vemos.

No hemos hablado de cómo comportarnos ante los demás compañeros, si disimular o hacer vida de novios con normalidad.

Abrimos la puerta y lo primero que veo es a mi chico sentado mientras desayuna leyendo el diario. El corazón me da un vuelco y automáticamente mi pulso se acelera. Él me mira y sonrío. Camino hacia mi taquilla y dejo el bolso. Noto sus manos en mi cintura y, al girarme, sus labios se encuentran con los míos.

—Buenos días, amada mía. ¿Has dormido bien?

—Buenos días, cariño. Sí, he descansado bastante, pero admito que estoy muy cansada. El madrugón después de las vacaciones me ha matado.

—Sí, yo estoy igual, pero bueno, ahora que te tengo delante, la cosa ha mejorado, y mucho.

Me vuelve a besar y veo que varios compañeros nos miran descaradamente. Imagino que la mayoría no sabrá ni que se ha divorciado de su mujer y estarán flipando bastante al vernos besarnos.

Cojo una magdalena y me la como junto a un vaso de leche con cacao. Me

pongo a hablar con mis amigas y Leiva se acerca para despedirse de nosotras.

—Me voy, chicas. Que tengáis un buen vuelo y los pasajeros no os den demasiada guerra —comenta sonriendo mientras sujeta mi barbilla con sus dedos y me da el más tierno de los besos.

—Ten cuidado pilotando el avión. Nos vemos mañana. Te quiero.

—Yo también te quiero. Cuando aterrice en México te envío un mensaje.

—Lo mismo digo, cuando aterricemos en Brasil te aviso.

—Tú a Brasil, yo a México... Tendremos que hacer algo para intentar coincidir algo más, ¿no crees? —me dice pensativo.

—Estaría bien. Bueno, ya lo hablaremos, que no quiero que llegues tarde.

—Creo que el avión no se irá sin mí. ¿Sabes? Tengo enchufe, puedo llegar tarde sin miedo a perder el vuelo —comenta en plan juguetón.

—Anda, tira, señor piloto —le digo dándole un cachete en el trasero.

—¿Te he dicho alguna vez que me pones mogollón con este uniforme? Estaría bien que mañana vayas a mi casa vestida así... Nos lo pasaremos bien.

—Iré con la condición de que tú también lleves puesto tu uniforme... —comento en plan coqueta.

—Hecho. Aún no me he ido y ya estoy deseando llegar... Qué largo se me va a hacer este vuelo... Hasta mañana, cielo. Te quiero.

—Te quiero.

Nos damos un último beso y observo cómo sale de la sala. Está supersexy vestido de piloto y me pone a mil. Sonrío al pensar en las cosas que haremos mañana en su casa... Qué ganas tengo de pasar un buen rato jugando a azafatas y pilotos...

El vuelo no es tan agradable como me gustaría y la mitad del viaje estamos con unas turbulencias bastante fuertes. Algunos niños se asustan y van llorando sin parar.

Entre el cansancio, el sueño, las turbulencias y los lloros infantiles, tengo la cabeza que me va a explotar. Suerte que queda una hora para aterrizar...

Admito que no soy muy niñera y que los niños ajenos me gustan más bien poco. Imagino que si algún día soy madre, la cosa cambiará, pero hoy por hoy no ha habido ningún crío que me haya hecho sentir algo especial por él. Tal y como dijeron las chicas en el crucero, los niños son como las norias: un ratito divierten, mucho rato marean. Pues eso me pasa a mí. Además, últimamente el tema de educar no es que esté muy en auge y se ve cada monstruito maleducado y consentido que te dan ganas de ir repartiendo collejas igual que lo hacía la señora esa de la serie *7 vidas*.

Por fin llegamos a Brasil y el avión se queda vacío en pocos minutos. Cuando lo dejamos todo recogido y limpio nos vamos hacia el bus que nos lleva al hotel. Las tres estamos agotadas y no tenemos ganas ni de hablar. Envío un mensaje a Leiva informándole de que ya he llegado y que me voy a dormir casi que ya. No tengo ni hambre...

Llegamos a la habitación del hotel y cada una se tumba en una cama. Encendemos la tele, pero en cuestión de minutos estamos las tres frititas.

El ruido de un mensaje me despierta, y al mirar el teléfono veo que mi chico también ha llegado. Le envío un «ok» y le digo que ya estoy dormida. Dejo el teléfono en la cama y me vuelvo a dormir.

La vuelta a casa es más tranquilita y las turbulencias han cesado. Tenemos a un pasajero que viaja en primera que ha bebido más de la cuenta y le ha dado por cantar. Por suerte está gracioso y no molesta en exceso al resto de los pasajeros que se lo toman con filosofía y sentido del humor. Cuando pasamos por su lado alguna de las azafatas nos piropea y nos dice cosas con una gracia que hace que se nos escape la risa en más de una ocasión. Lo mejor es cuando se levanta, se pone el fular en el cuello haciendo ver que es el pañuelo que

llevamos nosotras, y empieza a imitarnos cuando explicamos al inicio del vuelo el funcionamiento del avión en caso de emergencia. Alguno que otro le graba con su móvil y admito que es lo más gracioso que he visto en mucho tiempo.

Finalmente se queda dormido y podemos terminar el viaje algo más tranquilos.

Cuando llego a nuestra sala para ir a recoger mi bolso escucho en los lavabos a varias chicas que están hablando.

—Me han dicho que Leiva y Gala vuelven a estar juntos.

—¿Vuelven? Pero si él está casado.

—No, que se ha divorciado... Pero es bien sabido que estos dos estuvieron liados antes de que él dejara a su mujer. Parece que ya lo han hecho oficial, pues ayer estuvieron aquí muy cariñosos sin importarles quién les pudiera ver.

—Joder, qué suerte tienen algunas... Con lo bueno que está. A mí me vuelve loca y me encantaría pasar al menos una noche con él. Y sabiendo que está soltero quién sabe, quizá le tire la caña a ver si pica...

—Sé de alguna que ha tenido algo con él y todas coinciden en lo buen amante que es. Se ve que el chico se emplea a fondo y siempre deja el listón bien alto. Afortunada Gala si lo ha cazado. ¡Qué suerte! La verdad es que es muy mona y hacen buena pareja.

—Las hay con suerte...

Sonríó por lo que varias azafatas están diciendo mientras se lavan las manos. Salgo rápido antes de que me vean y se lo cuento a mis amigas que me están esperando fuera. Las tres reímos mientras caminamos hacia nuestro coche que está aparcado en el parking del personal.

Leiva me manda un mensaje diciendo que ya va para su casa y que quedamos allí. Dejo a mis amigas en la puerta de nuestro hogar y continúo el viaje hasta llegar a Gavà, que es donde vive mi novio. Tiene una casita no muy grande cerca del mar y me gusta mucho venir aquí. Llevo meses sin pisarla; la última vez que vine fue para la fiesta de cumpleaños de Leiva que lo celebró

aquí, aunque, desafortunadamente, también estaba su querida y cuernuda esposa. Como la propiedad es de él, ella se ha ido de alquiler a un piso de Barcelona, que es donde trabaja.

Pulso el botón del interfono y la puerta del jardín se abre. Leiva y su traje de piloto me dan la bienvenida y yo, vestida aún de azafata, camino hasta llegar a sus brazos, que me esperan abiertos de par en par.

—Hola, mi amor. ¿Cómo ha ido el vuelo? —me pregunta dándome un beso en los labios.

—Muy bien. Admito que me he reído mucho con un pasajero que iba un tanto bebido.

—¿Ah sí? ¿Y qué ha hecho?

Le cuento lo sucedido y ambos reímos.

—Tengo hambre, pero tengo más hambre de ti —me dice mientras me agarra del trasero y lo estruja con ganas.

—¿Para qué querías que viniera vestida de azafata? —pregunto con cara de inocente.

—Para que te quites la ropa muy lentamente y me hagas perder la razón — responde sentándose en el sofá mientras le da un gran trago a la cerveza helada que tiene en la mano.

Pongo una de mis canciones preferidas que tengo en el móvil y él sonríe al escucharla.

—Espero que la canción que has escogido no hable de ratas de dos patas, ni de cucarachas, ni sanguijuelas... —comenta poniendo los ojos en blanco. Su comentario me hace reír y le digo que no mientras me suelto la melena y voy desabrochando los botones de mi camisa. El sujetador que llevo es monísimo y está repleto de puntillita y pedrería a juego con el tanga.

Hoy me he puesto unas medias de ligero y sé que cuando me quede en ropa interior con las medias y los tacones se va a poner como una moto.

Su erección va creciendo por momentos y su pantalón parece una tienda de campaña. Observa cada uno de mis movimientos sin perderse detalle alguno.

Me hace un gesto con la mano para que vaya al sofá, pero le digo que no. Si voy, me lanzaré a su cuello y nos liaremos con caricias y besos ardientes. Yo también quiero ver a mi chico quitándose el uniforme de una manera sexy y lasciva.

Camino hacia la barra que tiene en la cocina y me siento en el mármol mientras le doy un buen trago a la cerveza que me ha dado al entrar. Ambos somos amantes de la buena cerveza y la verdad es que tras un duro día de trabajo sienta genial beber una bien fresquita.

Elijo otra canción aún más provocadora y él se levanta del sofá. Me mira serio y me lanza la chaqueta.

Desabrocha lentamente los botones de su camisa dejando al descubierto su perfecto torso desnudo. En un lateral del comedor hay una columna y empieza a jugar con ella como si fuera la barra de hierro de un local de *striptease*. El momento es tremendamente gracioso, pero a la vez también es muy lujurioso y noto que mi vagina quiere más. Al quitarse los pantalones se los pasa por la entrepierna provocando mi risa. Ver a este buen hombre en ropa interior con ese cuerpazo tan trabajado y definido es una maravilla.

Se acerca a mí y me dice:

—Si quieres que me quite los calzoncillos, ven y quítamelos tú, pero sin utilizar las manos...

Sonríó ante lo que me acaba de decir y me bajo de la barra. Camino por el comedor igual que un felino en plena cacería mirando a los ojos de su presa. Me sitúo ante mi loco amor que me mira con cara de perdonavidas. Paso las manos por sus duros pectorales y las voy deslizando hacia abajo.

—No puedes utilizar las manos.

—¿Y quién te ha dicho que vaya a utilizarlas? —comento mientras acerco mi boca a su vientre y mordisqueo su ombligo. A él se le escapa una risita mientras observa mis movimientos. Voy bajando lentamente hasta llegar a la goma de su prenda de vestir. La cojo con los dientes y tiro de ella hacia abajo.

Nuestros ojos se encuentran y en los suyos puedo ver excitación. Una vez le

he dejado desnudo, acerco mis labios a su miembro jugueteando un poquito con él.

Se le escapa un gemido de placer mientras sigue mirando desde arriba lo que yo voy haciendo aquí abajo. Sé lo mucho que le gusta que le coma y lo hago con esmero. Me muevo bien y entre mis manos, la lengua y los labios sé hacer maravillas...

Cuando ya no aguanta más, tira de mi cuerpo cogiéndome en brazos igual que si fuera una niña pequeña y me sienta en la barra acercando su boca a mi abultado clítoris que también quiere jugar un poquito.

Me tumbo hacia atrás y le dejo hacer...

Sabe perfectamente qué debe hacer y lo más importante, cómo debe hacerlo.

Nuestros gemidos se escuchan por toda la casa y me siento tremendamente feliz y dichosa. Leiva hace con mi cuerpo lo que le viene en gana y me va moviendo con una facilidad pasmosa. No me gusta ser excesivamente sumisa y, de tanto en tanto, tomo las riendas de la situación haciendo lo que me apetezca. Somos dos amantes muy activos y no nos gusta ceñirnos al misionero y poco más.

Como era de esperar la noche es larga e intensa y nuestras muestras de cariño son múltiples.

Capítulo 8

A la mañana siguiente amanezco con la cabeza apoyada en su pecho. Me quedé dormida escuchando los latidos de su corazón y veo que no nos hemos movido en toda la noche. Él me abraza y al despertarse me llena la cara de besos.

Sienta bien empezar el día entre los brazos de tu hombre y sentirte tan querida.

—Buenos días, mi niña.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

—De maravilla. No quiero levantarme.

—Pero debemos hacerlo —digo estirando la musculatura.

—Totalmente de acuerdo, debemos hacerlo... —dicho esto desciende entre las sábanas y, sin darme ni cuenta, me tiene gozando con la respiración entrecortada...

Una vez iniciado el día como Dios manda, nos damos una ducha y nos vamos a desayunar.

Mi vuelo no sale hasta las tres de la tarde y el suyo sale a las cinco. Pasamos la mañana juntos visitando en más de una ocasión la cama y la ducha y no puedo estar más contenta.

Al mediodía nos despedimos y me voy a casa para arreglarme.

Les cuento a mis chicas, con todo tipo de detalle, cómo ha sido mi cita con Leiva y en sus caras puedo ver un poco de envidia sanota. Tienen ganas de asentar la cabeza junto a un tío que merezca la pena.

El avión empieza a recorrer la pista y a coger velocidad hasta dejar de tocar el asfalto, empezando a tomar altura. Nos vamos para Jamaica. Estoy pletórica y alegre. Es lo que tiene pasar una buena noche junto al hombre que amas.

Uno de los pasajeros me da un papel con su número de teléfono anotado y me pregunta en qué hotel estaré alojada. Le digo que no estoy autorizada a darle esa información y que no espere mi llamada, pues tengo pareja y no quiero historias con nadie que no sea mi chico. El hombre no se toma demasiado bien mi rechazo y suelta un improperio que no me molesto ni en escuchar.

Vuelvo a la parte posterior del avión y se lo cuento a mis amigas. Es bastante frecuente que nos den sus números de teléfono e intenten quedar con nosotras en algún hotel. Saben que estamos lejos de casa y piensan que en cada vuelo nos liamos con alguien...

Veo a dos hombres que van hablando haciendo señas y que, de tanto en tanto, miran para atrás. No me gustan y les presto más atención. Otro pasajero también está pendiente de ellos y veo que se intercambian varias miradas. Busco a mis amigas para comentar lo que estoy viendo y antes de poder empezar a hablar escucho el grito de una mujer. Me giro para ver qué sucede y uno de los hombres está de pie sujetando un cuchillo muy cerca del cuello de la pasajera.

La mujer está aterrorizada y empieza a llorar. Nos hemos quedado todos perplejos y no sabemos qué hacer.

—¡Que nadie se mueva o le corto el cuello aquí mismo!

—Tranquilo. ¿Qué es lo que quieres? —le digo intentando tranquilizarle.

—¡Que nadie se acerque o la mato!

Nos quedamos quietos y nadie mueve ni un músculo. Los otros dos hombres se levantan llevando también cuchillos en sus manos.

—Vamos a secuestrar el avión y a hacer que aterrice en nuestro territorio, así tendremos muchos rehenes para poder negociar con los gobiernos.

Queremos que vuestro país nos devuelva a nuestros hermanos encarcelados injustamente. Si no lo conseguimos, moriremos en el intento... Haced que los pilotos abran la puerta.

—No es posible. Sólo ellos pueden abrirla desde dentro y no lo van a hacer —comenta Dafne, igual de aterrada que el resto.

—Siento escuchar lo que acabas de decir. Ésas no son las palabras que quiero oír —dicho esto le corta el cuello a la pobre mujer dejándola inerte en el suelo del pasillo.

Los pasajeros gritan ante la sangrienta acción del secuestrador y yo empiezo a hiperventilar al ser consciente del marrón en el que estamos metidos. ¿Qué hago? Nada, no puedo hacer nada...

No vamos a ceder ante su chantaje por mucho que vayan matando a los pasajeros. Debemos comunicarnos con los pilotos para que inicien un aterrizaje de emergencia y puedan avisar a los cuerpos de seguridad. Por suerte, las azafatas llevamos en el cinturón del uniforme un pequeño dispositivo de seguridad, es un botón que al pulsarlo automáticamente les llega a los pilotos el aviso de que algo no va bien. El avión dispone de un circuito de cámaras y en la cabina tienen los monitores donde los pilotos pueden ver qué sucede entre los pasajeros.

Pulso el botón con el codo con todo el disimulo que puedo. Ninguno de los tres secuestradores ha visto mi secreto movimiento... Ahora al menos ya están avisados e iniciarán el protocolo a seguir.

Una mujer sufre un ataque de pánico y empieza a gritar descontroladamente. Intentamos calmarla, pero no nos dejan movernos. Uno de los secuestradores la agarra del pelo y mirándola con una frialdad que hiela la sangre le dice:

—Diles que hagan lo que estamos pidiendo o tu vida corre un serio peligro.
—La mujer vuelve a gritar y me mira con los ojos muy abiertos suplicando clemencia.

—Por favor, hagan lo que dicen o moriremos todos —dice la pobre con un hilo de voz. El corazón se me va a salir por la boca, pero no podemos hacer

nada.

—Lo siento —le digo con la voz rota de dolor al saber qué es lo que va a suceder.

—Vaya, no has sido lo suficientemente convincente... —le dice el muy desgraciado cortándole el cuello igual que a la otra pasajera. La gente enmudece y, de repente, notamos que el avión empieza a descender a gran velocidad. ¡Gracias!

Saltan las mascarillas de oxígeno y los pasajeros se las van poniendo. Los secuestradores parecen desesperados al ver que su plan no va como ellos querían y se miran. Parece que improvisarán, y eso no es bueno. Están de pie y van mirando a su alrededor sin saber qué hacer. A la desesperada, empiezan a apuñalar a los pobres pasajeros que tienen a su alrededor.

—Les habla el Comandante. Sabemos que el avión tiene a bordo a varios terroristas y que están matando a personas inocentes. En pocos minutos aterrizaremos en Puerto Rico, que es el aeropuerto que tenemos más cerca. Podemos con ellos ya que son minoría. Intenten inmovilizarlos para que no sigan haciendo más daño. Por nuestra parte estamos haciendo todo lo posible por aterrizar rápido y que las fuerzas de seguridad hagan su trabajo. Sean valientes y tengan coraje.

Nos miramos los unos a los otros sin saber exactamente qué hacer hasta que se oye:

—¡A por ellos! —grita un chico de complexión fuerte, levantándose y abalanzándose contra uno de los asaltantes. Por suerte, el resto de las personas hacen lo mismo y corren por el avión para detener el ataque de los tres malnacidos que han intentado secuestrar el avión. Se lanzan sobre ellos, que se defienden como perros rabiosos, aunque estos perros llevan cuchillos. Desgraciadamente más de uno quedará herido o incluso perderá la vida, pero está claro que no nos podemos quedar quietos sin hacer nada.

Las azafatas buscamos cuerdas o cualquier cosa que sirva para poder atarlos. Encuentro un paquete de bridas y me alegro muchísimo. Me acerco al

bullicio para intentar atar los pies y las manos de los terroristas, que no paran de moverse. Algún que otro golpe se llevan y creo que la mayoría nos estamos conteniendo las ganas de acabar con sus miserables vidas.

Voy cerrando bridas y le paso unas cuantas a Dafne para que haga lo mismo con los otros dos. De repente veo que uno de los hombres que estaba sentado, y que no se ha levantado en ningún momento, sale corriendo y se acerca a una de las puertas de emergencia intentando abrirla. ¡Joder! El muy cabrón quiere mandar el avión a tomar por saco.

—¡Nooooo! ¡Que no abra la puerta! —grito con todas mis fuerzas. Aitana corre lo más rápido posible y se lanza sobre él igual que un jugador de fútbol americano. Flipo con el salto que ha metido... Afortunadamente, varias personas van en su ayuda y consiguen que la puerta continúe cerrada. Corro hacia ellos saltando por encima de varios asientos para pasar más bridas y atarle fuerte. Si les hago daño al apretar demasiado el plástico, me la suda; por mí como si pierden las extremidades por gangrena.

Doy un vistazo al resto de los pasajeros que están sentados y veo que lo que queda son niños, personas mayores o alguna mujer embarazada. Como ya no me fío ni de mi sombra, me acerco a las futuras mamás y me aseguro de que realmente sean barrigas gorditas y así no tener más altercados.

Por suerte todo está en orden y podemos respirar tranquilos.

El Comandante nos felicita y nos dice que en un minuto tocaremos tierra firme. ¡Cuánto me alegro de escuchar sus palabras!

Miro por la ventanilla y veo que el aeropuerto está repleto de luces de todos los colores. Nos esperan un montón de coches de policía, camiones de bomberos y ambulancias.

Desconozco cuánta gente ha quedado herida, y hasta que no se levanten de encima de los terroristas no podremos saberlo.

Milagrosamente las ruedas del avión acarician el asfalto y los pasajeros empiezan a aplaudir, a darse abrazos cargados de emoción, a llorar y a reír.

Cuando el avión se detiene, abrimos las puertas de emergencia y activamos

las rampas hinchables para que puedan bajar más rápido. La tripulación ayuda a los pasajeros a saltar y varios de ellos deciden quedarse sujetando a los asaltantes.

Entran los agentes de la policía y se hacen cargo de los cuatro terroristas. Los servicios sanitarios inspeccionan las heridas de arma blanca que presentan muchos de ellos y, desgraciadamente, veo que cuatro personas más han fallecido.

Los primeros que se han lanzado para detenerles han sido los peor parados. Qué pena tan grande... Que el señor los tenga en su gloria, tal y como dicen los más mayores.

Hasta que la policía no se identifica como tal, los pilotos no abren la puerta de la cabina por miedo a un nuevo secuestro. Así lo exige el protocolo a seguir.

Por fin abren y corren hacia nosotras para darnos un gran abrazo por lo bien que lo hemos hecho.

—¿Cómo estáis, chicas? No sabéis la impotencia tan grande que teníamos allí dentro al ver lo que estaba sucediendo y no poder hacer nada...

—Habéis hecho mucho aterrizando tan rápido y con tanta profesionalidad —les digo felicitando su trabajo. Me abrazo a Dafne y a Aitana y, sin poderlo remediar por más tiempo, nos ponemos a llorar como tres niñas pequeñas. Tenemos mucha tensión acumulada y ha llegado la hora de soltarla.

Seguimos en el avión, los agentes nos están tomando declaración de lo que ha sucedido. La comitiva judicial se está llevando los cadáveres y no puedo parar de llorar al pensar lo que, por desgracia, mis ojos han visto hoy.

Finalmente nos dejan marchar, y al bajar vemos a un montón de prensa apelotonada en una zona que se les ha habilitado para cubrir la noticia. Nos graban y nos hacen preguntas que no podemos responder porque así nos lo ha dicho la policía. Al preguntarnos si estamos bien, levanto el dedo pulgar y sonrío con la sonrisa más agridulce de la historia.

Por un lado, estoy feliz de haber salido viva de ese infierno, pero por otro

estoy tremendamente triste y apenada.

Nos llevan a un hotel cercano para que podamos descansar. Varios agentes vigilarán nuestras habitaciones por miedo a posibles represalias por parte de simpatizantes de los terroristas detenidos.

Al entrar en nuestra habitación damos un gran suspiro y nos miramos sin saber qué decir o qué hacer. Tenemos restos de sangre en las manos y en la ropa y lo primero que hacemos es darnos una ducha cada una.

Me tumbo en la cama y empiezo a llorar al ser consciente de lo cerca que he estado de morir. Siento mucha pena por las víctimas mortales y me aterroriza pensar en los niños que han visto tanta violencia y tanta maldad.

¿Cómo puede ser que exista el terrorismo? ¿Por qué tiene que haber personas tan malas y dañinas capaces de arrebatarnos la vida de los inocentes que, por desgracia, se cruzan por su camino?

Jamás lo entenderé...

Estoy inmersa en mis pensamientos cuando se escucha la puerta de nuestra habitación. Las tres damos un respingo y Aitana se acerca, pero sin abrir.

—¿Quién es?

—Chicas, soy Leiva.

—¡Cariño! —grito con alegría levantándome de la cama de un salto. Abro la puerta de par en par y me lanzo a los brazos del hombre que me tiene robado el corazón.

—¿Cómo estáis? —nos dice mirando a ver si estamos bien.

—Dentro de lo que cabe, estamos bien —responde Dafne dándole dos besos.

—Menudo susto cuando nos hemos enterado de lo que había sucedido.

—Pero ¿qué haces aquí? —le digo, besando los labios que me tienen completamente loca.

—Hemos aterrizado en República Dominicana y me he metido en el primer avión que venía para aquí. Necesitaba ver con mis propios ojos que estáis bien y daros apoyo moral en un momento tan duro.

—Pasa y te contamos —le dice Aitana dándole dos besos también.

El pobre está horrorizado al escuchar lo que le vamos explicando. No puede evitar acariciar mi cuerpo y achucharme como si fuera su hija pequeña.

—¡Qué cabrones! ¿Y cómo se han apañado para meter cuchillos en el avión? —pregunta intrigado.

—Se ve que han recibido ayuda de algún trabajador del aeropuerto una vez dentro, cuando ya habían pasado los controles de seguridad —responde Dafne.

—Menuda plaga tenemos con tanta gente tan radical —comento poniendo los ojos en blanco.

—¿Te vienes a dormir conmigo? Estoy dos habitaciones a la izquierda.

—¿Os importa que pase la noche con él? —les digo a mis amigas.

—Aprovecha tú que puedes.

—Gracias, chicas. Cualquier cosa me llamáis y vengo.

—No te preocupes, y disfruta por las tres.

—Lo haré —le respondo a Aitana sonriendo. Salimos de la habitación y saludo a los hombres que están custodiando la zona.

—Gracias agentes, estaremos en la 313 —les dice Leiva, que ha tenido que identificarse como piloto y explicar que es mi novio para que le dejaran acceder.

—Tengan buena noche —nos dicen educadamente.

—Igualmente.

Entramos en la habitación de Leiva y veo que él abre la pequeña nevera y saca varias botellas de agua y algunas chocolatinas. Sale y oigo que se las da a los agentes; ellos le agradecen el detalle.

—Si han de pasar toda la noche vigilando varias puertas, al menos que tengan algo que comer y beber —me dice caminando hacia mí, besándome como sólo él saber hacer.

—Me encantan estos gestos tuyos tan humanos —le digo devolviéndole el beso.

No tardamos en deshacer la cama dando rienda suelta a la pasión y al

deseo. Le quiero, le quiero muchísimo y me siento superfeliz cuando estoy junto a él. Me hace sentir mejor persona y muy muy especial.

Estoy cansada pero hambrienta, así que decidimos bajar con las chicas a cenar en el restaurante del hotel.

La comida está deliciosa y caigo en la cuenta de que, con todo el jaleo del intento de secuestro del avión, las declaraciones con la policía y demás gestiones, no he comido nada desde antes de salir del aeropuerto de Barcelona.

Leiva se esfuerza en hacernos reír y nos cuenta batallitas suyas provocando que las tres riamos con ganas. Admito que es un encanto de hombre y que estoy tremendamente enamorada de él.

Como era de esperar, sale el tema de nuestra canción del karaoke del crucero y nos vuelve a dar la risa tonta. Al momento nos visualizo a las tres cantando la letra de *Rata de dos patas* y veo a Leiva entre el público junto a la petarda de su amiguita, haciéndose cada vez más pequeño debido a la incomodidad del momento.

—¿Se puede saber de dónde sacasteis semejante cancioncita? —nos dice con la más bonita de sus sonrisas.

—En uno de los viajes a México, estábamos cenando en una cantina y varios mariachis la cantaron. No pudimos parar de reír al escuchar la letra y la buscamos en internet. De tanto en tanto la ponemos en casa y es un momento muy divertido. Tras vuestra historia y todo lo que sucedió durante las vacaciones, vimos oportuno elegirla y cantarte lo que pensábamos en ese momento de ti por lo mal que lo habías hecho con Gala —le explica Dafne.

—¿Te sentiste aludido? —le pregunta Aitana.

—Un poquito sí, la verdad, no os lo voy a negar. Aunque admito que por dentro me estaba descojonando al veros allí subidas, micrófono en mano, cantando la dichosa canción que me dejaba de vuelta y media. Muy original vuestra elección... —nos dice sonriendo mientras da un trago de su copa de vino.

—Oye, no hemos brindado —comento subiendo mi copa.

—Cierto —comenta Dafne.

—Brindemos por lo bien que han salido hoy las cosas, pese a que, por desgracia, varias personas han resultado heridas de gravedad e incluso ha habido fallecidos. Han sido unas muertes completamente absurdas y evitables, pero así son las cosas... Brindemos por esas almas que ojalá encuentren paz, luz y amor junto a sus seres queridos y se conviertan en ángeles —comento un tanto emocionada al recordar lo sucedido hoy.

—Va por ellos —dicen los tres mientras juntamos nuestras copas.

La cena marcha bien y pasamos un rato la mar de ameno. La mano de mi novio recorre mi pierna y accede a cierta zona de mi cuerpo. Debo disimular y me dejo hacer. Tengo ganas de juerga y él me la va a dar.

Que vaya jugando que en un rato va a ver quién juega de verdad...

Mis amigas bostezan y aprovecho la ocasión para proponer que nos vayamos a dormir; bueno, a dormir ellas, yo tengo cosas mejores que hacer...

Aún no me acostumbro a tenerle para mí sola sin tener que compartirlo y esa sensación me hace sentir viva y dichosa.

Al subir a nuestra planta nos despedimos de las chicas y llegamos a la puerta de nuestra habitación con ganas de pasarlo bien. Durante toda la cena hemos estado jugando con caricias insinuantes, besos excesivamente castos y miradas repletas de picardía.

Leiva abre la puerta y antes de que me pueda ni tan siquiera quitar los zapatos, tira de mi cuerpo haciendo que quede con la espalda pegada a la pared y me besa. Este beso no se me olvidará en la vida...

Las manos van solas y se mueven a toda velocidad, desnudándonos mutuamente mientras entrelazamos nuestras curiosas lenguas. En pocos segundos estamos completamente desnudos deseosos de dar un paso más.

He bebido vino y ya sabemos cuál es el resultado...

Nuestra respiración agitada nos da una pista de lo excitados que estamos. Leiva no tarda en tumbarme para no dejar ninguna parte de mi cuerpo sin

besar. Sabe lo mucho que me gusta y se lo hago saber con mis gemidos.

Tampoco yo me estoy quieta y, a la que tengo ocasión, tomo el control de la situación.

Cuánto me excita practicar sexo con este hombre...

Entre nosotros no existen prohibiciones a la hora de amarnos y eso se nota en la manera tan pasional que tenemos de acariciarnos. Nos pertenecemos el uno al otro y podemos hacer lo que queramos. Eso nos da la libertad suficiente para no andarnos con rodeos.

Me siento sobre mi chico y empiezo a moverme de una manera totalmente hipnotizante mientras él lame mis pezones y me acaricia los glúteos posesivamente, hasta que me tumba en un sofá que hay en la entrada de la habitación y me penetra con dureza. Sabe lo excitada que estoy y que no me va a hacer daño. Además, me gusta el sexo duro y contundente y no necesito preliminares interminables antes de la penetración.

Esa fogosidad que nuestro haciendo el amor le vuelve loco y está más que preparado y dispuesto en cuestión de segundos.

Con el paso del tiempo Leiva aprendió que, si a mí me apetece hacer el amor, poca opción tiene él, así que, ante un ataque de los míos, lo mejor es dejarse llevar y disfrutar, disfrutar muchísimo...

Las embestidas son cada vez más duras, pero puedo con esto y con mucho más. Su instinto más primario invade su ser, está tremendamente excitado y quiere más. Me agarra con fuerza dándome la vuelta dejándome con las rodillas sobre el sofá. Desliza su dedo por mi zona anal y juega un poquito mientras nuestras bocas no dejan de buscarse para seguir devorándose un poco más.

Acerca su duro miembro a mi excitado ano y poco a poco lo va introduciendo. Se nota que no quiere lastimarme y se toma su tiempo, pero yo también necesito más y no tardan en llegar nuevamente las duras penetraciones.

¡Qué maravilla de *kiki*! ¡Menuda gozada poder ser libre con tu pareja para

vivir el sexo sin censura!

Dormir dormimos más bien poco y no dejamos sin visitar con nuestros cuerpos desnudos, sudorosos y repletos de pasión ningún rincón de la habitación.

La ducha, como era de esperar, también se convierte en testigo directo del amor que estos dos locos amantes nos tenemos.

Finalmente, decidimos descansar unas horas y, abrazándonos con cariño, nos quedamos dormidos tras decirnos un sincero «te quiero».

Capítulo 9

Regresamos a Barcelona y me entran unas ganas tremendas de colgar el uniforme de azafata y no volver a volar nunca más. En esta ocasión nos ha ido de muy poco y hemos salido airosos milagrosamente. Qué miedo pasé...

El aeropuerto está repleto de cámaras, micrófonos y periodistas intentando conseguir alguna exclusiva. Nos recomiendan que no hagamos ninguna declaración para no interferir en la investigación policial.

Al llegar a nuestra sala del personal, los compañeros se acercan a nosotras y nos llenan la cara de besos, abrazos y bonitas palabras. Nunca es agradable hablar con personas que han vivido un hecho similar al nuestro, pero en estos casos unimos fuerzas y hacemos piña sin importar de la compañía aérea que seamos. Es reconfortante escuchar palabras tan alentadoras y saber que no estás sola en un momento tan delicado. He visto imágenes crueles y sangrientas y esos pensamientos no desaparecerán fácilmente de mi memoria.

Hablamos con psicólogos especialistas en estos temas y explicamos cómo nos sentimos y qué aspectos han cambiado en nuestras vidas. Vivir con miedo es malísimo y debemos intentar evitarlo.

Por suerte la compañía nos da unos días libres para poder desconectar e intentar hacer un poquito de limpieza emocional. Leiva no quiere dejarme sola en un momento tan duro y también se coge unos días de fiesta para poder estar a mi lado. Es de agradecer que haya tenido un gesto tan bonito conmigo y no me quiera dejar sola.

Decidimos alquilar una autocaravana y hacer una ruta por el norte de España. Nos apetece comer bien, desconectar al máximo, hacer turismo por nuestro país y, sobre todo, querernos y amarnos muchísimo. Quiero hacer

kilómetros y perdernos por carreteras por las cuales no hemos pasado nunca y dejarnos llevar hasta llegar a algún pueblecito repleto de encanto.

Ver a Leiva conducir mientras canturrea alguna canción que suena en la radio, con esa masculinidad que muestra, esa elegancia innata y ese porte tan sumamente sexy que tiene, me pone a cien.

No puedo dejar de mirarle mientras voy con los pies descalzos apoyados en el salpicadero. El aire me da en la cara y hace que mi melena baile con alegría. Se da cuenta de que no dejo de observarle y, sonriendo, me pregunta:

—¿Todo bien, princesa?

—De maravilla. No me cansaré nunca de contemplarte.

—¿Y qué ves?

—Al hombre que me tiene completamente enamorada y que ha conseguido robarme el corazón. Por segunda vez —le digo sonriendo.

—Humm. Suena bien —comenta pasando su mano por mi desnudo muslo. Llevo puesto un vestido, pero al ir con las piernas subidas en alto la tela se desliza hasta quedar arrugada en la zona donde las piernas pierden su nombre. Mira mi cuerpo con descaró y veo que pone el intermitente—. Creo que ha llegado el momento de hacer un descanso.

A lo lejos se ve un área de servicio donde hay una gran cantidad de camiones de grandes dimensiones haciendo sus paradas obligatorias para descansar. Leiva estaciona un tanto alejados de los camiones y echa el freno de mano.

—¿No paras en la gasolinera para repostar? —le digo al ver que no tiene ninguna intención de echar gasolina.

—Por el momento me apetece mucho más hacer otro tipo de cosas más ardientes y satisfactorias. ¿A ti no? —me dice con cierta chulería. Una sonrisa juguetona se dibuja en mis labios y ésa es mi perdición.

No tardamos ni un segundo en pasar a la parte trasera desnudándonos torpemente mientras nuestras bocas se saludan de nuevo, hasta quedar

tumbados en la cama de matrimonio deleitándonos una vez más. Adoro todas y cada una de las cosas que este buen hombre me hace...

—Tengo hambre —digo resoplando debido al subidón que aún tengo encima.

—Sí, y yo. Ahora ya no sólo necesita combustible la autocaravana, sino que nosotros también —comenta volviendo a sentarse frente al volante conduciendo hasta llegar a la gasolinera.

Me pido un bocadillo de lomo a la plancha que me sienta de maravilla y disfruto como una bendita mientras lo saboreo. Siempre he sido de buen comer y considero que es uno de los mayores placeres de la vida.

Continuamos con nuestro viaje y damos con un pueblecito superpequeño pero tremendamente bonito. Vemos que en lo alto de la montaña hay un camping y hacia allí que nos vamos.

Como era de esperar, el lugar es precioso y se respira una tranquilidad y una calidez que no todos los campings pueden ofrecer. Admito que las vistas son espectaculares. Lógicamente, no tardamos demasiado en deshacer nuevamente la cama...

Nos damos una ducha calentita y nos vamos a hacer turismo dando un paseo. Caminar por estas calles tan llenas de encanto y de la mano de mi hombre mientras vamos hablando tranquilamente no tiene precio. Leiva me da una paz difícil de encontrar y me hace entrar en un estado de relajación y armonía que me hace mucho bien.

No vamos con mapas, reservas, rutas hechas, ni nada similar. Estamos improvisando, dejándonos llevar hacia donde nos lleve la intuición y la curiosidad.

Llegamos a un pueblo de Galicia en el que se celebra una feria medieval

donde, evidentemente, la brujería está a la orden del día. ¡Me encanta! Hay de todo un poco: que si incienso natural, que si velas artesanas destinadas a la brujería blanca, que si cartas del tarot, lecturas de manos, pequeños rituales... Realmente fascinante.

Aquí la cultura *bruji* la tienen muy arraigada y lo llevan con mucha naturalidad. Me gusta estar rodeada de meigas repletas de magia, sabiduría y buena energía. Algunas me miran entrecerrando los ojos como si me estuvieran analizando. Es como un escaneo humano del que deduzco que sacarán información.

Vamos paseando cogidos de la mano mientras le enseño los objetos que llaman mi atención. Compramos las cosas que nos van gustando y parece ser que a Leiva también le gusta este mundillo.

Adoro el olor a incienso y el que más me gusta es el de Ruda natural. Huele a bosque, a naturaleza, a libertad... Me llevo tres paquetitos para tener en casa durante una buena temporada y así ir poniendo una barrita de vez en cuando para limpiar las malas energías que rondan nuestros hogares.

Veo unas figuras de unas brujitas pequeñas la mar de graciosas. Me hacen gracia y compro una para cada chica, es decir, para Dafne, Aitana y yo. Las pondremos en el recibidor de nuestra casa y así las veremos nada más llegar.

Una señora se me acerca y me pregunta si quiero que me lea la mano, le digo que sí, y ella me la coge con un cariño casi maternal. La sostiene con la palma de su mano mientras va pasando su dedo índice por mi piel.

—La línea de la vida la tienes larga y marcada, así que te quedan muchos años por vivir. Tienes buena salud y no enfermas con facilidad. Eres afortunada en el amor y pronto aumentaréis la familia.

Leiva y yo nos miramos con una sonrisa un tanto asustada pues ninguno de los dos estamos por la labor de ser padres, o, al menos, durante unos años. Ahora mismo lo que menos me apetece es tener a un mocoso llorón que no me deje dormir y tener que ir a trabajar con unas ojeras que me lleguen a la barbilla... Y, por suerte, existen muchas maneras de evitar los embarazos. Yo

utilizo tanto las pastillas como los preservativos, y hasta estoy por ponerme un DIU por si las moscas...

Creo que para ser madre has de tener las cosas muy claras, como si el hombre que tienes a tu lado es el idóneo para convertirse en el padre de tus hijos, si tu estabilidad económica permite que vengan más gastos fijos cada mes, que tanto en tu casa como en tu coche quepa uno más, los horarios laborales si son compatibles con la crianza de un bebé... Demasiadas preocupaciones que tener en cuenta, cosa que yo ahora mismo no estoy dispuesta ni tan siquiera a pensar...

—Muchísimas gracias por la información. Ha sido muy amable —le digo apartando mi mano de la suya y sacando el monedero para pagar sus servicios.

—No es necesario que me pagues. No es ético cobrar por un don que nos ha sido asignado para hacer el bien y ayudar a las personas.

—¿Vende usted algo? —le pregunto con la intención de comprarle alguna cosa y así pagarle de una manera u otra.

—Sí, velas.

—Pues le compraré unas cuantas. —Leiva sonríe y caminamos junto a la anciana hasta llegar a su paradita donde una chica joven nos mira sonriendo.

—Ella es mi nieta, Nala.

—Anda, se parece a mi nombre. Yo soy Gala y él es Leiva, mi novio.

—Encantada de conocerles. ¿Qué desean?

—Quieren comprar alguna de nuestras velas. ¿Alguna en especial? —nos pregunta la abuela.

—Nos dejamos asesorar. ¿Qué nos recomienda? —le digo mientras miro la cantidad de velas diferentes que hay. Cada una tiene su cartelito donde explica para qué sirve.

—Por tu aura, por lo que me dice tu estado físico y emocional, te daría estas tres. La dorada es de miel, sirve para endulzar el momento. Esta roja es la de la pasión y el desenfreno. Y la otra roja es para los nuevos proyectos y un abrecaminos. Creo que os irán muy bien a ambos.

—¿Y qué tenemos que hacer? —pregunto intrigada.

—Esta noche, que está la luna creciente y en un momento óptimo, antes de ir a dormir, las coges de una en una, la sujetas con las dos manos, te concentras y te relajas. Intenta estar en un estado casi de meditación y, cuando únicamente oigas tu respiración, notes los latidos de tu corazón y sientas cómo fluye la sangre por tus venas junto a una cantidad inmensa de energía recorriendo tu cuerpo, entonces, cuando estés en ese estado, habla con los seres superiores y pide todas las cosas que quieras, pero como si ya hubieran sucedido. Di tu nombre y da las gracias por haberte ayudado tanto. Ellos te escucharán y te ayudarán, siempre y cuando necesites dicha ayuda. Pues me consta que estás muy bien acompañada y ángeles no te faltan.

—Gracias, muchísimas gracias. —Me la quedo mirando y siento que estoy en casa. Noto mucha paz y dan ganas de quedarse a vivir aquí. Leiva saca un billete y se lo da a Nala.

—Vivid el momento como si fuera el último, ya que llegará el día en que realmente lo será —nos dice la anciana mientras le damos dos besos a modo de despedida.

—Lo haremos. Gracias —le dice mi chico.

El sol da por finalizada su jornada laboral dando paso a su amiga la luna. Estamos cansados y nos sentamos en una terracita de un restaurante para cenar mientras seguimos viendo el montón de ambiente que hay. Encienden una gran hoguera en el centro de la plaza y empieza a sonar una música tipo celta. Un montón de mujeres vestidas con largos vestidos negros y pañuelos en la cabeza empiezan a hacer un baile alrededor del fuego mientras cantan sus canciones. Tiene pinta de ser una danza ancestral repleta de una espiritualidad que me deja completamente hipnotizada. Cuantísima belleza están viendo mis ojos...

Leiva acaricia mi mano y me mira con cariño.

—¿Te gusta, mi amor?

—Me encanta. Es fascinante y no tengo palabras para describir lo que está

sucediendo.

—Sabía que te gustaría y por eso quise venir aquí. Un compañero me comentó que vino con su mujer y que la experiencia les encantó. Sé que el mundo paranormal te atrae y quise que vieras lo que una vez al año hacen en este pueblo.

—Gracias, cariño. —Nos besamos y siento que se detiene el tiempo.

—Te quiero, vida. ¿Eres feliz? —me dice dándome un sentido abrazo.

—Mucho, a tu lado me siento tremendamente afortunada y dichosa.

Él sonríe y volviéndome a besar se levanta, me mira, pone una rodilla en el suelo y saca una cajita del bolsillo. Abro mucho los ojos debido a la impresión del momento y noto que mis ojos empiezan a brillar más de la cuenta.

—La vida nos ha dado una segunda oportunidad y no voy a desperdiciarla. Sé que quiero pasar el resto de mis días junto a ti y, por eso, en muestra de mi amor incondicional hacia ti, te pido que te cases conmigo. Y ya van dos veces... —comenta riendo—. Te lo pedí en París, la ciudad del amor, y te lo pido aquí, rodeados de magia, luz y energía. Gala, ¿me harías el inmenso honor de casarte conmigo, convirtiéndote en mi preciosa mujer, haciéndome el hombre más feliz del planeta Tierra?

Varias personas nos miran y sonríen al ver mi cara, que debe de ser un poema... Doy un gran suspiro y beso los labios del hombre que me tiene completamente enamorada.

—Nada me haría más feliz.

Algunos aplauden debido a lo bonito del momento y yo me abrazo a mi futuro marido totalmente emocionada. Le quiero tanto...

Él me coge en brazos y me da el más tierno de los besos mientras me dice al oído lo mucho que me ama y me desea.

Un camarero, que ha sido testigo de la escenita, nos trae una botella de albariño para que brindemos como es debido. Reparte varias copas por las mesas y hacemos un brindis colectivo con los desconocidos que tenemos a

nuestro alrededor. Al chocar mi copa con la de una señora de mediana edad me dice:

—¿Sabes? Qué mejor lugar para casarse que éste. Qué mejor momento que el de ahora. Y qué mejor compañía que la nuestra. Yo, si fuera tú, me casaba ahora mismo en medio de la plaza. Imagínate la boda tan bonita que te espera si te casas en una noche tan especial.

—¿Eso se puede hacer? —le pregunto intrigada y un tanto lanzada.

—Cariño, querer es poder. ¿Tú te quieres casar esta noche? Yo haré que tu sueño se haga realidad. Dame unos minutos.

Se aleja de nosotros y Leiva me mira sin entender demasiado lo que está sucediendo.

—No querías boda, pues toma boda... —comento sonriendo mientras me miro el bonito anillo que luce mi dedo.

—¿Te he dicho alguna vez que estás muy loca?

—No lo recuerdo —respondo aguantando la risa.

—Pues te lo digo ahora mismo, estás loca de atar, pero ay, cuánto me gustas...

Nos volvemos a besar y siento que no puedo ser más feliz.

Se acercan a nosotros unas cuantas mujeres riendo con cara de estar tramando algo. Sin decir nada agarran mi mano y tiran de mí para que vaya con ellas. Otras se acercan a Leiva y hacen lo mismo con él.

Me dejo llevar hasta el interior de una vieja casa donde empiezan a vestirme con unos hermosos ropajes. Ponen flores en mi pelo y me quitan los zapatos.

—Así sentirás mejor la energía —me dice una de ellas. Sonrío y no digo nada.

—Hace muchos años que no celebramos una boda ancestral y hoy va a ser un gran día con una noche muy especial.

—Suená genial —comento mientras levanto los brazos permitiendo que me pongan un cinturón hecho de flores naturales que huelen genial.

—El pueblo entero se ha enterado y no falta nadie —nos dice una mujer de mediana edad a la que se le ve igual de feliz que al resto.

Admito que estoy bastante nerviosa, pero al mismo tiempo no puedo estar más ilusionada.

Llega el momento de salir de la casa donde me han acogido con tanto cariño. En el suelo hay una alfombra blanca repleta de flores y velas. La hoguera arde con más fuerza regalando una luz preciosa. La gente me mira con ternura, y al final de la alfombra, veo a mi más que guapísimo casi marido mirándome con esa cara que se le pone cuando algo le gusta. Y yo le gusto muchísimo...

Está tan bello que parece un modelo que se haya escapado de alguna revista. Va vestido de blanco con ropa de lino y un collar de flores. También va descalzo. Junto a él se encuentra un hombre bastante mayor vestido con una especie de túnica blanca.

La gente nos mira y son testigos de nuestro amor y de nuestra improvisada pero bonita boda.

La ceremonia es muy emotiva y en varias ocasiones se me saltan las lágrimas igual que a Leiva.

He de decir que me siento más viva que nunca, y sí que es cierto que noto muchísima energía en mi interior. Desconozco si son mis ancestros, si es la emoción del momento o si soy yo que estoy como un flan, pero que siento cosas muy bonitas sí que es verdad.

El intercambio de los anillos, en vez de hacerse con dos alianzas de oro, se hace tatuándonos el dedo con henna, que se va a los pocos días.

Estoy alucinando con lo terrenal que llega a ser todo. La música es angelical y el ambiente está cargado de pura magia. Simplemente, precioso.

Al finalizar el acto, el pueblo entero aplaude mientras el sacerdote une nuestras frentes durante unos segundos. Después, besa mi mano y, finalmente, Leiva me besa en los labios. ¡Qué fuerte me parece! ¡Me acabo de casar con Leiva rodeados de desconocidos y meigas, muchas meigas!

Nos desean felicidad, mucho amor, respeto, cariño y comprensión. Se da por iniciada la fiesta y empezamos a bailar animadamente.

La noche es larga y a las cinco de la madrugada nos vamos a descansar. Como era de esperar, la velada aún no ha terminado y estrenamos nuestro matrimonio de la mejor manera que existe, amándonos como animales salvajes...

Por desgracia nuestros días de relax, descanso y tranquilidad terminan y debemos regresar a casa. Leiva va conduciendo y yo voy mirando por la ventana mientras observo aquellos majestuosos paisajes intentando retenerlos en la mente para no olvidarlos jamás.

—Oye, ahora que estamos casados, ¿cómo vamos a vivir? ¿Juntos, cada uno en su casa...?

Su pregunta me deja perpleja y pienso en ello.

—Uf, ni idea. Yo la verdad es que con las chicas vivo muy bien, la casa es una pasada y estamos al lado del aeropuerto. Me da pena dejarlas solas, pero también quiero vivir contigo... Menudo problema, ¿no?

—Bueno, no te agobies. Iremos alternando nuestros hogares y haremos de todo un poco; unos días separados, otros juntos en alguna de las casas, y tiempo al tiempo. Quiero que disfrutemos del momento y que no nos entren los agobios a la primera de cambio. Sé que ha sido todo muy precipitado y tampoco es bueno correr antes de andar. Vayamos con la calma y el tiempo dirá.

—Cómo me conoces —le digo riendo. Sabe de mi tendencia a comerme la cabeza por cualquier cosa y el tema del que estamos hablando no se merece menos. Aunque tiene razón, no debo preocuparme por nada, y lo que ahora toca es disfrutar.

Capítulo 10

Como era de esperar, nuestros familiares y amigos alucinan cuando les contamos lo que hemos hecho en Galicia. No es para menos, yo estaría igual si me contaran algo así. Lucimos con orgullo nuestros anillos tatuados y decidimos que un día de éstos iremos al juzgado para iniciar los trámites para celebrar una boda civil y así estar casados legalmente. Y con anillos de oro, tal y como manda la tradición.

Mis amigas me miran con la cara un tanto desencajada cuando les cuento nuestra aventura gallega y a ninguna de las dos le salen las palabras. Finalmente terminamos riendo, como suele ser habitual en nosotras tres, y nos vamos a comer juntas para celebrarlo.

Mis padres tampoco se esperaban una noticia así y se quedan un poco en estado de *shock*, pero una vez analizado y digerido, se alegran mucho por mí. Son concedores del amor tan grande que siento por mi ya marido. Ufff, cómo suena...

Vuelvo al trabajo y da comienzo nuestra primera jornada laboral tras lo sucedido en nuestro último vuelo y el intento de secuestro.

Al poner los pies en el avión noto cómo rápidamente mi pulso se acelera y mi respiración se entrecorta. Me empieza a sudar la frente y las manos. Siento cierto mareo y decido sentarme en uno de los asientos, echar la cabeza hacia atrás cerrando los ojos mientras respiro profundamente en varias ocasiones.

—¿Estás bien? —me pregunta Aitana un tanto preocupada por mí.

—Sí, gracias. Me ha entrado un poco de miedo y no he querido perder la compostura. Prefiero relajarme antes de que empiecen a entrar los pasajeros.
¿Tú estás bien?

—No mucho. Más bien estoy acojonada, pero es nuestro trabajo, nuestro medio de vida y debemos hacer de tripas corazón.

—¿Cómo estás tú? —le pregunto a Dafne.

—Hombre... Dudo que éste sea mi mejor viaje, pero algún día tendrá que ser el primero después de lo sucedido.

—Ánimo, chicas. Estáis siendo muy valientes y seguro que todo saldrá genial. Venid aquí las tres —nos dice César, uno de los pilotos que es muy amigo nuestro. Creo que está loquito por Aitana, pero la verdad es que lo disimula muy bien. Nos damos un abrazo colectivo y a la primera que le da un beso es a ella, que muy gustosamente se lo devuelve. Se miran a los ojos y veo en ellos algo que nunca antes había visto. Juraría que estos dos han intimado mucho o poco, no lo sé, pero algo han intimado seguro. Apuesto mi mano izquierda, y eso que soy zurda...

Entrecierro los ojos mirando a mi amiga y ella, al ver cómo la miro, esboza una sonrisa que calla más de lo que dice. Abro los ojos exageradamente y, cuando vemos que César vuelve a la cabina, la agarro del brazo y me la llevo al final del avión. Dafne también ha visto lo mismo que yo y juntas caminamos igual que un huracán.

—Desembucha ya, perra —le digo sonriendo.

—Joder, cómo me conocéis y qué observadoras sois... Resulta que desde lo del incidente en pleno vuelo nos hemos estado enviando mensajes interesándonos mutuamente por el bienestar del otro. Siempre nos hemos caído muy bien y ha resultado que somos muy afines. Anoche me envió un mensaje preguntándome cómo estaba y yo le dije la verdad, que estoy regulín y que me da un poco de miedo volver a volar. Tengo mucho por asimilar, procesar e intentar olvidar; cosa que jamás conseguiré, pero que debo intentar... Resumiendo, que es un hombre encantador, repleto de virtudes, con un sentido del humor que aún no había descubierto en él y un caballero de los pies a la cabeza.

Dafne y yo nos miramos un tanto desconcertadas y Aitana se da cuenta de

nuestras miraditas.

—¿Qué pasa? Hace ya dos años que se divorció y le apetece quedar conmigo. Me ha propuesto cenar juntos esta noche en Brasil y evidentemente he aceptado su proposición. Así que no me esperéis para cenar y según cómo ni para dormir.

Las dos damos un suspiro y, en cierta manera, nos alegramos por ella. Hace tiempo que tiene muchas ganas de mantener una relación estable con algún hombre que no esté demasiado tarado, y César parece un buen candidato.

—Pues nada, ya nos contarás mañana qué tal fue la cita. Mucha suerte y pórtate muy mal —le dice Dafne.

—A ver si ves en él las cosas y los requisitos que para ti ha de cumplir tu chico, aunque ya sabes que liarse con compañeros de trabajo tiene su parte positiva y la negativa. Lo bueno es el morbazo que da, el juego de miradas y caricias clandestinas, los comentarios inocentes con otros compañeros y los posibles encuentros sexuales que se puedan producir durante la jornada laboral. Lo malo que, si la cosa se tuerce y acabáis mal, te lo tienes que comer con patatas hasta que uno de los dos se vaya. Has de valorar los pros y los contras y ver qué pesa más —le digo sabiendo de lo que hablo.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos y dejemos que las cosas fluyan por si solas. Ya se verá... —nos dice ella mirando y sonriendo disimuladamente a su nueva conquista. Me giro y veo que él le está haciendo ojitos. En un minuto entran los pasajeros y debemos estar preparados.

Como era de esperar, Aitana se sitúa en la puerta para saludar uno por uno a cada viajero, eso sí, bien cerquita del señor piloto, casi rozando un cuerpo con el otro. Pongo los ojos en blanco al ver la escenita y voy saludando también mientras compruebo el número de los asientos de cada billete.

Despegamos y me santiguo. Nunca antes lo he hecho, pero cuando hay tanta gente que lo hace será por algo. Por primera vez desde que soy azafata siento miedo, pero me niego a que dicho miedo domine mi cuerpo y mi mente y me

obligo a pensar en cosas bonitas y alegres, como lo fue mi boda. Ay, qué noche tan magnífica...

Pido a mis ancestros, a los Maestros de arriba, a mi Yo superior y a todos los angelitos que me estén escuchando, que cuiden de mí y que no permitan que ningún radical con creencias extremas haga ninguna barbarie, tal y como sucedió la semana pasada...

Por suerte el vuelo es supertranquilo y no hay ningún altercado.

Cuando el avión aterriza me entran ganas de bajar la primera y, al más puro estilo Papa de Roma, besar el suelo de la pista de aterrizaje. Pero, como ante todo soy muy profesional, mantengo la compostura y las ganas tremendas que tengo de salir de aquí.

Cuando ya estamos saliendo del aeropuerto y nos dirigimos al bus que nos llevará a nuestro hotel, respiro tranquila y llamo a mi amor para decirle que hemos llegado bien y que estoy vivita y coleando.

¡Qué casualidad! No lo habría dicho nunca... Aitana y César se han sentado en la última fila del autocar y van hablando muy animadamente. Esto me recuerda a los viajes en mi época escolar. Los chulitos se ponían atrás y eran los más molones. Era una progresión. Delante, bien cerquita de los profesores, se sentaban los que se mareaban, los tontitos o los empollones, y cuanto más atrás más gamberro eras.

Miro a mi amiga y tiene una sonrisa que le llega de oreja a oreja. Se la ve muy feliz y me alegro muchísimo por ella.

Llegamos al hotel y nos dirigimos a la recepción para que nos asignen nuestras habitaciones. Nosotras como siempre una triple, aunque me da a mí que hoy en la triple vamos a dormir sólo dos...

Vamos un rato a la piscina del hotel y nos damos un bañito de lo más agradable. Aitana y César no paran de coquetear y se les ve muy bien juntos.

Subimos a la habitación para darnos una ducha y vemos el modelito tan mono que Aitana ha elegido para la ocasión. Admito que está espectacular y le sienta como un guante.

—¿Os gusta?

—Muchísimo. Estás radiante —le digo dando un silbido mientras me dejo caer en mi cama aún con el albornoz puesto. Está un poco húmedo, pero se está genial.

—Nena, estás rompedora. Tu cita no va a poder apartar la mirada del pedazo de escote que tan bien luces.

—¿Voy muy atrevida?

—Nooo, vas perfecta. Pero es más que evidente que tienes un buen par de tetas y eso no se puede negar. Ya verás lo mucho que le gustas y lo rápido que te quita el vestido a la que tenga la oportunidad de hacerlo —le digo con una sonrisa maligna.

—Hemos quedado a las nueve en el bar del hotel. Estoy nerviosa... Hace mucho que no quedo con un hombre tan interesante como César y admito que siento un poco de vértigo.

—Vive el momento y disfruta. Va, tira, no le hagas esperar, que ya son las nueve en punto.

—Deseadme suerte.

—No la vas a necesitar —decimos las dos sonriendo.

César está igual de nervioso que ella. Ha pedido una consumición y le da un gran trago para ver si el alcohol apacigua sus nervios.

Desde que se divorció, hace ya dos años, no ha mantenido ninguna relación estable con ninguna mujer, pero es que no encuentra a nadie que le haga sentir todo aquello que él busca en una pareja. La mayoría tienen la cabeza llena de pajaritos y tonterías, muchísimas tonterías...

Pero algo le dice que Aitana es diferente a todas. Hace mucho que se conocen y desde que trabajan juntos formando parte de la misma tripulación que se conocen más y mejor. Es una mujer encantadora con la que tiene la risa

más que asegurada. Cuántas veces ha soñado con tener un encuentro sexual con ella, pero jamás se había atrevido a decírselo por miedo al rechazo, con todo lo que ello implica al verse cada día trabajando...

Quiere ir despacio para no meter la pata, aunque ha dejado su habitación perfectamente preparada por si la cita va viento en popa y deciden terminar la noche juntos.

Escucha un silbido que viene de una de las mesas y al girarse ve a una espectacular y radiante mujer que, caminando con paso firme, se dirige hacia él.

¡Madre mía, cómo está la señorita! Aitana sonríe mientras camina sabiendo que ha conseguido su objetivo, que era dejarle sin habla y con el corazón desbocado.

—Hola, estoy buscando a un piloto superatractivo, simpático, guapo a rabiarse y que me gusta mucho más de lo que me gustaría que me gustara... ¿Lo ha visto? —dice ella, juguetona, mientras acaricia su larga melena.

—No soy nada de lo que acaba de decir, pero soy buena gente, gracioso y me encanta conversar con bellas y espectaculares mujeres como lo es usted. Ah, también soy piloto... Es lo único que cumplo de todo lo que ha dicho — responde él aguantando la risa mientras bebe un poco más y estira la mano para estrecharla con la de su nueva compañera.

—Bueno, me conformaré con usted, que he de decir que tampoco está nada mal y a primera vista cumple de sobras los requisitos que busco en un hombre. Soy Aitana, encantada de conocerle.

—Esta noche la luna estará triste porque su belleza ha quedado eclipsada por la luz que usted desprende... Soy César —le dice tirando de la mano de ella consiguiendo que se acerque a él y así plantarle un par de besos en las mejillas. Ella da un suspiro y respira la fragancia tan sumamente agradable que desprende el cuello de ese hombre.

—He reservado una mesa en el restaurante del hotel. Me haría muy feliz que me acompañara y juntos pasar una agradable velada disfrutando de la

buena compañía. ¿Le apetece?

—Me encantará pasar la noche con usted...

Aitana, sin darle opción a que él responda o comente la afirmación que ella acaba de sentenciar, sonrío, se baja del taburete donde estaba sentada y camina en dirección al restaurante. Se gira y, al ver que él se ha quedado embobado viendo cómo lentamente se va alejando, le dice, junto a la sonrisa más arrebatadoramente sexy que ha visto jamás:

—¿No viene?

—Por supuesto que voy.

La cena, como era de esperar, dada la predisposición de ambos, va de maravilla y se lo pasan genial. Hablan, ríen, acarician sus manos y se hacen ojitos. Es más que evidente que entre ellos hay química y los dos están deseosos de dar un pasito más. Sus cuerpos quieren pasar a la acción y eso se nota.

—No me gusta andarme con rodeos y creo que ya tengo la suficiente confianza como para decírtelo. ¿Te gustaría pasar lo que queda de noche conmigo? Ansío saber qué esconde ese vestido tan sugerente que llevas puesto y muero por saberlo.

Aitana sonrío por lo que su hombre le acaba de decir. Sabe que lo tiene comiendo de su mano y le apetece jugar un poquito con él.

—¿Cuál es el número de tu habitación?

—La 513.

—Dame la tarjeta, pide una botella de cava bien fresquito y sube en quince minutos —sentencia ella. Le encanta tomar las riendas de la situación y no se le da nada mal jugar con los hombres.

—Hecho. Verás que dispones de todo el material necesario para convertir una triste habitación de hotel en un precioso nidito de amor. No me falles —le dice él muy juguetón mientras se muerde el labio inferior. Ella se levanta, se termina el contenido de su copa mientras le mira con esa mirada tan

sumamente penetrante y se aleja de allí, dejando a César completamente prendado y embelesado.

Transcurridos los quince minutos César se dirigió a su habitación sin saber qué le tenía organizado la mujer de sus sueños...

No se podía quitar de la cabeza su sonrisa, su pelo, el contoneo de sus caderas cada vez que caminaba y esa manera de mirarlo que decía tantas cosas sin decir nada...

Y eso le pasó factura porque había llegado al punto en que no podía vivir sin ella. Y ahora se encontraba allí, en la puerta de una de las habitaciones de un conocido hotel de Brasil. No podía creer lo que estaba a punto de hacer, pero una fuerza salida de un lugar muy profundo lo arrastraba sin clemencia y lo atraía hacia ella, la dueña de esa sonrisa, ese pelo, esas caderas, esa mirada y, en esos momentos, también de su propia voluntad. Siempre había dicho que no se liaría con compañeras de trabajo porque pueden surgir muchos problemas, pero era tan grande lo que sentía por Aitana que la chispa que había surgido entre ellos provocaba tal incendio en su interior, que lo llevaría a cometer locuras como la que estaba a punto de hacer.

Ella desprendía sensualidad en cada movimiento, en cada palabra, en cada gesto. O eso percibía él cuando la miraba; o, mejor dicho, cada vez que la espiaba de reojo mientras conversaban con otros compañeros. Al fin se habían dado una oportunidad y ella entró de pleno en el juego que César se traía entre manos, dispuesta a jugar una partida que no sabía muy bien donde la llevaría pero que valía la pena correr el riesgo de jugar.

En el quicio de la puerta y sin llave o tarjeta que abriera dicha puerta, César no se sentía dueño de sus actos, sino a merced de los deseos de la persona que la custodiaba. Llamó con los nudillos contra la madera y una voz que conocía sobradamente le contestó desde el interior.

—Pasa, pasa. Estoy en el baño.

Esas palabras resonaron en su cabeza como una mezcla entre orden y deseo. Empujó la puerta que se deslizó suavemente dejando entrever una tenue luz formada por varias velas que estaban repartidas por toda la habitación. Se escuchaba música de fondo y el clima era ideal.

Llegó a la puerta del baño y allí la encontró, medio sumergida en el agua, cubierta por una gruesa capa de espuma, con su sonrisa encantadora y su mirada penetrante de la que era imposible escapar. El ambiente estaba perfectamente estudiado, en el que cada vela, cada toalla y cada detalle tenían un particular cometido para crear esa atmosfera.

—Hola, te estaba esperando. Ven aquí —le dijo Aitana.

Abrió la botella de cava y llenó las dos copas de cristal pasándole una a ella. Brindaron y bebieron la fresca y deliciosa bebida. Se miraron a los ojos y ambos sonrieron. ¿Qué le pasaba ante esta hermosa dama? Hipnotizado cual marinero por el canto de una sirena, empezó a desnudarse torpemente bajo la atenta mirada de su amante, la cual sabía que, a medida que él se desnudaba, iba teniendo cada vez más control sobre su voluntad.

Una vez desnudo y sin poder apartar la mirada de esos preciosos ojos oscuros, fue entrando con cuidado en el agua, armonizando sus movimientos con el romántico escenario, tan cuidadosamente decorado, para evitar remover mucho la espuma y no romper la magia del momento. Aun así, no pudo evitar formar pequeñas olas que deslizaban el agua por encima de la piel mojada de Aitana, cartografiando el mapa de su cuerpo, del que bajo la espuma se adivinaban sus pechos, cosa que provocó en él una pequeña erección que se sumergió junto con la mitad de su cuerpo...

Los dos amantes se fundieron en un abrazo húmedo, mojado, caliente y eterno, y en ese preciso instante se besaron por primera vez.

El contacto de sus cuerpos aceleró su respiración y, a la vez que César notaba cómo su pene iba creciendo, Aitana notó que su vagina se empezaba a humedecer, y esta vez no era por el efecto del baño.

Ella, consciente de que estaba perdiendo el control ganado sobre la voluntad de César, le puso su dedo índice en los labios pidiendo por unos instantes silencio y atención.

—Espérame en la cama, que tengo una sorpresa para ti.

Obediente, igual que un niño pequeño, César reuló sobre sí mismo y dejó sitio para que Aitana abandonara la bañera. Lo que pasó a continuación le dejó sin aliento... Aunque conocía cada curva de su cuerpo por el montón de veces que lo había recorrido con la mirada imaginándola completamente desnuda, se sorprendió a sí mismo embobado ante esa figura emergiendo del agua.

Ella se levantó mientras los restos de espuma iban resbalando por su piel mojada y brillante y las luces empezaron a dibujar su silueta. César había estado con otras mujeres, pero aquel cuerpo le parecía precioso, armónico y perfectamente proporcionado: dos largas piernas que finalizaban justo donde empezaba su depilado monte de Venus, su vientre plano, sus pechos con ambos pezones esculpidos a piedra y en la cima de todo se encontraba su bello rostro, en el que sus ojos se habían clavado en los de César. Ella sabía que tenía el control sobre aquel hombre y que, al menos durante esa noche, iba a ser suyo.

Salió majestuosa de la bañera con el caminar firme de una reina y la ternura y picardía de una colegiala, mirando hacia atrás sabedora que él seguiría cautivado por el espectáculo. Llegó a la puerta y antes de perderse de vista se volvió con la sensualidad dibujada en sus facciones y le dijo:

—Espérame en la cama, que ahora voy.

Entre la frágil luz que iluminaba más bien poco y la escena que estaba viviendo, César creía estar en un sueño. Tuvo la tentación de pellizcarse para ver si estaba despierto, pero le pareció un gesto bastante infantil en aquella situación. Salió de la bañera desorientado, se cubrió con la primera toalla que pilló y se dirigió al dormitorio.

De camino a la cama se dio cuenta de que su aleatoria elección de la toalla

no había sido del todo acertada, ya que era más bien pequeña para cubrir su cintura, lo que provocaba que apenas le cubriera una pierna y sus genitales, dejando la otra pierna y media nalga al descubierto...

Aitana, desde el cobijo que le proporcionaba la penumbra que había en el vestidor de la habitación, observaba la escena aguantando la risa silenciosamente.

Su querido César, torpe con los movimientos pero seguro de lo que hacía, caminaba con paso firme hacia la cama cubierto por una toalla que apenas le tapaba una tercera parte de lo que pretendía y que conformaba una escena que no le pasó desapercibida. Media nalga de un culo, que le parecía muy sensual, no llegaba a ocultarse con la escasa tela. Por debajo, dos piernas fuertes forjadas por años de dedicación al deporte. Por arriba, una espalda esculpida con duras sesiones de gimnasio. La composición entera de su cuerpo le gustaba, pero sobre todo le excitaba esa figura atlética tan bien definida que denotaba un trabajo deportivo diario.

Encontró la cama repleta de pétalos de flores, un escenario idóneo para la práctica de actividades nocturnas, por lo que decidió no deshacerla y tumbarse encima, con su minúscula toalla tapando apenas sus partes nobles...

Un «¿Preparado?» se oyó fuera de la alcoba y él respondió con un tímido «Sí», expectante por la sorpresa que no se esperaba.

Y allí estaba ella, luciendo un precioso picardías transparente que cubría su cuerpo intuyendo cada centímetro de piel pero sin dejar ver apenas nada. Un tanga a conjunto de color negro vestía la zona púbica, mostrando el resto sin dejar margen a la imaginación.

La estampa era preciosa. César no supo qué decir y se quedó boquiabierto. Aitana dio una vuelta caprichosa para enseñar el regalo que le había preparado y que sabía que le encantaba. Él no pudo más que pensar en que esa lencería era el lazo que se le pone a un regalo, ya que se sentía tan ilusionado como un niño la mañana de Reyes con su juguete en el regazo.

Esta mujer le encantaba... Su cuerpo, su manera de moverse, su forma de

hablar... Pero con aquello había dado en el clavo. La lencería le volvía loco. Verla enfundada en ese modelito hizo que un abultamiento se formara debajo de la toalla. Ella se dio cuenta y con su mirada más lasciva miró a los ojos de su amante y luego a su entrepierna. Él ya sabía lo que pretendía hacer y ella se dispuso a hacerlo.

Aitana deslizó por sus hombros los dos tirantes del picardías, cayendo éste al suelo y dejando al descubierto sus pechos, firmes y redondos. Hizo lo propio con el tanga, que se bajó en un movimiento hecho de puntillas, un simple gesto que denotaba mucha sensualidad.

Desnuda, como una pantera dirigiéndose a su presa, se subió por los pies de la cama y gateó hasta llegar a la altura de la toalla que tapaba el pubis de su chico, que la esperaba con una cara que era la viva imagen de la lascivia...

Con su mirada clavada en el bulto de la toalla, ella le dio un poco de suspense a la escena. Él la miró y notó como su respiración se aceleraba, su ritmo cardíaco aumentaba y, lo más impresionante: su erección estaba tomando unas dimensiones que casi le hacían sentir estallar las venas.

Con una gracia innata Aitana retiró el trozo de tela con sumo cuidado y apareció el miembro de César. Era moreno como todo él. Un color tostado que lo hacía diferente, casi exótico. Ella no pudo disimular la cara de sorpresa, no porque fuera excesivamente grande, sino porque realmente la excitación le había provocado una erección enorme que denotaba su firmeza por cada centímetro cuadrado. Cogió la verga con su mano y la estimuló un poco. La notó tersa y dura, tal como se la esperaba encontrar.

Tras dedicarle unos minutos haciéndole maravillas tanto con la mano como con la boca, decidió que había llegado el momento de que le hiciera gozar tal y como ella quería y se merecía. Se colocó a horcajadas encima de él, miró de nuevo a su amante y vio en su rostro reflejado el placer que le estaba dando, con una mueca entre felicidad y excitación. Se sentó encima y se introdujo suavemente el falo erecto que se deslizaba sin problema alguno en su interior.

Con cada movimiento sentían cómo la sensación de placer iba en aumento.

Cabalgaba sobre su chico sin mirarle, con la mirada sumida en su propio placer, concentrada en el orgasmo que, de un momento a otro, la sobrevendría.

Por un instante, sus miradas se cruzaron y fue entonces cuando vino. Lento, cada vez más intenso y mucho más placentero. Y, por fin, la explosión. César la notó y cogió las manos de su amante para que supiera que él también sentía el placer que ella estaba sintiendo en ese preciso instante. Ella lo miró con la cara desencajada y gimió. Y volvió a gemir. Y gimió de nuevo... Y su respiración se aceleró poniendo su pulso a mil. Y esa explosión le recorrió todo el cuerpo, dejándola casi temblando encima de él.

Se miraron de nuevo y él sonrió. Ella, sudada y muy satisfecha, le besó.

La cogió por la espalda y la tumbó en la cama. Ahora le tocaba a él disfrutar de ella, de su cuerpo, de su piel, de todo aquello que anhelaba cada día que no podía tenerla entre sus brazos...

Aquel cuerpo desnudo, sudado, extasiado, se le antojó un bocado muy apetecible.

Cuando no estaba junto a ella, soñaba con sus curvas, con sus pechos, su trasero... Y ahora era su momento. El momento de los dos...

La besó en los labios mientras su chica aun mostraba destellos de sollozos por el orgasmo. César bajó con sus labios por el cuello. Su piel era suave, color canela, sin imperfecciones. Era como conducir por una carretera nueva. Aitana se estremeció al notar los labios de él contra su cuerpo. Le encantaba este hombre y la manera que tenía de tocarla, de besarla y de hacerle el amor. Él siguió bajando por sus hombros y se desvió intencionadamente hacia su más que turgente pecho. Lo besó, lo acarició y lo lamió. Luego hizo lo propio con el otro para que no se pusiera celoso.

Siguió bajando, dibujando una línea con la punta de la lengua directa a su zona púbica. Una vez allí, abrió sus piernas sin que ella opusiera resistencia alguna, la miró, ella sonrió y asintió dando su consentimiento tácito a lo que iba a suceder.

Pasó la lengua entre sus labios húmedos, casi mojados, y jugó un ratito

hasta dar con el clítoris. A cada lamida Aitana se retorció, se arqueaba, se estremecía y gemía nuevamente. Le volvía loca cómo se lo hacía. Los dedos se añadieron a la fiesta y le hicieron sentir pequeñas contracciones de placer. Ella estaba a punto de alcanzar el clímax, pero César paró en seco. Ahora le tocaba a él ser un poquito malo...

Desde que entró en aquella habitación había sido como un muñeco que actuaba al antojo de los deseos de su amada, pero sabía más que de sobra que a ella le encantaría ver su lado más salvaje. La tenía en el punto que él quería, excitada al máximo. La cogió por las caderas y, con un fuerte movimiento de fuerza con los brazos, la giró de golpe dejándola boca abajo. Él agarró de nuevo sus caderas y las levantó hasta dejarla a cuatro patas con el trasero a su merced. Ese culo que a él tanto le gustaba y tantas veces había observado cómo se movía cuando ella caminaba...

Sin duda era su parte favorita del cuerpo de Aitana. Lo tenía precioso. Su contoneo le había hecho perder la cabeza más de una vez imaginando lo que le haría si lo tuviera delante y pudiese disponer de él a su antojo. Y ese momento había llegado...

Ella estaba empapada y más que dilatada así que, sin previo aviso, la embistió con la fuerza suficiente para que lo notara todo de golpe en su interior pero sin llegar a hacerle daño, que era lo último que querría hacerle. Notó que aquello encajaba perfectamente igual que las piezas de un puzle. Y volvió a acometerla. Y ella volvió a gemir. Y empezó a endosarle embestidas rítmicas que se tornaron cada vez más rápidas, más calientes, más húmedas, más intensas... Hasta que sintió que ambos iban a alcanzar su meta y su objetivo. Entonces alargó la mano y le agarró del pelo, improvisando una cola cual crin de yegua al galope. Y tiró de ella consiguiendo que la espalda de su chica se arqueara formando una curva junto con sus glúteos que acabó de enloquecerlo. Y la embistió con todas sus fuerzas para llegar juntos. La vagina de Aitana se contrajo y atrapó su pene haciendo que sus movimientos les

estimularan a los dos por triplicado. Él no podía soportar tanto placer. Ella tampoco...

Se dejaron llevar abandonándose entre gemidos y respiraciones profundas. Fue un orgasmo eterno. Los gemidos de ambos se mezclaban en el ambiente hasta que cayeron a plomo en la cama.

Se miraron. Y en silencio, después del fragor de la batalla, con sus cuerpos sudados, cansados y extasiados, se fundieron en un abrazo precedido de un cariñoso beso. Y así se quedaron largo tiempo. Contándose con pocas palabras, algunas miradas y mucho sentimiento lo muchísimo que se gustaban hasta quedar dormidos, soñando con su próximo encuentro...

Lógicamente le faltó tiempo para contárselo todo a sus amigas a la que tuvo ocasión. La mañana había empezado de una manera muy similar a como había terminado la noche... César resultó ser un amante insaciable, con una gran fortaleza capaz de hacerle tocar el cielo sin problema alguno.

No podíamos parar de reír con las burradas que Aitana nos estaba contando y una envidia sana recorría nuestros cuerpos. Aunque yo no podía quejarme, porque las noches junto a mi querido amado también eran de lo más moviditas. Y Dafne tampoco se podía quejar, que últimamente pretendientes no le faltaban.

La vuelta a casa no fue tan tranquila como la ida y varias turbulencias nos dieron un poquito de guerra. Algunos pasajeros estaban asustados y algún que otro grito se les escapaba.

Finalmente las ruedas del avión tocaron tierra firme y un gran suspiro salió de mi boca. ¡Hogar, dulce hogar! Barcelona, cuánto te quiero...

Los días fueron pasando y mi relación con Leiva cada vez estaba mucho más afianzada y consolidada. Íbamos alternando la convivencia en una casa o en la otra igual que lo hacían Aitana y César.

Dafne, como estaba celosona, en más de una ocasión se traía a algún buen amigo con mucho derecho a roce y así no era la única que amanecía sola en su cama. En más de una ocasión preparábamos los seis una barbacoa con baño en la piscina incluido. Eran días felices y eso se notaba en el ambiente. Por suerte las medidas de seguridad en los aeropuertos se habían endurecido notablemente, y el control, tanto a los pasajeros como a los trabajadores, era más exhaustivo. Todos respirábamos un poco más tranquilos y cruzábamos los dedos a la hora de entrar nuevamente en un avión, pero la vida sigue y como he dicho antes, no se puede vivir con miedo.

Capítulo 11

Son las once de la mañana, Leiva y yo estamos tumbados en el sofá de su casa perreando un rato mientras vemos una película.

Suena el timbre de la puerta y ambos nos miramos sorprendidos al no esperar a nadie. La abre y escucho que una mujer le pregunta si es el señor Leiva Arias Guirado. Como es lógico responde que sí y la mujer pregunta si puede pasar al interior del domicilio. Se identifica como trabajadora de asuntos sociales y entra.

Me levanto del sofá y me acerco hacia el recibidor sin entender nada. Miro a mi marido y él me hace un gesto haciéndome saber que no tiene ni idea de lo que está sucediendo.

La mujer se acerca a la mesa del comedor y de su cartera saca varios documentos. Nos pide que nos sentemos y que escuchemos atentamente. Obedecemos sin hacer ninguna pregunta y nos sentamos.

—Imagino que se estarán preguntando qué hago aquí, ¿verdad?

—Sí —respondemos ambos un tanto intrigados.

—¿Conoce de algo a la señora Eva López Jiménez?

Veo que Leiva palidece y asiente con la cabeza.

—¿Sabe que ha fallecido? —afirma ella dejando a Leiva con los ojos muy abiertos.

—¿Perdón? —dice él ante semejante pregunta.

—Veo que desconoce dicha información. Desgraciadamente, Eva sufrió un accidente de coche hace dos días y murió dejando huérfano a un bebé de tres meses. ¿Sabía usted que era madre?

—No. Hace bastante que no sé nada de ella y, la última vez que la vi, le

aseguro que no estaba embarazada... —responde él viendo la dirección que está tomando la conversación.

—¿De cuándo estamos hablando? —pregunta intrigada. Yo estoy paralizada y no puedo articular palabra alguna.

—Hará cosa de un año aproximadamente —responde él dándose cuenta de que la suma de tres meses que tiene el bebé más nueve meses que dura un embarazo suma doce meses, es decir, un año...

—La mejor amiga de Eva nos contó que ella le había confesado que el padre del niño es un piloto de avión, muy guapo, moreno, de unos treinta y cinco años, que vive en Gavà en una casa muy bonita cerca del mar y que se llama Leiva Arias. Creo que usted coincide con la descripción... Así que de ser eso cierto, le informo que se acaba de convertir en el papá de un precioso niño llamado Pablo. Quizá aquel día no estaba embarazada, pero sí lo estuvo unas horas después de su cita... Evidentemente, tiene derecho a hacerse las pruebas de paternidad para salir de dudas. Es ése el motivo por el cual estoy aquí. Tenga el kit para proceder a la prueba, sólo tiene que chupar el algodón del bastoncillo y en tres días sabremos si realmente usted es el padre de Pablo.

Observo a Leiva ojiplática, sin dar crédito a lo que está sucediendo. Al pobre se le ve igual de desconcertado que yo. Menudo marrón más grande en el que nos acabamos de meter... Con lo bien que estábamos y qué poquito nos ha durado la felicidad...

¿Cómo voy a cuidar a un bebé de tres meses? Si en mi vida le he dado un biberón a ningún niño, ni he cambiado pañales, ni entiendo de críos, por no saber no sé ni si quiero ser madre... Y encima este pobre niño no sería ni mi hijo. Sería el resultado de una noche de juerga de mi ya marido con una de sus amiguitas...

Joder, joder, joder... ¿Por qué todo me tiene que pasar a mí?

Leiva chupa el algodón y, una vez finalizada la prueba, la señora deposita el kit en su cartera.

—¿Dónde está el bebé ahora? —pregunta mi chico.

—En su casa junto a la amiga de su madre que gustosamente se ha ofrecido voluntaria para cuidar de él durante lo que dure el proceso. Lamentablemente, Eva no tenía familia directa y no hay nadie que se pueda hacer cargo del bebé. Está claro que, si usted es el padre de la criatura, su deber y su obligación es cuidar de él. ¿O prefiere que se críe en un orfanato hasta que encuentre una familia de acogida o adopción? ¿Es eso lo que quiere?

—No, está claro que no. Pobrecito... —dice él rascándose la cabeza, siendo consciente del fregado en que se acaba de meter.

—Dígame cuál es su número de teléfono y a la que tengamos los resultados se lo haremos saber.

Leiva le da una tarjeta donde sale su nombre completo, número de teléfono y correo electrónico y muy educadamente la señora se marcha dejándonos a los dos fríos como el hielo.

Cierra la puerta y vuelve al comedor donde me encuentra aún sentada en la silla, pensativa y mirando por la ventana.

—¿Estás bien? —me pregunta temeroso al no saber cuál será mi reacción.

—No. Me acabo de enterar de que mi perfecto marido, quien me las ha hecho pasar canutas, pero como gilipollas que soy he cedido a darle una segunda oportunidad, incluso casándome con él, aunque sea celebrando una boda que no tiene valor legal pero sí que tiene un gran valor sentimental... Bueno, pues resulta que en uno de sus escarceos amorosos, mientras estaba casado, todo hay que decirlo, dejó embarazada a una de sus amiguitas, la cual desgraciadamente ha fallecido dejando huérfano a un bebé de tres meses. Y como es lógico, tú tendrás que apechugar y cuidar de él como el progenitor suyo que eres... Eso implica que, si quiero seguir contigo, nos acabamos de convertir automáticamente en los padres de Pablo, porque claro, no voy a estar casada contigo e ignorar y pasar olímpicamente del niño obviando que vive con nosotros... Así que sin comerlo ni beberlo hemos pasado de ser dos a ser tres... Lo siento, pero no estoy preparada para ser madre, todavía no. Y menos

sin un embarazo por medio, con el que te vas haciendo a la idea de tu próxima maternidad, y no así de repente y sin previo aviso.

Estoy rabiosa y mi furia está focalizada hacia Leiva, mi Leiva, y el más que posible padre de Pablo. Él está apoyado en la pared con la cara descompuesta sin saber qué decir.

—Lo siento. No puedo decir nada más.

—¿Que lo sientes? ¡Existen los condones, imbécil! Y ésta es una de las consecuencias de que seas tan... pichabrava y te vayas follando a toda mujer que se te ponga a tiro. De verdad, que menuda cruz llevo encima contigo...

Mi furia va en aumento y ya no puedo parar.

—Sólo me acosté con ella una vez y sí, utilizamos preservativo. Estaría defectuoso o quizá se quedó embarazada en los preliminares... Yo qué sé. Además, tampoco tenemos la certeza de que sea el padre.

—Pues parece ser que tanto Eva como su amiga lo tenían muy clarito. Estoy muy enfadada y no puedo quedarme aquí. Me voy para casa y te pido por favor que no me llames, pues no quiero decir nada de lo que pueda arrepentirme el resto de mi vida. Cuando esté preparada y me apetezca hablar, llegado el momento, ya me pondré en contacto contigo.

Salgo de casa igual que un huracán mientras escupo fuego por la boca cual dragón en plena batalla... Ahora mismo la niña del exorcista no me llega ni a la suela del zapato.

Necesito pensar con calma y sé que en caliente no se pueden tomar decisiones, así que me voy a dar un paseo por el bosque, que eso siempre me sienta genial.

No sé qué tienen los bosques, pero me siento acogida y aceptada. Noto la energía de la naturaleza y no tengo palabras para describir lo que se siente cuando te abrazas a un árbol de grandes dimensiones y dejas que fluya lo que tiene que fluir, salga lo que tenga que salir y entre lo que tiene que entrar: paz.

Tengo mi lugar predilecto, donde perderme cuando estoy mal. Abro la puerta del coche y respiro profundamente sintiendo que ya estoy en casa.

Adoro el olor a humedad, a tierra mojada, a resina de los árboles y al sinfín de olores que emergen de los bosques.

Camino hasta adentrarme en la grandiosidad del lugar donde apenas llega la luz debido a la altura de las frondosas copas verdes de los árboles. Está todo lleno de musgo y me gusta lo que tengo ante mí.

Tras un buen rato caminando veo un nogal repleto de nueces y, agitando con suavidad una de sus ramas, consigo que caigan al suelo unas cuantas. Las recojo y me siento sobre una gran roca. Empiezo a partirlas degustando el sabor tan intenso que tienen.

Escucho un ruidito y al mirar veo que varias ardillas se han acercado para espiarme. Sonrío y lanzo varios trozos de nueces. En un principio salen corriendo pensando que quiero lastimarlas, pero las muy curiosas no tardan en volver y, con un rápido movimiento, cogen lo que les he regalado. Se alejan un poco y se comen los trocitos. Qué momento más bonito estoy viviendo. Vuelven a acercarse como pidiéndome más y vuelvo a hacer lo mismo. Esta vez no se asustan y sin dejar de mirarme van cogiendo los frutos secos.

Llevo una botella de agua y pongo el tapón en el suelo llenándolo de agua. La más valiente se acerca y bebe. El resto hace lo mismo mientras voy rellenando de agua el pequeño trozo de plástico.

Cuando me quedo sin más nueces y empiezo a notar que tengo el trasero completamente mojado debido a la humedad del terreno, decido continuar por el camino hasta llegar a un riachuelo con poco caudal.

Meto los pies y noto el agua helada. Me siento viva, y cierro los ojos para sentirlo todo mucho más intensamente. ¡Qué maravilla de lugar! Si algún día soy madre traeré aquí a mis pequeños herederos para que se empapen de naturaleza.

Hablando de niños... ¿Qué voy a hacer si resulta que Leiva es el padre de Pablo? ¿Estoy dispuesta a cambiar tanto mi vida de la noche a la mañana? ¿Me merece la pena seguir estando con Leiva? Este hombre es un caso... La verdad es que con él no me aburro y la diversión a su lado está más que asegurada...

Por el momento no me quiero precipitar a tomar ninguna decisión. En tres días se sabrá la verdad y entonces ya actuaremos en consecuencia, pero, aun así, no me apetece estar ahora mismo con él. Soy una persona que necesita su espacio y pensar con tranquilidad.

Una vez más, la naturaleza ha hecho su trabajo y la rabia que sentía se ha disipado hasta casi desaparecer.

Me siento tan vinculada a lo natural y a lo sobrenatural, que hace un tiempo me tatué al final de la espalda la estrella de las siete puntas, también llamada la estrella de las hadas. Es un dibujo precioso donde para mí el significado de cada punta es: el fuego, el agua, la tierra, el aire, la magia, la luz y la espiritualidad. Ésa soy yo...

Me encanta mirarme en el espejo y ver que esa bonita estrella siempre va conmigo donde sea que vaya.

Me despido de mi lugar preferido y conduzco hasta llegar a mi casa. No hay nadie y, tras darme una ducha, me tumbo en el sofá dispuesta a ver un rato la tele.

Escucho la puerta y oigo a las locas de mis amigas. Me dicen que han ido al cine y que han visto una película que les ha encantado. Me alegro por ellas y les cuento *la película* que he vivido yo en casa de Leiva.

Como era de esperar, alucinan al enterarse de lo del bebé y me miran con cara seria al saber que no soy precisamente una mujer a la que le gusten demasiado los niños.

—Vaya tela... ¿Y qué piensas hacer si resulta que Leiva es el padre?

—¿La verdad? No tengo ni la menor idea... Ya lo decidiré cuando sepamos el resultado. Por el momento no me apetece verle. ¿Podemos ir a cenar las tres y pasar una noche divertida para así olvidar los problemas? Mañana no tenemos vuelo hasta las diez de la mañana y no debemos madrugar demasiado

—les digo con cara de niña buena.

—¿Vamos al sitio ese tan chuli que abrieron hace poco al lado del puerto?

—dice Dafne.

—¡Perfecto, a divertirse se ha dicho! —comenta Aitana, que desde que tiene novio está de muy buen humor.

La noche es cálida y se está de maravilla dando un paseo por la zona del puerto. Hay mucho ambiente y aquí, vengas cuando vengas, hay gente. Ventajas de vivir en Barcelona... Otra cosa no, pero gente no nos falta...

Cuando ya estoy en la cama miro la pantalla de mi teléfono móvil y veo que tengo un mensaje de Leiva:

Hola cariño, no te llamo porque ya sé que no te apetece hablar conmigo. Siento mucho lo que ha sucedido y lo que menos quiero es hacerte daño, pero en ocasiones suceden cosas que no podemos controlar y que vienen en el momento menos esperado. Algo me dice que ese niño es mío. Me conoces de sobra y sabes que ante todo soy responsable de mis actos, así que a la que me digan que soy el padre me lo traeré a casa, su nuevo hogar. Intentaré darle todo el cariño que sea capaz de dar, le querré con locura, cubriré todas sus necesidades y haré que sea el niño más feliz del mundo entero. Sólo tiene tres meses y el pobre debe estar deseando ver a su mamá. Esa madre que se ha ido para no volver jamás... Me parte el alma y siento muchísimo que Eva haya fallecido. No por la estima o cariño que yo pudiera tenerle, pero no debiera estar permitido que un bebé se críe sin sus padres, y menos sin su madre siendo tan pequeño. Así que lo siento mucho pero no voy a renunciar a él. Si no quieres afrontar esta nueva situación junto a mí, lo entiendo y lo siento por un igual. Ni debo ni puedo obligarte a que te quedes a mi lado, pero sí te digo que me encantaría que juntos sacáramos adelante a ese pequeño ser que tanto amor necesita. Él no es culpable de lo que ha sucedido y no debe pagar ni sufrir las consecuencias. Y lógicamente, no permitiré que crezca en un orfanato repleto de carencias emocionales como lo son un abrazo y un beso antes de ir a dormir. Una vez más te

digo que lo siento... Recuerda que aquella meiga que te leyó la mano te dijo que pronto aumentaría la familia y te dio una vela de endulzamiento, otra de amor y otra que abre caminos y nuevos proyectos. Quizá ése es nuestro proyecto y debemos hacerlo juntos. Te quiero más que a mi vida y me cuesta respirar tan sólo con pensar que nunca más voy a tenerte junto a mí, pero ahora la pelota está en tu tejado y eres tú la que decides si quieres estar conmigo o no. No te voy a insistir, ni te voy a suplicar, ni voy a avasallarte con mensajes o llamadas. Ya sabes dónde localizarme y tienes la llave de mi casa y de mi corazón, por si decides regresar. Te amo. Siempre tuyo, Leiva.

Madre mía... Estoy llorando igual que una muñeca Pepona y hasta que no saque todo lo que llevo dentro no voy a poder parar... Mis amigas me escuchan y no tardan en venir a mi habitación para ver qué sucede. Leen el mensaje y también se emocionan ante las cosas tan bonitas que me ha dicho mi loco amor. Necesito dormir y meditar con la almohada cuál va a ser mi decisión. Mañana seguro que lo veré de otra manera...

Nos levantamos, nos acicalamos y nos vamos para el aeropuerto. Aún no le he dicho nada a Leiva, pero es que no sé ni qué decirle.

Al llegar a la sala de personal miro para ver si está desayunando, pero no le veo, imagino que ya debe de estar volando. Creo que hoy se iba a Riviera Maya y su vuelo salía pronto... Mejor, así evitamos un momento un tanto tenso. Dejo las cosas en la taquilla y me voy con el resto de la tripulación hacia nuestro avión.

Durante el trayecto vemos que varias parejas de recién casados están muy pero que muy cariñosos y una de las chicas se levanta para ir al servicio. Nosotras estamos sirviendo la bebida con los carritos y vemos que, pasado un minuto, él también se levanta y sin que casi nadie se dé cuenta, llama a la puerta y con disimulo entra. Sonrío al saber qué es lo que van a hacer y

automáticamente me viene a la mente una de las veces que Leiva y yo lo hicimos ahí dentro. Las dimensiones son reducidas, pero da un morbazo impresionante... Doy un suspiro y pienso en mi chico. ¿Cómo estará? ¿Cómo habrá digerido lo del niño? A la que el avión aterrice le enviaré un mensaje para decirle que estoy bien y que ya hablaremos. Al menos así le quitaré un poco de hierro al asunto y no estará tan preocupado por mí. Sabe que tengo temperamento, pero también sabe que recapacito rápido.

Sale la pareja del lavabo, ella bastante despeinada y con las mejillas más rojas y él totalmente acalorado. Hago como si nada y sin preguntar les doy un vaso de agua a cada uno mientras les guiño un ojo. Ellos sonríen un tanto ruborizados, pero se lo beben de un trago. Todos sabemos la sed que da fornicar, y más con semejante subidón de adrenalina...

El resto del vuelo se me hace muy largo y aburrido. No he descansado bien y al no dormir mis horas voy más cansada de lo habitual.

Cuando el avión desciende y el Comandante nos avisa del tiempo que falta para aterrizar, me alegro enormemente y una sonrisa se dibuja en mis labios. No estoy de humor y quiero meterme en la cama para poder dormir unas cuantas horas de un tirón.

Al llegar a la habitación del hotel me dejo caer sobre la cama y cojo mi teléfono. Le envío a Leiva un escueto mensaje diciéndole que ya estoy en el hotel y que cómo está de ánimo.

Al momento me responde diciendo que él también está metido en la cama del hotel y que está a punto de dormirse, pues no tiene humor para estar más horas despierto. Vaya, veo que ambos estamos más o menos igual. Le doy las buenas noches y él me responde con un «Buenas noches, descansa».

Intuyo que no está pasando por su mejor momento, así que ya somos dos. Desconecto el móvil, cierro los ojos y me quedo dormida.

Me desvelo de madrugada. ¿Qué hora es? Miro el reloj: las siete de la mañana... ¿Qué hago despierta tan pronto con lo cansada que estaba? Me doy cuenta de que voy vestida con el uniforme, estoy tapada con una manta que imagino que Dafne me puso por encima, y de que tengo hambre y ganas de hacer pis.

Me levanto sin hacer demasiado ruido con el fin de no despertar a mi compañera de habitación, que duerme plácidamente.

Voy al lavabo y cierro la puerta con cuidado.

Hemos quedado a las nueve y media para desayunar. ¿Qué hago hasta entonces? Me he desvelado y dormir dudo que duerma más con el montón de horas que he dormido ya. Ni cené, ni me duché, ni nada de nada. Me quedé frita al momento dejando a la pobre Dafne solita ante el peligro, ya que Aitana ha pasado la noche junto a su amado César.

Salgo del baño y me quito el uniforme. Me vuelvo a tumbar en la cama y se me antoja escuchar una de mis canciones preferidas. Cómo no, es de mi cantante preferida, Vanesa Martín, y la canta junto a su buen amigo Pablo Alborán. Conecto los auriculares al teléfono y la busco. Empieza a sonar *Ya* y cierro los ojos para sentir cada palabra en lo más profundo de mi corazón. Qué acordes tan bonitos... Es tanto lo que me hace sentir esta mujer cuando canta...

¿Cómo me puede remover tantísimo las entrañas esta muchacha con su dulce y especial voz y esa forma tan bonita que tiene de explicar la vida cantando? Simplemente me encanta.

Como suele suceder cuando estoy tristonza y escucho alguna de sus canciones, mis ojos están repletos de lágrimas sin poder evitarlo. Siento miedo de perder a Leiva, con lo mucho que le quiero y lo difícil que la vida nos está poniendo las cosas. ¿Seré capaz de dar la talla con el pequeño bebé? ¿Estoy dispuesta a dar un paso tan importante y cambiar radicalmente mi día a día? ¿Será éste el fin de nuestra relación si nos sentimos superados?

Él ya me ha dejado claro que va a hacer frente a su posible paternidad

haciéndose cargo del niño. Si sale que es el padre, tiene la obligación moral de cuidar a su hijo consiguiendo que no le falte de nada.

Angelito, por faltarle le falta hasta su madre... Ahora sí que siento unas ganas tremendas de llorar. Pobrecita Eva y pobrecito su bebé. Qué injusto y caprichoso es en ocasiones el destino...

No quiero despertar a Dafne y decido salir a la terraza para no molestar. Cojo la manta y salgo. Me echo en una de las tumbonas y me tapo, pues hace un poco de fresquito. Lloro todo lo que me apetece y un poquito más de regalo, cortesía de mis ojos que son muy espléndidos y generosos... Observo las bonitas vistas y quedo fascinada por la gran belleza que contiene cada rincón de este divino lugar.

El sol empieza a asomar con cierta timidez. El reflejo de su luz anaranjada en aquellas tranquilas y calmadas aguas de la pequeña y coqueta cala que tengo ante mí es precioso, digno de ser admirado durante bastantes minutos sin tener la sensación de estar perdiendo el tiempo.

Siento tanta paz y tanta tranquilidad que cerrando los ojos caigo en un profundo sueño.

Oigo que se abre la puerta de la terraza y veo a una adormilada Dafne que sale mientras se va desperezando.

—¿Se puede saber qué haces aquí tan pronto? —me pregunta un tanto sorprendida.

—Me he despertado a las siete y ya me he desvelado. Al salir aquí y estar un rato viendo un más que bonito amanecer, me he quedado felizmente dormida.

—¿Estás bien? Tienes los ojos de haber llorado.

—Momento de bajón escuchando a mi Vanesa... Ya tú sabes... —le digo sonriendo.

—Hay que ver lo que te llega a gustar esa cantante —comenta mientras se apoya en la barandilla y mira lo que tiene a sus pies—. ¿No te parece un lugar maravilloso?

—Eso mismo he pensado yo cuando he salido hace un rato —respondo acercándome a ella quedándonos las dos en silencio mientras observamos lo que nos rodea.

Volvemos a estar en nuestro querido avión de regreso a casa. Algunos pasajeros están muy pesaditos y no paran de pedir cosas. Que si quiero un diario, que si dame un poco de agua, que si tengo hambre, que si dónde están los cascos para ver la película... En fin, que varios de ellos me tienen hasta el mismísimo. Encima me ha bajado la regla y estoy de una mala hostia que no puedo con mi alma.

No falla, cada vez que voy al baño y veo que me ha venido, recuerdo el puñetero anuncio de la tele que salía esa odiosa mujer vestida de rojo, que con la mejor de sus sonrisas le decía a la pobre infeliz que tenía que soportarla: «Hola, soy tu menstruación» y la iba siguiendo donde fuera que fuese.

Quién creó ese anuncio se quedó a gusto... Seguro que es de los *spots* más odiados de la historia de la televisión...

Por suerte el avión aterriza y, una vez se queda vacío, nos dirigimos hacia la sala de descanso. Vamos hablando animadamente hasta que oímos a varias personas gritar nuestros nombres.

—¡Dafne! ¡Gala! ¡Aitana!

Nos giramos y vemos a nuestros amigos los de Costa Rica... Sí, los que subimos a nuestra habitación del hotel y con los que terminamos montándonos una fiesta de las buenas...

Se acercan a nosotras, que no damos crédito a lo que estamos viendo, y corren con los brazos abiertos esperando nuestro abrazo. Nos saludan mucho más efusivamente de lo que debieran e intentamos mantener una distancia prudencial hacia ellos.

César mira a Aitana pidiéndole con la mirada algún tipo de explicación.

—Cariño, ellos son unos chicos que conocimos en una playa de Costa Rica y juntos pasamos un bonito y divertido día. Ya me entiendes... Tú y yo aún no estábamos juntos, por si te lo estás preguntando, que sé que lo estás haciendo —comenta ella con cara de circunstancia.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —pregunta Dafne muerta de la risa.

—Estamos de gira y tenemos dos conciertos, uno en Barcelona y otro en Madrid.

—Ah, ¿qué sois músicos? —comenta ella bastante sorprendida.

—Eso parece —digo yo observando el equipaje que llevan, donde se puede apreciar que son fundas de guitarras y otros instrumentos.

—¡Menuda coincidencia! ¿No creéis? —nos dice uno de ellos.

—No lo sabes tú bien... —murmura Aitana, que parece ser que no le ha hecho demasiada gracia verles aquí, y menos junto a su gran amor llamado César.

—¿Vais a estar muchos días? —pregunto un tanto intrigada.

—Dos días. Mañana es el concierto y pasado nos vamos para Madrid. ¿Os gustaría venir a vernos? Tomad, os regalamos varias entradas para que vengáis con quien vosotras queráis. Y al terminar, si os apetece, nos vamos a cenar todos juntos.

—Perfecto, intentaremos ir. ¿Verdad, chicas? —comento riendo. Aitana y César me miran con la cara seria, pero Dafne ni me mira, le está haciendo ojitos al hombre que aquella tarde la puso fina filipina mientras dice que sí con la cabeza...

Pongo los ojos en blanco y sonrío ante la escena que acabo de ver.

Nos despedimos y caminamos en dirección a nuestra sala para finalizar la jornada.

Al entrar oigo a Leiva y automáticamente me pongo nerviosa. Está hablando con el otro piloto de su tripulación sobre algo referente al vuelo de hoy, utilizan un vocabulario muy técnico e imagino que entre ellos se entenderán, porque lo que es yo no pillo ni media...

Me mira, pero continúa hablando. Me acerco a mi taquilla para coger el bolso y mis objetos personales cuando noto sus manos en mi cintura.

—Hola, cariño —me dice acercándose a mi oído.

—Hola... —respondo un tanto dudosa al no saber cómo debo comportarme con él. Hacer como si no hubiera pasado nada, mostrarme molesta, no hacerle ni caso...

—¿Cómo estás? —pregunta con un tono de voz dócil.

—He estado mejor pero también he llegado a estar peor, así que no me quejaré en exceso no vaya a ser que los de arriba se enfaden y aún me den más candela —comento mientras cierro la taquilla, me giro, le doy un fugaz beso en los labios y vuelvo al cobijo que me dan mis amigas. Ellas nos miran sin demasiado disimulo atentas a lo que sucede entre nosotros—. Bueno, nos vamos a casa, que estamos cansadas. Yo sí que utilizo métodos anticonceptivos para evitar un embarazo no deseado, me ha bajado la regla y admito que no me encuentro demasiado bien, ni tengo ganas de nada, ni me apetece mantener conversaciones absurdas. Te informo de que mañana iremos al concierto de unos buenorros a los que nos ligamos hace un tiempo en Costa Rica y que resulta que son músicos. Tenemos varias entradas, que ellos mismos nos han regalado, y al finalizar el concierto iremos a cenar y así les mostraremos los rincones más secretos de nuestra ciudad. Si me igualo a ti y me comporto como tú, ahora que en teoría estoy casada, podría mantener una relación extramatrimonial con el músico que me puso mirando para Cuenca e ir quedando puntualmente para tener buen sexo, y hasta podría declararle mi amor y pedirle matrimonio por si algún día doy el paso de separarme de mi cuernudo marido, así tengo a un amante asegurado en la reserva para cuando me quede solita... Pero eso no quita que si me van saliendo otras oportunidades no las desaproveche y, quién sabe, hasta me deje embarazar por algún gilipollas que me meta un buen meneo... Me gusta tu estilo de vida, quizá lo copie y viva exactamente igual que tú...

Leiva escucha lo que le digo mostrando un rostro completamente serio. Sé

que lo que le estoy diciendo no le debe de estar haciendo ninguna gracia, pero es lo que hay. Quien juega con fuego, siempre se acaba quemando. Y yo de fuego entiendo y me sobra a raudales... Y más cuando tengo conmigo a la señora de rojo diciéndome: «Hola, soy tu menstruación».

Estoy rabiosita perdida y, aunque mi cerebro me está mandando callar a gritos, mi boca y mi lengua viperina no se pueden contener haciéndome soltar todo lo que se me ocurre sin control alguno.

Salgo de la sala caminando con paso firme mientras mis amigas me siguen. César se ha quedado junto a Leiva para darle apoyo moral.

Una vez en el coche y cuando ya no tengo que interpretar ningún papel más, me derrumbo y me pongo a llorar igual que una niña pequeña. Me siento en la parte trasera del coche, me tumbo y lloro sin consuelo alguno. Mis amigas, que me conocen estupendamente, saben que ahora es mejor dejarme tranquila durante un ratito y que saque la rabia que llevo dentro. Ya tendremos tiempo de hablar.

Aitana conduce hasta llegar a casa.

—Ya hemos llegado —comenta alegremente. Bajo del coche, cojo mi maleta y voy casi arrastrándome hasta el interior de nuestro hogar.

—Junta urgente ya —me dice Dafne mientras sujeta mi brazo y me lleva hasta el sofá.

—Me sabe fatal que estés así y no quiero verte pasarlo mal. ¿Qué es lo que quieres hacer con tu vida? ¿Has tomado alguna decisión? —me dice bastante intrigada.

—No tengo ni la menor idea. Lo que sí sé es que estoy enfadada y molesta. Ahora que todo iba estupendamente con Leiva, zasca, otra putadita más para la saca. ¿Qué vamos a hacer con el bebé?

—Hija, pues no lo vais a cocinar al horno con patatas y zanahorias. Tendréis que cuidar de él, quererle, mimarle, protegerle... Ya sabes, criarle tal y como nuestros padres han hecho con nosotras. No debe de ser tan difícil... —dice Aitana muy segura de sí misma.

—¿Qué haríais vosotras en mi situación? —Se miran y sonríen con ternura. Supongo que su lado más maternal está resurgiendo desde lo más hondo de su ser.

—Yo lo cuidaría como si fuese mi propio hijo. Piensa cuantísima gente adopta a niños que ya están crecidos y el vínculo padre/hijo se acaba creando. Tú no tendrás ese problema porque tan sólo tiene tres mesecitos. Es casi un recién nacido que ni tiene memoria. Para él tú serás su madre y deberás comportarte como tal. Creo que los niños son una bendición y un regalo del cielo y debemos cuidar de ellos cual pirata protege su tesoro máspreciado —responde Dafne dejándonos a las dos completamente atónitas.

—Nena, menudo discurso el tuyo. ¿De qué canción has sacado ese texto? —le digo sonriendo al ver lo madraza que está hecha.

—Es lo que siento y lo que me dicta mi corazón. No tengas miedo ni pienses que no eres capaz de cuidar a un bebé, amar es algo que todos llevamos muy adentro y seguro que serás una excelente mamá que incluso daría la vida por su polluelo llegado el momento. Además, no te agobies, aún no sabemos si Leiva es el padre.

—Gracias, Dafne, por tus bonitas palabras.

—Y no estaréis solos, tenéis una gran familia que os ayudará muchísimo y también nos tenéis a nosotras que ejerceremos de tías de esa criatura. Cuando queráis os venís aquí a casa y os ayudamos con el peque para que tengáis vuestros momentos en pareja y podáis hacer cosas los dos solos.

—Gracias, chicas; sois las mejores. ¿Qué haría yo sin vosotras? —Nos damos un abrazo y me siento mucho mejor.

Me doy una ducha, me pongo el pijama y me meto en la cama. Me apetece llamar a Andrés, mi novio ficticio durante el viaje en el crucero. Busco su nombre en la agenda de contactos de mi móvil y escucho sonar el primer tono hasta que oigo una bonita voz que me saluda alegremente:

—Hola, preciosa mía. ¿Cómo te trata la vida?

—Hola, mi niño. Bueno, mi querido Leiva me ha vuelto a hacer una de las

suyas...

—¿Qué ha hecho ahora esa cabra loca?

—Ahora nada, lo hizo hace un tiempo y el resultado ha llegado a nuestras vidas en forma de bebé de tres meses, fruto del sexo sin protección entre dos personas... —comento con desgana.

—Joder, nena, cada vez que acudes a mí tienes un mierdón de los gordos —me dice un tanto divertido pero preocupado a la vez.

—Ya... Por eso te llamo; necesito mantener una conversación de las nuestras.

—¿En persona o por teléfono?

—Mejor por teléfono y a poder ser ahora. Estoy enfadada, siento mucha atracción hacia tu persona y en cierta manera tengo sed de venganza... Si nos vemos tú y yo, tengo la certeza de que mantendremos relaciones sexuales y no quiero ponerle los cuernos a Leiva, pues te informo que hace unos días nos convertimos en marido y mujer celebrando una espontánea boda en un precioso pueblo del norte de España, donde se celebraba una fiesta ancestral con decenas de meigas y gente muy especial. Y de regalo de bodas me ha llegado un bebé que se supone que es hijo de Leiva...

—Pero ¿de dónde ha salido esa criaturita? Luego me cuentas lo de la boda —me dice intentando poner un poco de orden a mis palabras.

—Parece ser que mi querido marido mantuvo relaciones sexuales con diferentes mujeres, entre ellas yo, mientras estaba casado. Una de ellas se supone que se quedó embarazada pero no le dijo nada. Hace tres meses dio a luz al bebé y por desgracia el otro día se mató en un accidente de tráfico. Servicios Sociales ha hecho su trabajo y una amiga de la madre de la criatura afirma que el padre es mi chico. Estamos pendientes de los resultados de ADN, pero algo me dice que sí que es su hijo. Así que mira el dilema que tengo entre manos. Por el momento no quiero ser madre porque mi trabajo requiere de mucho tiempo libre y flexibilidad horaria, y ahora que por fin tengo al hombre de mis sueños entre mis brazos, con el que he dado el paso de

rehacer mi vida dándole una segunda oportunidad y con el que soy tremendamente feliz, resulta que se ha convertido en papá y si quiero estar junto a él tengo que convertirme en la mamá de ese angelito que no tiene culpa alguna.

—Madre mía, teniéndote como amiga tengo los chismes asegurados y horas y horas de conversación... ¿Y qué vas a hacer? —Doy un gran suspiro.

—Ésa es la pregunta que llevo haciéndome desde que me enteré de la noticia. Tengo un dilema y no sé qué debo hacer. Me da miedo no dar la talla y no saber cuidar bien a ese pequeño ser llamado Pablo. El pobre se ha quedado huérfano y necesita a su madre, pero desgraciadamente su mamá nunca más podrá abrazarle, ni besarle, ni decirle lo mucho que le quiere... Y creo que ese papel debo interpretarlo yo hasta que en vez de interpretar lo sienta realmente y me nazca un sentimiento de amor y devoción hacia él.

—Simplemente por todas las cosas que me estás diciendo ya demuestras lo madraza que eres. Seguro que lo harás genial y os irá todo perfectamente. No tengas miedo ni estés asustada. Si resulta que ese niño es hijo de Leiva, acógelo como si lo hubieras parido tú y dale todo el amor y cariño que su verdadera madre no va a poder darle nunca más. Seguro que ella cuidará de vosotros y será vuestro ángel de la guarda para que no le suceda nada a su pequeñín.

Justo en ese momento siento frío y mi piel se eriza. Un escalofrío recorre mi cuerpo y siento que alguien está junto a mí. Miro a mi alrededor para comprobar que estoy sola en mi habitación y lógicamente no hay nadie más que yo. Noto cierto dolor de cabeza y cierro los ojos mientras sigo hablando con mi amigo.

—¿Y qué es eso de la boda? —me dice con cierto cachondeo. Se lo cuento y alucina con las cosas tan bonitas que le explico, y yo al escucharme a mí misma, reafirmo mis sentimientos hacia Leiva y me doy cuenta de lo tremendamente enamorada que estoy de él. No quiero dejarle escapar y si

ahora en vez de dos seremos tres, pues bienvenido sea el nuevo miembro de nuestra nueva y prematura familia.

—Ay, mi hijita, qué voy a hacer contigo... Me siento orgulloso de lo que me acabas de decir y te digo que tienes mi apoyo absoluto. Contad conmigo para lo que os haga falta y te aviso que se me dan muy bien los bebés. Tengo una buenísima relación con mis sobrinos y he ayudado mucho a mi hermana con la crianza y la educación de sus pequeños herederos.

—Toda ayuda será poca —comento dando un suspiro—. Jamás he dado un biberón ni he cambiado un pañal... Y ahora resulta que muy posiblemente tendré que cuidar de una criaturita casi que recién nacida... Es de locos. Aunque he de decir que cada vez lo tengo más digerido y estoy mucho más mentalizada.

—Ésa es mi chica. Cuando necesites hablar o quedar conmigo, ya sabes que me tienes a tu entera disposición. Los amigos estamos para los buenos momentos y para los no tan buenos, ¿entendido? Llámame cada vez que te haga falta o simplemente necesites hablar con alguien. Y si requieres de mis servicios, ya sean sexuales o de servicio de *canguraje* con el bebé —me dice riendo—, aquí me tienes, ¿sí?

—Muchísimas gracias, cariñito. Eres un buen amigo y me lo demuestras con tus bonitas palabras y tus buenos gestos. Gracias. Yo también te digo que me tienes para lo que te haga falta.

—¿Para lo que me haga falta? —me dice con una voz puramente lasciva.

—Qué sinvergüenza estás hecho —respondo con una risita en los labios.

—Ya sabes lo mucho que me gustas y tienes la suerte o la desgracia de ponerme muchísimo. Ya te dije que llevo una buena temporada que no me fijo demasiado en las mujeres, pero tú eres especial y tienes algo que me llama la atención una barbaridad.

—Me siento afortunada por ello... Me dejaste muy clarito lo buen amante que eres y me considero una privilegiada por despertar en ti una atracción tan fuerte hacia mí.

—Pues sí, la despiertas, y mucho... Y te informo que ahora mismo estás despertando entre mis piernas algo bastante grande, así que voy a dejar de pensar en las cosas que hemos hecho juntos porque esto empieza a doler y no tengo a nadie cerca para que me eche una mano...

—Un uno contra cinco nunca falla —le digo con un toque de maldad en mis palabras.

—Perdona, bonita, pero un servidor dispone de muy buenos amigos que siempre están dispuestos a darme un poquito de amor. Así que, si no tienes nada más que contarme y no necesitas más de mis atenciones telefónicas, te iré dejando para quedar con alguno de ellos y pasar una noche de lo más satisfactoria. ¿Y tú? ¿Cómo vas a terminar tu día? —Doy un suspiro antes de responder.

—Dejando el teléfono en la mesita de noche, dándome la vuelta mientras busco una posición cómoda y deseando dormirme lo más rápido posible para no pensar en nada más.

—Vaya... Me quedo con mi noche... ¿Y Leiva dónde está?

—En su casa. Desde que me enteré de lo del bebé que me he alejado de él porque necesito pensar con libertad y poder ordenar mis contradictorios pensamientos. Quise poner un poco de tierra de por medio y me vine a casa con mis amigas Dafne y Aitana.

—Bien hecho. Es un tema muy delicado e importante y merece tu máxima atención para que puedas decidir por ti sola, pero imagino que él tampoco debe de estar pasándolo demasiado bien y seguramente necesite tener a su mujer cerca dándole su apoyo y su cariño, ¿no crees?

Sus palabras me nublan un poco la mente y me desarman por momentos. También para él habrá sido una noticia inesperada y debe de estar hecho polvo. Además, mañana en teoría le darán el resultado y sabrá si es su hijo o no. Debe de estar como un flan, y encima sin tener mi apoyo. Pobre... Si es que en menudos fregados se mete y de rebote me mete a mí.

—Bueno, guapo, te dejo tranquilo para que puedas disfrutar de tu noche

loca repleta de vicio y desenfreno.

—Cómo me conoces... Descansa y ya me irás contando cómo avanza el tema.

—Muchas gracias. Pásalo genial.

—Lo haré. Hasta pronto.

—Hasta muy pronto.

Doy un gran suspiro y envío un mensaje a Leiva.

Buenas noches. Deseo que no lo estés pasando demasiado mal y siento si antes he sido demasiado dura. Me está costando bastante digerir los nuevos acontecimientos, pero voy progresando adecuadamente. Mañana cuando te den el resultado me gustaría que me lo dijeras, así que, por favor, házmelo saber. Un abrazo.

Dejo el teléfono en la mesita de noche, enciendo el televisor y, sin darme cuenta, me quedo dormida plácidamente.

Capítulo 12

Me despierto y miro la hora, son las diez de la mañana. Hoy tengo fiesta porque es día de descanso. Dafne y Aitana también tienen fiesta, pero me apetece ir a comer con mis padres, además, hoy están sin niños porque es domingo.

Mis progenitores son mi hogar y junto a ellos me siento la niña pequeña que un día fui y con los que no debo preocuparme por nada. Siempre han estado a mi lado cuando me ha hecho falta y no me han fallado jamás.

Salgo a correr un rato para hacer algo de deporte y sudar un poco de mala hostia. La señora de rojo aún no se ha ido y sigue dando guerra, aunque ya le quedan los últimos coletazos.

Me gusta correr porque la sensación de libertad que se siente es muy buena. Me siento repleta de vida y energía y quiero más. Aumento el ritmo y corro de la misma manera que correría si me estuviera persiguiendo un lobo salvaje que no ha comido en una semana.

Me doy una ducha, me acicalo y me meto en el coche en dirección a casa de mis padres. Me reciben con los brazos abiertos y me alegro al ver que mi madre me ha hecho mi comida preferida: migas de pan al estilo casero con trocitos de beicon y chorizo. Me pongo las botas y como hasta no poder más.

Me tumbo en el sofá con la intención de dormir una buena siesta mientras oigo a mis padres hablar entre ellos tranquilamente. Cierro los ojos y el sonido de mi teléfono móvil me saca de mi estado de relajación. Miro la pantalla y veo que Leiva me ha mandado un mensaje.

Tengo el sobre con el resultado. Me tiemblan las manos y no quiero abrirlo sin tenerte a mi lado.

¿Puedes venir a casa, por favor? Te necesito.

Un toque de nerviosismo invade mi ser y le contesto con un escueto mensaje:

Voy.

Me levanto, me despido de mis padres sin contarles nada de lo que sucede y me voy junto a mi chico.

Conduzco hasta llegar a la puerta de la casa donde tan buenos momentos he vivido. Respiro hondo y abro con mis llaves. Al entrar, veo a Leiva sentado en su sillón. Está en silencio mirando fijamente el sobre que tiene entre sus dedos. Levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran. En ellos se puede ver el amor que sentimos el uno por el otro, pero también es evidente que hay un distanciamiento entre nosotros.

Cierro la puerta y camino hacia él. Ambos estamos serios y no decimos nada. En ocasiones sobran las palabras y soy de las que piensa que no hay que romper el silencio si no es para mejorarlo. Y ahora mismo no tengo nada que decir.

De sus labios sale un «¿preparada?», y yo afirmo con la cabeza. Me quedo de pie en medio del comedor observando cómo rompe el papel del sobre para poder leer el contenido de la carta que hay en su interior.

El corazón se me va a salir por la boca y me sudan las manos. Tengo los brazos cruzados y miro atentamente la reacción de Leiva mientras lee. Sin decir nada estira el brazo pasándome el papel para que lea el resultado y lo leo lo más rápido que puedo, hasta que veo que pone que Leiva es el padre del bebé.

Lleno mis pulmones de aire fresco intentando oxigenar al máximo a mi pobre cerebro, que debe dar una respuesta inmediata para saber cómo debo actuar.

—Lo siento —me dice Leiva cerrando los ojos y dejándose caer apoyando su espalda en el respaldo del sillón. Se le ve abatido con unas generosas y

oscuras ojeras.

»Entenderé que no quieras estar conmigo y me dejes. No quieres ser madre, o al menos ahora. Y llegado el momento querrás engendrar a tus propios hijos, así que comprendo perfectamente que no quieras cargar con esta responsabilidad y te alejes de mí. Lo entiendo y no te culpo. Espero que no me guardes demasiado rencor y que sepas que, pese a todo lo que ha sucedido entre nosotros, te quiero muchísimo.

Estoy paralizada e inmóvil y no sé qué decir ni qué hacer. Él lo sabe, me conoce bien.

—Va, vete a casa y pasadlo genial en el concierto de vuestros amigos. No sufras por mí, me las apañaré bien e intentaré hacerlo lo mejor que pueda. Mis padres me ayudarán con el pequeño y entre todos conseguiremos sacarlo adelante. No te preocupes y vete ahora que aún tengo la entereza suficiente para despedirme de ti, manteniendo la máxima dignidad posible y sin darte demasiada pena rogándote que no te vayas y te alejes de mí.

Él me conoce mucho, pero yo también le conozco bien y sé que se está haciendo el duro tragándose las lágrimas y las ganas de pedirme que me quede a su lado. Está aterrado y siente pavor ante la situación que se le viene encima y que él solo va a afrontar. Se lo veo en la cara y está literalmente acojonado.

—Pablo necesita una madre. A su padre ya lo tiene, eres tú, y si me das un poco de tiempo seguramente me convierta en lo más parecido a una figura materna para esa criatura.

A Leiva se le ilumina la cara y corre hacia mí. Me da un abrazo cargado de sentimiento y noto que su pulso va a mil por hora.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero? —me dice con los ojos llenitos de amor mirándome con ternura.

—¿Y yo tengo que decirte que hagas el favor de besarme?

—Será un auténtico placer —comenta acercando sus labios a los míos dándome el más dulce de los besos. Sus labios arden y me queman. Sus manos recorren mi espalda y el temblor de su cuerpo me hace saber lo mucho que

siente cuando me tiene entre sus brazos, sabiendo que nos pertenecemos y que nos queremos con locura.

—Gracias, mi amor. Ya verás que todo saldrá perfecto y juntos formaremos una bonita familia. Te quiero, vida; no lo olvides jamás —me dice tan emocionado que hasta se le entrecortan las palabras.

—Estoy muertecita de miedo, que lo sepas, pero juntos podremos con esto y conseguiremos que Pablo se críe en un buen ambiente con unos padres que le querrán y sentirán devoción por él. Te quiero. —No puedo decir nada más y rompo a llorar al sentirme tan entregada a él y a la situación que se nos viene encima. Es tanto lo que siento por Leiva... Además, en los últimos días he pasado mucho estrés y ansiedad y necesito sacarlo. Ambos lloramos mientras seguimos abrazados. Sienta bien llorar cuando estás en los brazos de la persona que consigue alterarte el pulso.

Un chispazo salta entre nosotros y en pocos segundos estamos tumbados en el sofá dándonos toneladas de placer. Quiero a Leiva, no puedo remediarlo y tengo la certeza de que mi presente y mi futuro es estar junto a él.

A media tarde le llama la mujer de Servicios Sociales que vino a casa y hablan durante un buen rato. Escucho lo que va diciendo Leiva y deduzco que han quedado para verse por la mañana. Se despiden y cuelga.

—Mañana podemos ir a buscar a Pablo. La amiga de Eva quiere pasar hoy la última noche junto a él para poder despedirse —me dice.

—Perfecto. Tendríamos que ir de compras para acondicionar nuestro hogar y nuestros coches, ¿no crees? No tenemos de nada y nos quedan unas horas.

—Cierto. ¿Vamos? —comenta sonriendo con cara de preocupación. Salimos de casa y nos dirigimos al centro comercial que tenemos más cerca. Allí arrasamos y nos llevamos de todo: que si el carro de paseo, dos sillas para nuestros coches, la cuna, el cambiador, la bañera, pañales, biberones, chupetes, baberos, ropa, sábanas, jabón, crema del cuerpo... En definitiva, unos mil millones de cosas... En mi vida me habría imaginado que una personita tan pequeña necesitara tantísimas cosas. La tarjeta de crédito de

Leiva está que echa humo. Por el momento se ha querido hacer cargo él de todos los gastos y no me deja pagar nada. Sólo me ha dejado comprar un marco de fotos muy bonito que he visto y que me ha encantado. Dice que soy la encargada de comprarlo y de poner la foto más bonita que jamás se ha hecho. Seguramente será una imagen en la que salgamos los tres... Siento ganas e intriga por conocer al pequeñín.

La pena y la tristeza que sentía se están convirtiendo en alegría e ilusión. Ya no me siento una desgraciada, ni me veo entre la espada y la pared. Ir de compras me anima y admito que recorrer las diferentes tiendas infantiles mirando y escogiendo las cosas que más nos gusta para que nuestro inminente hijo las utilice, me llena de positivismo. Al ver la ropa tan pequeña que en tan sólo unas horas Pablo lucirá entre nuestros brazos me entra una ternura que hasta la fecha no había sentido jamás. Es todo tan bonito...

Estoy pletórica, entrando y saliendo de las tiendas tachando de la lista cada cosa que ya hemos comprado. A Leiva se le ve igual de contento que a mí y deduzco que verme así de entregada le debe dar un subidón de alegría.

Vamos cargados como burros y metemos las cosas en el coche como buenamente podemos. Los bultos más grandes nos los llevarán mañana a primera hora.

Al llegar a casa, estoy cansada pero feliz. Mi marido me mira embobado.

—¿Sucede algo? —pregunto sonriendo.

—Jamás dejarás de sorprenderme. Soy el hombre más afortunado del mundo entero por tenerte a mi lado. Lo que has hecho hoy dice mucho de ti y una vez más me has demostrado lo muchísimo que me quieres.

—Exacto. No lo olvides nunca. Por cierto, tú tampoco dejas de sorprenderme... Y no siempre para bien —comento poniendo los ojos en blanco mientras me doy la vuelta para ir a la cocina. Sus fuertes brazos me agarran con fuerza y me abraza dejando su cuerpo completamente pegado al mío. Sé que para él yo soy su hogar, y la paz que le doy es infinita.

Nos quedamos abrazados unos minutos hasta que sus palabras rompen el

silencio.

—¿No tenías esta noche un concierto?

—Sí, pero no me apetece ir.

—¿Por qué?

—Porque prefiero estar aquí contigo. Mañana será el gran día y quiero estar descansada.

—Te propongo un trato —me dice con su tan arrebatadora y sexy sonrisa que a mí me vuelve loca.

—Esta es nuestra última noche siendo dos. Salgamos un rato para celebrarlo y si quieres podemos ir juntos al concierto. Nos vamos a dormir a una hora prudente y mañana, tras una buena ducha, estaremos frescos como lechugas. ¿Te parece bien?

—Me has ganado con ese convincente discurso tuyo. Voy a decírselo a las chicas.

Leiva me da uno de sus besos que me dejan sin respiración debido a lo mucho que me hace sentir y, a la que recupero el buen juicio, envío un mensaje a mis chicas diciendo que nos vemos en la puerta del local donde se celebra el concierto.

No tenemos mucho tiempo, ya que con tanta compra se nos ha hecho tarde. Nos duchamos, nos arreglamos y salimos corriendo. Odio llegar tarde y no me gusta hacer esperar a nadie.

Aparcamos en un parking que hay cerca del local y veo a mis amigas y a César, que también salen de su coche.

—Hola guapos —digo con la mejor de mis sonrisas. Ellos me miran y también sonríen al verme tan feliz junto a mi hombre.

—Hola —me dice Dafne con un tonito guasón.

—Yo sé de una que ha pasado una tarde de lo más satisfactoria, ¿no creéis?
—comenta Aitana igual de graciosa. César sonrío, pero no dice nada, me da dos besos y le choca la mano a mi marido. Mis amigas me miran atentamente

como si me hicieran un escáner para averiguar qué es lo que me hace estar tan contenta.

—¿Todo bien, *princess*? —pregunta Dafne.

—De maravilla. Mañana seremos uno más y hay que celebrarlo. Acepto a Pablo como hijo nuestro y esta tarde hemos comprado un montón de cosas para el bebé. He disfrutado tanto...

—Diría que te veo ilusionada, ¿me equivoco? —dice Aitana.

—Ahora ya sí. Ese niño necesita un hogar y una familia y nosotros se lo vamos a dar.

—Me alegro de lo que nos acabas de decir, no sabes cuánto. Pues venga, vayamos a pasarlo genial y mañana Dios dirá —nos dice Dafne cogiéndonos a cada una del brazo dándonos un beso en la mejilla. Sonríe ante ese gesto tan bonito y me siento tremendamente feliz al tener a mi alrededor a tanta gente que me quiere y se preocupa por mí.

Empieza el concierto y admito que los chicos lo hacen muy bien. Está visto que todo lo hacen estupendamente...

Su música suena al Caribe y el cuerpo se nos mueve sin poderlo remediar. Bailo con Leiva y ambos nos movemos bastante bien. No nos sabemos muchos pasos, pero nos sale un baile muy sensual que nos pone juguetones.

El cantante, mi ligue, nos mira desde el escenario y me guiña un ojo. Al terminar la canción el muy sinvergüenza dice, micrófono en mano:

—¡Buenas noches, Barcelona! Qué calorcito más rico se siente bailando nuestra música, ¿verdad? —El público ríe y él continúa—. La próxima canción se la dedicamos a tres espléndidas mujeres que conocimos hace un tiempo y que jamás podremos olvidar. Ellas están hoy aquí y pido un fuerte aplauso para las azafatas más guapas y simpáticas que recorren a diario nuestro cielo. Un besazo para Gala, Dafne y Aitana, bonitas por fuera y aún más bellas por dentro.

Siento cierto rubor en las mejillas, pero sonrío como una tonta mirando a mis amigas, que están igual que yo. A César y a Leiva no sé si les ha hecho

mucha gracia, pero es lo que hay. Ya sabían dónde venían.

El resto del concierto seguimos bailando y al terminar los chicos bajan del escenario para saludarnos. Tomamos algo juntos, pero finalmente no quedamos para ir con ellos a los mejores locales de la ciudad; bastante esfuerzo han hecho ya nuestras parejas sin ponerse demasiado celosos ni mostrarse excesivamente estúpidos ante ellos. No hay que forzar las cosas y una retirada a tiempo puede evitar muchos problemas.

Además, no me apetece irme a dormir a las tantas, estoy nerviosa por lo que sucederá en unas horas y quiero descansar bien.

Al llegar a casa me quito la ropa, me recojo la melena y me meto en la ducha para darme un agua y quitarme los restos de sudor al haber bailado tantísimo. Me lo he pasado genial y me ha ido de maravilla pasar un rato tan divertido junto a mis amigas y, en especial, junto a Leiva.

Mientras me enjabono noto sus manos en mis glúteos y ya poco puedo hacer... Me doy la vuelta y le beso tal y como a ambos nos gusta besarnos. Nuestras lenguas se saludan y nuestros cuerpos se alegran de estar uno frente al otro. La excitación se respira en el ambiente y nos dejamos llevar...

Tras un duro asalto repleto de buen sexo de lo más intenso y agotador, decidimos meternos en la cama e intentar dormir unas cuantas horas. Mi marido me abraza y, acercando su boca a mi oído, me dice con su dulce voz:

—Búscame en tus sueños y concédeme el honor de velar tu sonrisa, aunque sólo sea hasta el amanecer, para volver a desear tener ese privilegio la noche siguiente...

Me doy la vuelta para mirarle a los ojos y en ellos veo un brillo especial. Me arriesgaría a decir que está completamente enamorado de mí.

—Me encanta cuando me dices estas cosas tan bonitas —le digo con una sonrisa boba.

—Y a mí me encantas tú. Te quiero, mi niña.

—Te quiero, mi amor. Buenas noches.

Nos volvemos a poner en nuestra posición de dormir hasta que un dulce

sueñecito invade nuestro ser.

Capítulo 13

Suena el despertador, son las nueve de la mañana. En teoría, en una hora nos traen las cosas que compramos ayer.

Pongo una lavadora con toda la ropita del bebé y al terminar la meto en la secadora para que esté seca lo antes posible.

Leiva está en la que muy pronto será la habitación de Pablo con los montadores de la tienda dejando terminada la alcoba. Está quedando preciosa y me emociono al verla. Pego en la pared unos cuantos vinilos que compramos y admito que queda genial.

Cuando termina la secadora, me pongo a planchar. Ahora entiendo cuando algunas madres dicen que días antes de la llegada de su bebé sufrieron el síndrome del nido y les dio por hacer todo lo que aún no habían hecho sin descanso alguno. Y yo, la verdad sea dicha, mucho margen de reacción no he tenido, ya que supe que Pablo es hijo de Leiva hace menos de un día y ya hoy se viene a vivir con nosotros...

Se me ocurre una idea para sorprender a mi marido y ejecuto mi plan sin problema alguno.

—Cariño, voy un momento al mercado para comprar un poco de fruta —le digo dándole un beso mientras él termina de apretar unos tornillos.

—Perfecto, no tardes mucho que en poco más de una hora tendremos aquí a Pablo.

—No te preocupes, en un ratito estoy aquí.

Salgo de casa, me meto en mi coche y conduzco hasta salir a las afueras de la urbanización donde vivimos. Aparco y marco el número de teléfono que sale en la tarjeta que nos dio Maribel, la señora de Servicios Sociales. Le

pido si puedo acompañarla a casa de Pablo para conocer sus raíces y poder contárselo cuando sea mayor y le parece buena idea. Quiero y necesito involucrarme al máximo y he de hacerlo desde el momento cero.

Sonríó al imaginar la cara que va a poner Leiva cuando me vea llegar a casa con el bebé entre mis brazos...

Llego a la dirección que me ha facilitado Maribel y aparco junto a un coche blanco. Ella sale del vehículo y sonrío al verme.

—Hola, encantada de volverla a ver —me dice dándome la mano.

—Lo mismo digo. Qué nerviosa estoy. Leiva se va a poner muy contento cuando nos vea llegar. El pobre está preparando la habitación de Pablo y la está dejando preciosa. Ayer estuvimos toda la tarde de compras para que no nos falte de nada.

—Me alegro muchísimo de oír lo que me está diciendo. He de decir que no todo el mundo actuaría de la misma manera que lo han hecho ustedes, y si me permite darle mi opinión, tiene mucho mérito que usted quiera hacerse cargo de ese bebé.

—Las cosas vienen como vienen, y Pablo no tiene culpa alguna. Bastante desgracia lleva ya encima al no poder criarse con su verdadera madre. Me da mucha penita y si puedo suplir el papel de una madre, encantada de la vida lo haré, pese a que aún no quería convertirme en mamá... —comento sonriendo.

—Seguro que lo hará estupendamente. ¿Subimos?

—Sí —respondo con la garganta seca debido a los nervios del momento. Doy un trago de la botella de agua que llevo en el bolso y camino tras ella. Llamo al interfono y una voz le dice que subamos.

Al llegar al segundo piso veo que una de las puertas se abre y una chica joven nos saluda. Tiene en brazos a Pablo y le besa con ternura en la frente. Trago saliva y me acerco lentamente. Maribel rompe el hielo contándole algo de lo que previamente habían hablado y yo clavo mis ojos en los del pequeño. Los tiene oscuros y grandes y tiene una expresión supersimpática. Le doy dos besos a la chica y acerco mis labios a la frente del pequeño.

—Qué bonito es —comento con los ojos inundados en lágrimas. Jamás habría imaginado que viviría un momento como éste. Estoy emocionada y tengo los sentimientos a flor de piel.

—¿Quieres cogerlo? —me pregunta la chica.

—Me encantaría. —Ella le da un beso en la mejilla y me lo da, también con lágrimas en los ojos.

—Ella es Gala, la pareja del papá de Pablo. Ha iniciado los trámites para la adopción del pequeñín —le dice Maribel.

—Encantada. Soy Marga, la amiga de Eva —comenta con pena.

—Siento muchísimo lo de tu amiga. Te acompaño en el sentimiento —le digo mostrando mi empatía.

—Ha sido una desgracia muy grande. Estamos rotos de dolor. Y más sabiendo que deja huérfano a un niño tan pequeño —nos dice sin poder decir nada más debido al llanto, que le rompe la voz. Yo estoy de un sensiblón impresionante y me pongo a llorar también. Maribel nos da un pañuelo de papel a cada una y Marga nos invita a pasar al interior del que hasta hace poco fue el hogar de Eva y de su hijo. Tiene varias maletas preparadas en el recibidor y la pobre no puede dejar de mirar al bebé que se ha quedado plácidamente dormido entre mis brazos.

—Le quiero tanto... Le echaré mucho de menos —nos dice con un gran pesar.

—Puedes venir a visitarle tantas veces como quieras, apunta la dirección de la casa donde vivimos y también mi número de teléfono. Por lo que veo eres de las pocas personas que podrá explicarle cuando sea mayor cómo era su auténtica madre y lo mucho que le quería, así que, por favor, no rompas el vínculo con él. Y más con lo bien que te has portado cuidándole desde que falleció su mamá.

Miro a nuestro alrededor y veo varias fotos de Eva y del pequeño. Me acerco y las miro.

—Qué guapa era —comento aguantando las ganas que tengo de seguir

llorando.

—Sí. Y también era una buenísima persona que sentía un amor infinito por su hijo al que amaba más que a su propia vida. Ha sido una gran pérdida — nos dice secándose las lágrimas.

—¿Te importa que me lleve varias de las fotos que hay en la casa? Algún día se las enseñaré a Pablo, para que así las tenga junto a él.

—Claro, faltaría más. En su cuarto hay de muy bonitas, son de cuando nació.

Caminamos hacia la habitación del peque. Me encanta cómo está decorada. Tal y como ha dicho Marga las fotos son preciosas y metemos los marcos en una de las maletas.

—Puedes llevarte lo que quieras —me dice mirando la bonita estancia.

—Con las fotos es suficiente. Muchísimas gracias por todo.

Salimos del piso y bajamos en silencio. Creo que tanto Maribel como yo sentimos mucha pena.

Llegamos a su coche y tumbamos al peque en la sillita. Ella es la encargada y la responsable del bebé hasta dejarlo en su nuevo hogar. Yo por el momento sólo la estoy acompañando.

—Le sigo —me dice.

—Perfecto, pero cuando lleguemos a nuestra urbanización dejaré estacionado mi vehículo y me iré a casa con usted, así podremos finalizar el plan tal y como he pensado. ¿Le parece bien? —Ella sonrío.

—No hay ningún problema.

—¿Puede llamar a mi marido para decirle que ya está de camino con el niño?

Escucho la voz de Leiva cuando le dice que le espera en casa. Cuelga y al momento suena mi teléfono.

—Dime, mi amor.

—¿Dónde estás?

—En el mercado, ¿por?

—Me acaba de llamar la señora de Servicios Sociales diciendo que Pablo y ella ya están de camino. ¡Ven volando! —me dice un tanto histérico.

—Vale, pago y voy. En unos minutos estoy allí.

—Gracias, vida.

Cuelgo y vuelvo a sonreír. Maribel hace lo mismo y nos aseguramos de que Pablo está bien sujeto.

—Conduzca con cuidado —le digo un tanto nerviosa y preocupada por la seguridad de mi niño.

—Lo haré —responde guiñándome un ojo con complicidad.

Cuando estamos a dos calles de casa, estaciono y me subo a su coche mientras llamo a Leiva. Veo que el peque se ha quedado dormido.

—Cariño, lo siento mucho pero no sé si me va a dar tiempo a llegar. Ha habido un accidente y estamos parados esperando a que la policía y los bomberos retiren los vehículos.

—No me digas eso... No sé cuándo van a llegar y quiero que estés cuando Pablo venga a casa.

—Ya lo sé, mi amor, pero no depende de mí. Lo siento mucho, llegaré lo antes posible.

—Jo, qué mala pata. Intenta llegar prontito, cariño.

—A ver si podemos volver a circular en pocos minutos.

—Te aviso si llegan.

—De ser así disfruta del peque en mi ausencia.

—No quiero que eso suceda... Te necesito a mi lado y estamos juntos en esto... No tardes, por favor, que estoy que me va a dar algo —me dice dando un gran suspiro.

—¿Habéis terminado la habitación?

—Sí, ha quedado preciosa.

—Qué ganas tengo de verla. En un ratito estoy allí, que parece que esto empieza a moverse.

—Eso espero. Ten cuidado, vida.

—Te quiero, cariño.

—Te quiero, mi amor —colgamos y vuelvo a sonreír.

Maribel le llama para decirle que ya está llegando y el pobre creo que está al borde del infarto.

Vuelve a sonar mi teléfono. Es él.

—Dime, cariño.

—¡Ya están aquí! ¡Dime que estás aparcando en casa!

—Lo siento vida, pero aún me quedan unos diez minutos.

—Joder, maldito el momento en que se te ha ocurrido ir a comprar al mercado. No tardes, va, que quiero que estés aquí y vivas el momento de la llegada de nuestro hijo.

—Ya mismo me tienes ahí —le digo al ver nuestra casa a lo lejos. Cuelgo y veo que sale a la calle. Angelito, debe de estar igual que un niño en su primer día de clase. Maribel se acerca lentamente y al llevar los cristales traseros tintados no se me ve desde fuera. Aparca y sale del coche.

—Hola —le dice Leiva saludando con la mano mientras camina ansioso hacia el vehículo.

—Ha hecho un viaje buenísimo y se ha quedado dormido. ¿Está preparado para conocer a su hijo?

—Jamás he estado más preparado —responde él con la cara tensa pero mostrando una nerviosa sonrisa. Cojo al peque y, al abrir la puerta, salgo con la mejor de mis sonrisas mientras observo la reacción del hombre que me tiene completamente robado el corazón. Al verme le cambia la expresión y parece que no entiende nada.

—Pero ¿qué haces en el coche con ellos? ¿No estabas en un accidente?

—No, cariño, hemos querido darte una sorpresa y quería hacerte ver lo comprometida que estoy con vosotros dos, mi familia —le digo volviendo a sentir los ojos húmedos. Él se acerca lentamente observando la bonita estampa que tiene ante él.

—¿Te he dicho alguna vez que eres la hostia? —me dice sonriendo estando

bastante más relajado.

—Te presento a nuestro hijo, el bebé más bonito que he visto en la vida.

Leiva mira a la criaturita que sostengo entre mis brazos y se derrumba al verle la carita. Lloro igual que un niño y le besa con una ternura impropia de alguien que acaba de conocer a otra persona.

—Hola, Pablo; soy papá —le dice abrazándole mientras también me abraza a mí.

Es un momento muy emotivo y yo tampoco puedo reprimir las lágrimas. Nos besamos con nuestro hijo en brazos y veo que Maribel está fotografiando el momento.

—Bienvenido a casa, mi amor. Espero dar la talla y convertirme en el mejor padre del mundo entero.

—Ten por seguro que lo serás —le digo dándole un beso en los labios dejándole coger por primera vez a su hijo.

Los dos miramos embelesados a la criaturita que seguro que llenará nuestras vidas de amor y dulzura.

—¿No te parece precioso? —me dice con un amor totalmente paternal.

—No me lo parece, lo es —respondo tajantemente.

Entramos en nuestro hogar y Maribel observa los cambios que hemos hecho. Le enseñamos la habitación de Pablo y nos da su aprobación. Debe asegurarse de que el bebé está en buenas manos y lo mira todo con detenimiento.

Vamos al comedor y saca de su maletín varios papeles para que Leiva los firme. Me siento en el sofá con el niño en brazos y no puedo dejar de mirarle. Es un momento hipnótico...

Al despedirnos de Maribel, Leiva saca las maletas del coche y las trae para casa. Ella envía a nuestros teléfonos las fotos para que dispongamos de las bonitas imágenes. Le decimos adiós con la mano y cerramos la puerta de nuestro hogar.

Nos miramos y sonreímos al ver en el fregado que nos hemos metido, pero

sabiendo que ahora mismo somos inmensamente felices.

Observo nuestro reflejo en el espejo que hay en el recibidor y me gusta lo que veo. Una vez más, mis ojos se humedecen y Leiva se da cuenta. Me abraza y me besa por toda la cara.

—Gracias, gracias y mil gracias. Jamás podré expresarte con palabras lo agradecido, orgulloso, feliz e ilusionado que estoy. Eres la mujer que necesito a mi lado y sé que seremos tremendamente felices. Es tan grande lo que siento por ti... Te amo —me dice mirándome con un cariño que crece por momentos. Doy un gran suspiro y, sin poder decir nada, debido al nudo que tengo en la garganta, le beso notando cómo se destensa mi cuerpo.

—Y que sepas que me vengaré por lo mal que me lo has hecho pasar diciéndome que no llegarías a tiempo —me dice sonriendo dándome un cachete en el trasero.

—Humm, suena bien... ¿Y se puede saber cuál será mi castigo?

—Piensa muy mal y acertarás.

Los dos sonreímos. Se nota que estamos felices y contentos.

—Voy a llamar al trabajo para que me den los días de permiso por paternidad —me dice con el teléfono en la mano.

—Sí, yo también voy a llamar para coger unos días, aunque sean de las vacaciones de verano.

—Cuando finalice el proceso de la adopción también te corresponderán días de permiso —me dice con una sonrisita—. Y a la que el niño sea un poquito más grande, ten por seguro que tú y yo nos casaremos por todo lo alto para que todos sepan lo mucho que nos queremos y lo felices que somos. Tú vestida de blanco, yo con mi traje de chaqueta y nuestro niño llevando los anillos al altar... ¡Qué bonito! Y te aviso que en unos años le quiero dar un hermanito o hermanita a Pablo, que no quiero que se sienta solo...

Sonríó al ver lo entregado y dispuesto que está mi ya marido y las ganas que tiene de formar una familia conmigo.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos, tiempo al tiempo. Primero viene

el uno, luego el dos y después el tres.

—Y muchos más números que vendrán, tenemos una vida entera para seguir contando juntos. —Me abraza y me besa. Le da un besito en la frente al pequeñín y empieza a hablar por teléfono con alguien de su trabajo.

El momento baño es superdivertido. Nos hemos querido meter los tres en la bañera y no podemos parar de reír al ver las caras que Pablo va haciendo al notar el agua recorrer su cuerpo. Hoy queremos pasar el día solos, sin visitas ni nada que interrumpa nuestro momento tan especial. Mañana lo iremos diciendo a nuestros familiares y conocidos y en unos días haremos una fiesta en casa junto a nuestros seres queridos para darle la bienvenida.

La primera noche es mejor de lo que me imaginaba y sólo nos despertamos en dos ocasiones para darle el biberón y cambiarle el pañal.

A la mañana siguiente decidimos llevarle a nuestro centro de salud para que le visiten y le hagan su ficha.

Leiva quiere ir detrás con él y me toca conducir a mí. Menuda responsabilidad tengo, me siento como se debe sentir un conductor de autocar cuando va cargado de niños pequeños que van a alguna excursión escolar. Pongo mis cinco sentidos y conduzco igual que si me estuviera sacando el carnet de conducir, intentando no cometer ningún fallo.

La doctora que nos ha sido asignada es un encanto de mujer y trata al peque como si fuera suyo. Nos dice que está perfecto y que se le ve un niño muy sano.

Le hemos explicado la situación y nos ha dado su apoyo diciendo que contemos con ella para lo que necesitemos. Se agradece un poco de ayuda, pues ambos estamos bastante perdidos en lo que a temas de bebés se refiere.

Mis padres y mis suegros vienen a casa para conocer a su nieto y se emocionan al verle. Se han convertido en abuelos en un tiempo récord, pero admito que lo han entendido fabulosamente bien.

Es el primer nieto para mis suegros y les ha hecho muchísima ilusión. Mis padres ya tienen un poquito de experiencia en el tema, pero están igual de

ilusionados que sus consuegros.

Hacemos una cena en familia y entre las dos abuelas le bañan.

Qué estampa tan bonita estamos viviendo...

Capítulo 14

Llega el día de la fiesta de bienvenida de Pablo, en la que la mayoría de nuestros familiares y amigos conocerán a nuestro retoño.

Es una merienda y nos han confirmado su asistencia unas sesenta personas. Madre mía, en los fregados que me meto yo solita y hay que ver lo que me gusta una fiesta...

Los invitados van llegando y al ver a Pablo empiezan a decirle unas cosas preciosas que a mí me atraviesan el alma y me dejan con una llorera importante. Parece que realmente haya parido yo y que aún tenga las hormonas muy a flor de piel. Me emociono por todo y ya es un hábito ir con el paquete de pañuelos de papel en el bolsillo del pantalón.

Voy con el niño en brazos y me falta pasillo para pasar debido al orgullo tan grande que siento, que no me cabe en el pecho. Nos hemos convertido en uno y se me hace raro caminar sin llevarle encima.

Empiezo a sentir bastante devoción por él y alucino con lo muchísimo que se puede llegar a sentir por alguien tan pequeño y tan nuevo en mi vida.

Mis amigas Dafne y Aitana se ríen cada vez que me ven haciéndole alguna carantoña y me dicen que quién me ha visto y quién me ve. Lo sé, mi cambio ha sido radical y casi instantáneo, pero tampoco tenía mucha opción, y lo que estaba más que claro era que no iba a dejar a Leiva y a su bebé en la estacada.

La vida cambia y hay que adaptarse a los cambios de la mejor manera posible y, a poder ser, con una sonrisa en la cara.

El pobre va de mano en mano como la falsa moneda. Nos ha salido rumbero y también parece que le gusta bastante la fiesta.

Mira atentamente a la gente que le dice monerías y de tanto en tanto ríe

provocando la risa de los que le estamos mirando. Hoy él es el protagonista y está cumpliendo a la perfección con su papel.

—Tiene tus mismos ojos —me dice Andrés sonriendo al ver cómo se me cae la baba ante mi pequeño.

—Sí, ¿verdad? Y creo que también tiene mis orejas —respondo irónicamente.

—¿Cómo lo llevas? Te veo muy integrada en vuestra nueva familia, ¿no?

—Sí. Me he volcado de pleno y reconozco que lo llevo mucho mejor de lo que me imaginaba. Cuando supe la verdad se me hizo un mundo y necesité tiempo para digerirlo, pero una vez decidí ir a por todas junto a Leiva y Pablo, tomé las riendas de la situación y cambié radicalmente. He de decir que la llegada de este bebé no ha hecho más que darnos alegrías y buenos momentos. Le quiero muchísimo.

—Me alegro de verte tan bien. ¿Ves? Y sin tener que recuperarte del parto con dietas milagrosas y horas de duro ejercicio —me dice consiguiendo sacarme una carcajada—. Todo son ventajas.

—Pues sí, mirándolo así tienes toda la razón.

—Te sienta bien la maternidad, estás radiante y preciosa —comenta dándome un beso en la mejilla—. Y te informo que me estás poniendo ni te imaginas cómo...

Sonríe y se dirige a la barra para beber algo bien fresquito. Me lo quedo mirando con una sonrisa en los labios hasta que veo que se acerca mi querido marido.

—¿Todo bien? —Nos damos un beso y le digo que de maravilla. Han venido nuestros seres queridos y no ha faltado nadie. Estoy feliz como una perdiz y me resulta imposible no transmitir el momento tan dulce que estoy viviendo. Además, mi marido no para de decirme lo mucho que me quiere, de prestarme atención y de acariciarme de una manera un tanto impura cada vez que puede.

Queda claro que está juguetón y que en cuanto acostemos al niño toca

sesión de sexito del bueno.

Sacamos un pastel y Leiva empieza a cortar los trocitos. ¡Está delicioso!

Los invitados van dando sus regalos y admito que le han comprado unas cosas muy bonitas y útiles.

Poco a poco la gente empieza a despedirse y sus palabras me reconfortan muchísimo. Tengo el apoyo de todos ellos y sé que puedo contar con su ayuda llegado el momento.

Finalmente nos quedamos en casa junto a varios amigos, entre ellos Aitana, César, Dafne y Andrés. Hablamos tranquilamente y nos ayudan a recoger un poco.

A las chicas les hace ilusión ayudarme a asear al bebé y nos vamos juntas al baño.

Pablo está cansado y tras beberse un gran biberón se queda dormido en mis brazos. Nuestros amigos se despiden y así nos dejan tranquilitos para poder acostar a nuestro bebé.

La tarde ha sido intensa, pero en vez de sentirme cansada me siento pletórica.

Acuesto al peque dándole un besito en la frente y enciendo el vigilabebés para poder ver en todo momento cómo duerme mi niño.

Voy a la cocina para beber un poco de agua y escucho mi teléfono. Lo miro y es un mensaje de Andrés.

¿Pablo duerme profundamente?

Sonríó al imaginar por dónde va y respondo con un simple «sí». Al momento me llega otro mensaje:

La fiesta para el bebé ha estado muy bien pero ahora es el turno de los adultos... Me apetece muchísimo montarme una pequeña fiestecita privada con vosotros y sé que nos lo podemos pasar muy pero que muy bien. Háblalo con Leiva y me dices algo. Estoy en mi coche.

Automáticamente se me acelera el pulso al leer cuáles son sus intenciones. Le paso el teléfono a mi marido para que lo lea. Veo que se le dibuja una sonrisita y deduzco cuál es su respuesta.

—Cariño, no está bien hacer esperar a nuestros invitados, ¿no crees? Dile que es bienvenido.

Sonrío ante lo que acaba de decir y le digo a Andrés que venga. Admito que me encantó el sexo con él y sé que los tres nos lo podemos pasar de maravilla. Además, tanto Leiva como yo tenemos mucho que quemar... Demasiadas emociones en un espacio de tiempo extremadamente corto, así que una noche loca nos va a sentar de lujo.

Abro la puerta y un guapísimo Andrés camina hacia mí. Este chico es superatractivo y me excito sólo con mirarle...

Pasa al interior de la casa y sin pensárselo demasiado me zampa un beso en los labios. Sin poderlo evitar miro de reojo a mi marido y veo que se acerca a nosotros con tres copas de cristal y una botella de cava.

—Llevaba toda la tarde queriéndola besar... Deduzco que a ti los tíos no te van, ¿no? —le dice a Leiva mientras acepta una de las copas y mira directamente a los ojos del hombre al que quiero cada día más.

—Lo siento, pero no.

—¿Has estado alguna vez con otro hombre? —le pregunta el muy canalla.

—No.

—Entonces no puedes saber si te gusta o no.

—Tampoco he probado la mierda de perro, pero sé que no me gusta —le responde con cierta chulería. Es sabedor de que Andrés siente una gran atracción hacia él y no le va a poner las cosas fáciles... Nuestro invitado le arrebató la botella de cava llenando las tres copas.

—Muros más altos han caído —le replica sonriendo.

—El día de Mikonos, que os empeñasteis en ponerme celoso con vuestros juegucitos amorosos, habría pagado una fortuna por ver lo que sucedía en aquella habitación. Estuve tentado de ir y ver lo que estabais haciendo, pero

no me pareció correcto molestar a Gala, y menos sabiendo lo enfadada y despechada que estaba... Así que hoy podré ser testigo directo de la química que hay entre vosotros dos. Pablo nos dará una tregua de unas cuantas horas así que aprovechémoslas al máximo, ¿no creéis?

Se bebe de un trago el contenido de su copa y se acerca a mí con hambre de sexo. Me besa como si no hubiera un mañana mientras Andrés se va desabrochando la camisa y acercándose a nosotros me agarra la nuca con determinación besándome salvajemente.

Bueno... Menuda nohecita me espera con estos dos sementales... He de dar la talla y no debo quedarme atrás. Acercó mis manos a las entrepiernas de mis chicos y veo que tanto el uno como el otro están más que preparados.

—Creo que esta chica tiene ganas de fiesta —comenta Andrés besando mi cuello mientras va bajando la cremallera de mi vestido.

—Y nosotros se la vamos a dar —responde Leiva quitándome la prenda de vestir dejándome en ropa interior en medio del comedor.

—¿Sabes que hace años que no siento atracción hacia las mujeres? Pero no sé qué tiene esta bella dama que me vuelve completamente loco...

—Te entiendo perfectamente, Gala es mucha Gala y es una mujer extremadamente atractiva, arrebatadoramente sexy y con un potencial sexual difícil de superar por cualquier otra mujer.

—Coincido contigo, amigo mío.

Los dos me van besando, acariciando y desnudando lentamente. Mis manos tampoco están quietas y voy haciendo de las mías. Ambos están con los torsos desnudos y los pantalones desabrochados. Tengo ante mí a dos pedazos de hombres que están deseosos de hacerme el amor mientras me comparten en una noche puramente lasciva. Empiezo a pensar que mi vida da para escribir un libro o incluso dos...

Me tumban en la gruesa alfombra y cada uno me besa y me lame por donde le apetece. Yo me dejo hacer y ahora mismo todo me está bien. Tengo el monitor del vigilabebés en la mesa y si el peque llora lo oiremos sin problema

alguno pese a estar sonando en el equipo de música mis canciones preferidas. Sin mucho volumen, eso sí. Es de buena educación respetar el sueño ajeno.

Estamos los tres muy excitados y sin mediar palabra Leiva me penetra. Veo que Andrés se pone un preservativo y se acerca también. Me besa y me acaricia mientras recibo las embestidas de mi marido.

—Uf, estoy muy excitado y no tardaré demasiado en correrme, mejor me pondré un preservativo y así será más higiénico —comenta Leiva cediéndole el paso a Andrés, que no tarda en penetrarme haciéndome alcanzar mi primer orgasmo transcurridos unos minutos.

Es la primera vez que estoy con dos hombres, pero me está encantando y no descarto volverlo a hacer. Y con Andrés me resulta muy fácil porque tenemos muchísima confianza.

Cuando él también alcanza su merecido orgasmo llega nuevamente el turno de Leiva. Me da la vuelta haciéndome cambiar de posición y me penetra por detrás. Estoy de rodillas en la alfombra y veo cómo Andrés se limpia su miembro en el baño y vuelve hacia el comedor. Me mira y sonrío, le gusta lo que estamos haciendo y se le ve cómodo. Acerca su pene a mi boca y lo introduce lentamente. Lo beso y lo lamo mientras mi marido me hace las maravillas que sabe hacer.

—¿Te gusta cariño? —me pregunta Leiva—. ¿Estás disfrutando?

—Más o menos lo mismo que tú.

No le veo la cara, pero sé que ha sonreído. Noto que acelera el ritmo y su respiración es más rápida. Imagino que le habrá puesto como una moto el verme haciéndole una felación a otro hombre mientras él me hace suya.

Un nuevo orgasmo invade mi ser y se me contrae el cuerpo entero. Menudo placer estoy sintiendo y cómo me está gustando lo que estamos haciendo.

Mi marido también se deja llevar y cae sobre mi curvada espalda. Andrés se pone de rodillas ante mí y me besa con auténtica devoción.

Estamos sedientos y brindamos antes de beber el contenido de nuestras copas. Volvemos a llenarlas y nos las bebemos nuevamente. Me falta el aire y

me dejo caer tumbándome en la alfombra. Ellos se sitúan cerca de mi cuerpo y lo van acariciando sensualmente.

Pasados unos minutos decidimos darnos una ducha los tres juntos y allí vuelve a caldearse el ambiente.

Salimos y nos secamos con poco esmero.

—No sé vosotros, pero yo estoy en la gloria —nos dice Andrés mientras agarra mis pechos y los empieza a besuquear. Leiva se acerca y me besa en los labios.

—Me encanta lo que estamos haciendo —me dice mordisqueando mi boca.

—Y a mí, aunque me sabe mal por Andrés, ya sabes que a él lo que le van son los hombres y no puede hacer nada contigo...

—¿Qué me estás sugiriendo? —me dice mirándome un tanto serio.

—Que podrías concederle el capricho de dejarle que te haga algo, igual que me lo está haciendo a mí.

—Jamás he estado con un hombre y quiero seguir por el mismo camino.

—No te estoy diciendo que te dejes penetrar ni que tú se lo hagas a él, pero ya que estamos viviendo una noche loca, deja que para él sea perfecta, y quién sabe, quizá para ti también —le digo con una voz de lo más provocadora.

—¿Me estás pidiendo que me deje tocar por un tío?

—Puede que me excite verlo...

Andrés va a lo suyo, como si con él no fuera la cosa. Sigue besando mi cuerpo y le guiño un ojo al saber que va a poder probar la esencia de Leiva. Conozco a mi chico y sé que, si le pido algo, él no dudará en concedérmelo.

Tiro de su cuerpo haciendo que se tumbe en la alfombra. El pobre se deja hacer y creo que ya ha tirado la toalla. Me acerco a él como si fuera una leona al acecho de mi víctima y le doy un apasionado beso. Deslizo mis labios por su vientre hasta llegar a su zona pélvica y empiezo a jugar con sus partes nobles. Él cierra los ojos disfrutando del momento.

Andrés se pone un preservativo y se coloca detrás de mi cuerpo, copulándome una vez más.

Leiva observa lo que estamos haciendo y mira nuestro reflejo en un gran espejo que hay delante de donde nos encontramos. La escena es muy pornográfica pero su cara denota aceptación y placer.

Le hago una señal a nuestro amigo y rápidamente sabe por dónde voy. Saca su pene de mi interior, se acerca a mí y me besa. Con la mano sigo dándole placer a mi chico y noto que Andrés acaricia mis dedos y de refilón el pene de Leiva. Él ha vuelto a cerrar los ojos y creo que a estas alturas le da lo mismo quien le toque. Entre los dos vamos jugando con el miembro de mi marido hasta que Andrés acerca su lengua y empieza a jugar con él. He de decir que siento un pinchazo en mi zona más erógena y me excito mucho al ver lo que está sucediendo.

Camino de rodillas hasta poder volver a besar los labios de Leiva y él me devuelve el beso con un ardor indescriptible. Tiene la respiración agitada, hacía tiempo que no le veía tan excitado. Sin pensarlo demasiado coloco mis rodillas a cada lado de su cabeza dejando expuesta mi vagina ante su boca. Sabe muy bien lo que quiero que me haga y no duda en hacerlo.

Ahora soy yo la que miro nuestro reflejo y me pongo cachonda sólo de ver lo que está sucediendo en el comedor de nuestra casa. Los gemidos se oyen cada vez más fuerte y debemos controlarnos para no despertar al bebé, pero el gusto y el placer es tan grande que cuesta conseguirlo...

Andrés no se detiene hasta que consigue su objetivo, que es hacer llegar al clímax a Leiva. Me mira con cara de satisfacción al saber que ha logrado su propósito.

—Yo ya me he corrido, ahora os toca a vosotros mientras miro —nos dice levantándose de la alfombra y sentándose en el sofá para no perderse detalle alguno. Sonríe y beso a mi amigo de fiestas, ahora más que nunca. Me siento sobre su cuerpo y cabalgo dándonos el máximo placer posible. Andrés me ayuda colocando sus fuertes manos en mis glúteos consiguiendo que me mueva más rápido.

Vamos cambiando de postura y veo que mi marido se está masturbando

mientras nos observa. ¡Madre mía, mi vida es de locos!

Finalmente termino siendo poseída por los dos a la vez y ya no puedo más con mi alma. Me dejo llevar soltando un gemido que Leiva ahoga con su boca.

Estamos los tres tumbados recuperando el aliento. Sin duda ha sido el mejor acto sexual que he tenido en toda mi vida.

Miro la hora y veo que no debe faltar demasiado para que Pablo pida su biberón.

Nos damos una ducha rápida para eliminar todo resto de algún fluido o sudor y yo ya me quedo vestida con la bata de estar por casa.

Andrés se despide de nosotros con un «hasta pronto» y me da un último beso en los labios. A Leiva le guiña un ojo y éste suelta una risita repleta de complicidad. Menudo fichaje acabamos de hacer...

Como era de esperar el llanto de nuestro hijo nos hace saber que está despierto y que tiene hambre. Preparo el biberón mientras su padre le cambia el pañal y me siento en el sillón que hemos colocado en la habitación del bebé. Hemos comprado una lámpara que tiene diferentes tonalidades de luz y dejo la más tenue.

No tarda en beberse toda la leche y quedarse nuevamente dormido. Lo dejo en su cuna y me quedo mirándole con detenimiento observando cada milímetro de su bonita cara.

—Eva, donde sea que estés, sé feliz y no te preocupes por tu niño que nosotros cuidaremos de él. Ahora mismo daría mi vida por la suya llegado el momento y le quiero como si hubiera sido yo la que le parí hace tres meses. Vela por nosotros y protégenos del mal. Cuando sea mayor le hablaré de ti y le enseñaré tus fotos para que conozca sus orígenes. Gracias por haber traído al mundo a una personita tan hermosa...

Juro por lo más sagrado que noto una brisa cerca de mi brazo consiguiendo que se me erice la piel de todo el cuerpo. Doy un gran suspiro y me meto en la cama para dormir unas cuantas horas.

Capítulo 15

Los días van pasando y reconozco que no puedo ser más feliz. Por fin todo tiene sentido, y Leiva y yo estamos más unidos que nunca. Ahora sí que le siento cerca y entregado a mí en cuerpo y alma. Nos queremos muchísimo y eso es más que evidente.

Está comprobado que en ocasiones la vida te pone entre las cuerdas mientras vas esquivando, como buenamente puedes, los golpes y los puñetazos que te van dando. Hasta que tomas el control y un chute de adrenalina te hace sentir más fuerte y viva que nunca, dando un paso adelante pudiendo con todo y con todos.

Hay quien dice que debemos enamorarnos de quien nos encuentre en pedazos y nos arme con ternura. De quien no nos cambie, pero día a día nos ayude a mejorar. Porque, aunque seas la mejor versión de ti, nunca serás suficiente para la persona equivocada, sin embargo, aunque durante un tiempo seas tu peor versión, siempre valdrás la pena para la persona correcta...

Ahora mismo tengo todo lo que necesito para ser feliz y no le pido nada más a la vida. Y es que la felicidad no depende de lo que nos falta, sino del buen uso que le demos a lo que tenemos, que seguro que es mucho, en ocasiones más de lo que creemos.

Siempre he sido agradecida y no me considero una persona envidiosa de la felicidad ajena, pues la envidia es aquello que se siembra en el corazón por falta de logros personales... Algunas veces se maquilla de amabilidad, se pone perfume de cortesía y sale a la calle disfrazada de buena voluntad. Es mil veces más terrible que el hambre porque es hambre espiritual, y admito que

me resulta divertido saber que aquellos que me desean lo peor, tienen que soportar que me ocurra lo mejor...

Intento hacer mi vida sin meterme en exceso en la de los demás y si alguien me pide un consejo, con mucho gusto se lo daré, pero si no, boquita cerrada y a lo mío.

Una vez un anciano me dijo que no debemos tirar piedras al tejado del vecino y menos cuando el nuestro es de cristal. Esa frase se me quedó grabada en la mente y jamás he dejado de recordarla. Es importante escuchar las palabras de los más mayores porque nos llevan una vida de ventaja.

He quedado para desayunar con mi prima Samara, la cual me ha dicho que está mal y que necesita hablar conmigo. Nos queremos mucho y siempre estamos la una para la otra.

Voy paseando con el carrito y veo que Pablo se ha quedado dormido. ¡Genial! Así podremos hablar con la calma. Escucho la voz de mi prima al otro lado de la calle y nos saludamos alegremente. Cuando cruza me da un sentido abrazo y mira a mi pequeño con ojitos de amor.

—¡Qué bonito está! Cualquiera día de éstos me lo como a besos —me dice sonriendo pese a que su cara está cansada y unas oscuras ojeras me dan una pista para adivinar que dormir está durmiendo más bien poco.

—Menuda cara traes. ¿Estás bien? —le digo cogiéndole de la barbilla para observar su cansado rostro.

—No, no estoy bien. Mi matrimonio se va a pique y ya poco puedo hacer.

Doy un suspiro y le digo de sentarnos en la terraza de una cafetería que está a pocos metros.

Coloco el carro con el freno echado al lado de mi silla y me siento.

—Cuéntame.

—Matías ya no me quiere y creo que yo tampoco le quiero a él. Nuestro amor se nos ha gastado, no sé si de tanto usarlo, pero la cuestión es que se ha esfumado. Ya no me tiembla el pulso cuando le veo ni tan siquiera sonrío cuando mi mirada coincide con la suya. Y lo peor es que ya me veo durmiendo

sola y casi que ni me duele el vacío que deja en mi casa y en mi corazón. Y yo que declaré la guerra a quien nos separaba y no apostaba por nuestro amor... Qué engañada he vivido todos estos años creyendo que moriría al lado del hombre al que tanto he querido. Pero no, la verdad es que nuestra fecha de caducidad ha llegado y nuestro punto y final también. Esta noche hablaré con él y le pediré el divorcio. Espero que sea de mutuo acuerdo y así será mucho más fácil y económico. Sí, lo tengo decidido.

Escucho atentamente lo que me está contando. Aprendí que es mejor escuchar que hablar, por eso estamos dotados de dos orejas y una boca.

Necesita desahogarse y qué mejor que lo haga conmigo; su prima, su amiga, su confidente...

—¿Estás segura de la decisión que has tomado?

—Sí. Él me lo está poniendo muy fácil. Ya no me mira, ya no me toca, ni tan siquiera me roza cuando estamos en la cama. Y lo más triste es que yo tampoco quiero que lo haga. Ya no necesito sus abrazos, ni sus palabras en mi oído, ni sus gestos bonitos... Se ha convertido en la sombra de lo que un día fue y yo ahora mismo soy el fantasma de lo que un día fui. Se nota tanto cuando alguien ha dejado de quererte... Es tan evidente... Mi madre siempre me ha dicho que no deje ir lo que verdaderamente amo, pero ¿qué pasa si esa persona no quiere permanecer a mi lado? ¿Y si ha dejado de amarme? ¿Cómo se deja ir algo que ni tan siquiera me pertenece? No quiero equivocarme dando un paso en falso. Están mis hijos y no quisiera hacer de sus días un infierno, pero es que ya no me veo al lado del hombre que les vio nacer... No somos felices y eso se nota y se respira en el ambiente de nuestro hogar. Me da miedo que llegue el día en que nuestro amor se convierta en odio y que nuestra corrección dé pie a las malas maneras o incluso a los insultos.

—¿Crees que hay terceras personas en vuestra relación? —Da un suspiro y afirma con la cabeza.

—Sí. No sé si se ha dado cuenta, pero existe un brillo diferente en su mirada y a veces deja huellas de otro aroma en nuestra almohada. Por mucho

que se duche antes de ir a dormir, su piel ya no huele a mí, tiene el perfume de otra hembra. Y yo... Me he enamorado como una bendita del dueño del restaurante donde voy a comer cada día con mis compañeras del trabajo... — me dice mirándome con cierta incertidumbre al no saber qué le voy a decir.

—¿Qué me estás contando?

—Lo que oyes. Y como te puedes imaginar, estoy más liada que la pata de un romano. Ya no sé lo que debo hacer y lo que no. Lo que es correcto y lo que está fatal... Mi vida es un caos y espero ser capaz de poner un poquito de orden y sentido común —me dice sin poder evitar que una lágrima traicionera se deslice por su mejilla. Se la limpio con cariño y le doy un abrazo. Ella da un suspiro y noto cómo se relaja al sentirme tan cerca.

—Gracias, Gala. Siempre estás a mi lado cuando lo necesito.

—Lo mismo te digo. Nunca me has fallado y sé que siempre te voy a tener en mi vida. Y bien, ¿qué vas a hacer?

—Buf, ni idea.

—¿Lo has hablado con tu marido? ¿Sabes si él piensa igual que tú?

—No. Me da miedo lo que pueda llegar a decirme. ¿Y si me confirma que está enamorado de otra mujer? ¿Qué cara pongo ante eso?

—La verdad duele, la mentira mata y la duda tortura. Tú decides qué es lo que quieres hacer... Mi consejo es que lo habléis tranquilamente y pongáis las cartas sobre la mesa para saber en qué punto se encuentra vuestra relación. Tampoco es necesario que le cuentes todos tus secretos, ya sabes, somos dueños de nuestros silencios y prisioneros de nuestras palabras. Hay cosas que es mejor no decirlas. Y si crees que el hombre por el que suspiras ahora mismo merece la pena y es con quien puedes llegar a ser muy feliz, adelante, lucha por esa relación. Nunca te conformes hasta que lo bueno sea mejor y lo mejor se convierta en excelente. Ése es mi consejo.

—¿Ves? Contigo es tan fácil hablar... Me duele tanto la cabeza de pensar sin descanso alguno... Llevo demasiados días sin descansar bien, sin dormir varias horas de un tirón y sin ver las cosas con claridad. Ahora empiezo a ver

un rayito de luz y de esperanza —me dice sonándose la nariz mientras se seca las lágrimas con un pañuelo.

—Mira, ni eres ni serás la primera mujer que tiene problemas en su matrimonio y que termina por enamorarse locamente de otro hombre. Hay que darse cuenta cuando el amor se termina y tener la dignidad, el valor y el coraje suficiente para decir «se acabó».

—Ole, ole y ole, mi niña; qué arte tiene y qué bien sabe hablar. Madre mía lo que te llevo a querer —me dice agarrándome del pescuezo y llenándome la cara de besos. A mí se me escapa la risa y escucho que mi niño hace un ruidito. Le miro y veo que está con los ojos abiertos.

—Ay, que mi cosita bonita se ha despertado y su mami lo va a achuchar un poquito. Pero ¿cómo puedes ser tan requeteguapo y simpático? Ay, que te comoo —le digo mientras le hago cosquillas en la barriga, y Pablo ríe al ver las tonterías que le estoy diciendo con un tono de voz tan sumamente ridículo pero totalmente inevitable. Lo beso con auténtica devoción mientras mi prima nos mira con una sonrisa en la cara. Imagino que está sorprendida por el instinto maternal tan bestia que se me ha despertado y que afloró de lo más hondo de mi ser sin ni tan siquiera darme cuenta.

—¿Y tú cómo lo llevas con Leiva? ¿No os ha pasado factura lo del bebé?

—Pues, si te soy sincera, estamos mejor que nunca y Pablo ha afianzado aún más la relación. Nuestros inicios no han sido fáciles, pero he de decir que ahora va todo viento en popa.

—Me alegro muchísimo por ti. Mereces ser feliz y Leiva es un buen hombre. Ha tenido su época de locura transitoria en plan macho semental que se lo follaba todo, pero parece que ya ha sentado la cabeza, ¿no crees?

—Yo diría que sí. Estoy viendo cosas en él que no las había visto nunca antes. Se le nota que me quiere una barbaridad y lo demuestra a diario. Valoro mucho lo que tengo, que lo mío me ha costado, y para poder apreciar la luz hay que conocer la oscuridad, y nosotros oscuridad hemos tenido pa' aburrir —comento con desgana.

—Bueno, toda historia que se precie debe tener unos inicios un tanto escabrosos, ¿no?

—Eso dicen... Además, soy de las que piensan que todo pasa por algo, todo nutre y todo enseña.

—Ay, prima, cuánto tengo que aprender de ti —me dice sonriendo.

Terminamos de desayunar y nos apetece dar un paseo para disfrutar del día tan bueno que hace. Nos vamos a un parque cercano y vemos cómo nadan los cisnes junto a un montón de patos de diferentes tamaños; imagino que debe ser época de reproducción...

—Nunca creí que llegaría nuestro final. Con lo que hemos sido mi marido y yo y míranos, decidiendo cómo afrontar la situación y cómo dejarle caer que quiero divorciarme de él —me dice bastante apenada—. ¿Y qué les digo a las personas que quieran malmejar y me hagan preguntas indiscretas cuando ya se sepa lo del divorcio? Tú y yo conocemos perfectamente a nuestras familias y sabemos de la mala hostia que gastan algunos... Hay quien va a meter el dedo en la herida sin miramiento alguno.

—No malgastes tus palabras con aquellos que merecen tu silencio. A veces, lo más potente que puedes hacer es no decir nada. Los únicos que necesitan oír tus explicaciones y argumentos son tu marido y tus hijos. Todos los demás somos secundarios y tú decides con quién hablar y con quién no. Cuando te hagan preguntas indiscretas responde con un simple «No me apetece hablar del tema porque mis cicatrices aún están sanando», y listo. Y a quién no le guste tu respuesta, que haga burbujitas de jabón, que es más divertido.

Mi prima me mira divertida por las cosas que le digo. Siempre he sido muy mía y me da mucho coraje que la gente se tenga que meter en los asuntos ajenos. Los chismes para *Sálvame*, que allí se ganan la vida con ello y de algo tendrán que vivir...

—Pero ¿y si la gente habla más de la cuenta y en las típicas comidas familiares dicen cosas de nosotros que no son? Sabes cómo me pongo cuando oigo a alguien decir algo de lo que no tiene ni puñetera idea y que yo sé que es

mentira... Me voy a pelear con media familia y no les volveré a dirigir la palabra nunca más... ¿Y la familia de él? Como se les ocurra irme dejando verde allí por donde vayan y yo me entere, te juro que se lía y gorda —me dice muy indignada.

—Si eres débil, tratarás de vengarte. Si eres fuerte, perdonarás. Pero si eres inteligente, sólo ignorarás. Pasa de la gente que te hace daño e intenta rodearte de los que te queremos y te apreciamos, nos gustas tal y como eres. No sé por qué lo hacemos, pero tenemos la fea costumbre de fijarnos más en el que nos hace daño y nos lastima que en el que nos protege cuidando de nosotros. Que les den por saco a los que puedan llegar a criticarte... Piensa que muchas de las personas a las que se les llena la boca hablando mal de alguien haciéndose los dignos y los que no han cometido jamás un error, suelen ser los que más tendrían que callar porque tienen una vida completamente triste, miserable, sin alegrías y cometen más fallos que una escopeta de las de la feria. Y lo peor es que muchos de ellos suelen decir o incluso hacer aquellas cosas que tanto critican, pero como son unos cobardes prefieren hacer como si no fuera con ellos y criticar al que tienen al lado... Es mejor inyectarse un poco de fantasía para no morir de realidad, así que tú piensa que a todos les parece bien la decisión que habéis tomado y haz como si no pasara nada.

—Tienes toda la razón. Ya tengo edad para hacer lo que me dé la gana con mi vida. ¡A la mierda lo que opinen de mí!

—Ésa es mi chica —le digo dándole un golpecito en la espalda.

Pablo tiene hambre y nos sentamos en un banco para cambiarle el pañal y darle el biberón.

Continuamos con el paseo y le pregunto sin andarme con demasiados rodeos.

—¿Y qué tal con tu nueva conquista? ¿Ya te ha dado mandanga de la buena? Mi prima se ruboriza y me da un golpecito con el codo.

—Qué burra que eres...

—Sí, yo seré muy burra, pero tú no has contestado a la pregunta que te he hecho.

—Está bien, te lo contaré, pero de esto ni una palabra a nadie, ¿entendido?

—¿A quién quieres que se lo cuente? Sabes que guardo los secretos como nadie y que me llevaré un montón de ellos a la tumba.

—Más te vale... Pues la semana pasada quedamos para vernos en un hotel. Estuvimos juntos tres horas, pero fueron las tres horas más felices de mi vida. Me hizo sentir tan viva, tan feliz, tan atractiva, tan... todo. Pudimos comprobar la química que existe entre nosotros y saber lo mucho que nos gustamos. Él lleva divorciado varios años y dice que le gusto muchísimo, pero es consciente de que estoy casada y que es muy probable que nunca dé el paso de dejar a mi marido. Lo nuestro es muy sano y en ningún momento me está obligando a tomar la decisión de separarme ya. Dice que me tome mi tiempo y que sea yo la que decida lo que quiero hacer con mi vida. Que no me deje intimidar por nada ni por nadie y que haga lo que me dicta mi corazón.

—Muy buen consejo por su parte —le digo.

—¿Sabes lo que me dijo cuando nos estábamos despidiendo en la puerta de la habitación?

—Sorpréndeme —respondo con ironía.

—Me miró a los ojos, sujetó mi cara con sus manos y tras darme un tierno beso me dijo: «Me da miedo salir de este hotel y no volver a sentir nunca más lo que he sentido estando contigo». También que quizá ésa iba a ser nuestra primera y última vez porque debido a la culpa y a los remordimientos de conciencia que posiblemente empezara a sentir nada más salir de allí, podrían provocar en mí que no quisiera volver a verle nunca más. Pero se equivocaba completamente; me muero de ganas por volver a estar con él y decirle lo mucho que le he echado de menos...

—Bueno, cómo estás de encochada... No imaginaba que sintieras tanto por ese hombre. ¿Él sabe que ha despertado en ti un sentimiento tan puro, fuerte y verdadero?

—No. No quiero darle falsas esperanzas y menos sin haber hablado con mi marido. Sabe que me gusta, claro que lo sabe, me resulta imposible disimularlo, pero intento contenerme a la hora de expresar lo que siento por él y aún no le he abierto completamente las puertas de mi corazón. Ya sabes que cuando siento, siento de verdad. Y que cuando me doy, me doy al máximo. No quiero meter la pata al exponerle lo que siento por él y que se pueda hacer una idea equivocada. Y tampoco sabría ahora mismo por dónde empezar a la hora de hablarle francamente.

—Con lo fácil que es hablar y lo difícil que resulta decir las cosas, ¿eh?

—Pues sí. Hablamos a diario por WhatsApp y nos vemos cada día en su restaurante, él como dueño y yo como clienta, pero la cuestión es que nos vemos de lunes a viernes. Y el fin de semana mis pensamientos están con él y en las ganas que tengo de que vuelva a ser lunes y llegue la hora de comer. Sólo hemos estado juntos una vez, la que te acabo de explicar, pero me muero por repetir la experiencia y que me haga sentir todas y cada una de las cosas que me hizo el otro día... Incluso en ocasiones adivina mis deseos sin yo hablarle, le basta con una mirada. Con su apoyo incondicional me ayuda cada día a levantarme, pues hay días que no saldría de la cama al ver la que se me viene encima, y admito que está haciendo de mis días una vida soportable hasta que ponga el punto final a mi matrimonio...

Me despido de mi querida prima, ya que tiene que ir a recoger a sus hijos al colegio, y me voy dando otro paseíto hasta llegar a casa. Me gusta caminar por el paseo marítimo escuchando el ruido del mar. Mi bebé sigue dormido y el tío tiene una vidorra que pa' mí la quisiera. Come, duerme, ríe, se relaja en la bañera y hace caca como si tuviera dos años... Menudas cagarrutas mete. Y eso que aún es un lactante; ya me han avisado que cuando empiezan a comer carne y comida en general la cosa cambia bastante. Con lo maniática y escrupulosa que he salido...

Hay que ver cómo cambia el cuento cuando una se convierte en mamá...

Capítulo 16

Hemos quedado para cenar en casa con varios amigos. Últimamente las quedadas las hacemos en nuestra casa y así podemos acostar a Pablo en su cuna mientras cenamos con la calma, eso sí, con el monitor del vigilabebés bien cerquita, no sea que le pase algo y no nos enteremos. ¿Qué queréis? Soy madre primeriza y vivo en un constante sinvivir. Rara es la noche que no me acerco a mi niño cuando está dormido pensando que no respira o que está más quieto de lo normal. Me da miedo que le pase algo y me moriría de la pena si eso sucediera.

A ver, no os confundáis, no es que sea una hipocondríaca o algo parecido, simplemente me preocupo por su bienestar y, al verlo tan pequeño e indefenso, pues la preocupación crece por momentos... Y más sabiendo la cantidad de desgracias que suceden a diario y las barbaridades que se llegan a oír ya sea en las noticias, en los colegios o entre amigos que también son papás...

Cuando estamos terminando de comer el postre, Pablo anima la velada con uno de sus repentinos llantos a todo lo que le dan los pulmones y las cuerdas vocales y más de un invitado da un saltito de la silla.

—Coño, no veas qué chorro de voz tiene el enano —dice César poniéndose la mano en el corazón debido al susto que se ha llevado.

—Ya te llegará si todo va bien entre vosotros dos —comento riendo mientras me limpio los morritos con mi servilleta y me levanto haciéndole una señal a Leiva diciendo que ya voy yo.

—Si me disculpáis unos minutos nuestro bebé reclama de mis atenciones y como ya sabéis, el deber de una madre nunca termina.

Sonríen por las ocurrencias que tengo y me alejo de ellos. El llanto del

niño me hace subir la escalera de dos en dos mientras le voy diciendo que mami está de camino. Al verme entrar por la puerta sonrío y el muy gamberro me hace una pedorreta.

—Hola, mi cosita bella. ¿Quién tiene hambre y quiere un biberón bien grandote? ¡Yoooooo! —digo levantando su brazo como si fuera él quien hace ese gesto—. Vamos a cambiar el pañal de mi niño porque me ha salido un cagoncete que hace mucho pipí y mucha cacona, ¿a que sí? Guapo, mi niño bonito. ¿Quién te quiere a ti? Síííí, mami te quiere mucho. Ajoooo, ¿cómo me dices ajo? A ver que yo te escuche. Ajoooo, ajooooo... Muy bien, mi chiquirritín. ¡Ay, que te como! Te juro que cualquier día de éstos te como a besos —le digo dándole muchos besitos por la barriga mientras él ríe. Le quito el pañal y le limpio el culete y los genitales.

»Pero qué huevos más gordos tienes, ¿a quién habrás salido tú? Desde luego que eres hijo de Leiva, no tengo la menor duda de ello... Ay mi cosita, que me lo quiero con locura. Ale, ya tienes tu cremita puesta, tu pañal limpito y papi ya te habrá preparado tu superbiberón. Vamos al comedor que hay mucha gente que te quiere ver.

Camino por el pasillo y bajo la escalera con mi niño en brazos. Voy con mucho cuidado porque me da pánico caerme rodando y poderle lastimar. Al llegar junto a nuestros amigos veo que están sonriendo mientras Dafne sujeta el monitor del vigilabebés en su mano.

—Es muy interesante escucharte mientras le cambias el pañal al niño. — Me sonrojo al saber que me han estado oyendo y le acerco a su sobrino para que le dé un besito.

Al momento son ellos los que le están diciendo tonterías al crío y ponen la ridícula voz que todos los adultos ponemos cuando hablamos con algún bebé.

Leiva le da el biberón y, como era de esperar, Pablo se queda frito en los brazos de papi. Por el momento es instantáneo, biberón es igual a caer en un profundo sueño.

—Ahora vengo, voy a dejarle nuevamente en su cunita —nos dice Leiva

mientras le da un besito en la frente. Es tanto el amor que siente por Pablo...

Al momento escuchamos por el monitor la voz de mi marido.

—Dulces sueños, angelito mío. No olvides que papá te quiere muchísimo y que eres el mejor regalo que la vida me ha podido dar. Descansa, mi niño.

Sonríó ante semejante declaración de amor y noto que se me estremece el alma al sentir tanto en mi interior. Estoy tan enamorada de mi marido...

A la hora de hacer el brindis, Aitana y César nos dan la buenísima noticia de que se van a casar. No va a ser un bodorrio con doscientos invitados, quieren algo íntimo, una ceremonia por lo civil y teniendo a su alrededor a las personas que verdaderamente deseen ellos y con las que tienen una relación de las de verdad. Compromisos los justos en un día tan importante. No quieren que se retrase mucho tiempo y prefieren celebrar la boda en un pueblo pequeño donde puedan hacerlo pronto, que no en nuestra ciudad donde puede haber perfectamente unos dos años de lista de espera...

A mí me hace mucha ilusión y les abrazo mientras les felicito alegremente. Me encantan las bodas y todo lo que conllevan; peinados bonitos, vestidos elegantes, maquillaje sofisticado, risas, alegría, buen humor, buena comida, música, bailes, más risas y un poquito de alcohol. ¡La combinación perfecta para pasarlo bien!

Cuando estamos en la cocina haciendo los cafés y unos cócteles, Aitana nos dice a Dafne y a mí que se le ha ocurrido hacer algo muy divertido para el día de su boda.

—Lo he pensado esta mañana y sé que puede quedar superchulo. Consiste en hacer un *flashmob* todos los amigos juntos. Es decir, que cuando llegue el momento empezaré a hacer un baile y poco a poco el resto de los invitados os iréis añadiendo hasta terminar bailando lo mismo. Evidentemente tendremos que quedar días antes para ensayar y que la sorpresa quede genial. ¡César va a flipar! ¿Qué os parece? —nos dice muy emocionada por lo que nos acaba de contar.

—A mí me encanta. Ya nos veo en plan desatados dándolo todo en medio

de la pista. Y tú de blanco, radiante con tu bonito vestido moviendo el culo y las tetas ante tu recién estrenado marido. ¡Lo veo! —digo muertecita de la risa.

—De verdad que así da gusto organizar cosas. Os pido vuestra ayuda para echarme un cable a la hora de elegir el baile y a los participantes.

—Cuenta con ello, nosotras nos encargamos. ¿Verdad, Dafne? —le digo guiñándole un ojo. Ella sonrío y afirma con la cabeza. A las dos nos va más una fiesta que a un tonto un lápiz y rápidamente se nos empiezan a ocurrir ideas muy divertidas.

—De esto ni una palabra a César, que quiero que sea sorpresa.

—*Of course, my darling.*

Volvemos al comedor con la bandeja repleta de cafés, cócteles y chupitos. La noche es larga, y los chicos han preparado un juego de mesa donde la risa está más que asegurada.

Como siempre hacemos chicas contra chicos, y ya sabemos que les vamos a pegar una paliza. Nosotras nos entendemos sólo con mirarnos y nos resulta extremadamente fácil acertar las preguntas. Es lo que tiene conocerse tan y tan bien...

La vuelta al trabajo y a la normalidad vuelve a nuestras vidas. Ya tenemos los papeles en regla y hemos disfrutado del permiso de paternidad/maternidad tanto Leiva como yo.

Legalmente soy la mamá de Pablo porque le he adoptado.

Como nuestros trabajos requieren de flexibilidad y tiempo libre, necesitaremos la colaboración de los abuelos. Por suerte viven cerca y con mucho gusto se van turnando para cuidar del bebé. Además, los cuatro se llevan muy bien y en alguna ocasión han quedado para dar un paseo junto a su querido nietecito. Nosotros felices, cuatro cuidadores son mejor que dos.

En el trabajo estoy muy bien, pero se me hace duro separarme del peque y

más siendo tan pequeño. He pedido que me pasen a vuelos peninsulares y pronto me lo darán.

Como ninguna de las tres queremos trabajar separadas y la compañía está muy contenta con nuestro rendimiento laboral, pedimos que nos mantengan juntas trabajando en la misma tripulación. Afortunadamente nos dicen que sí y estamos locas de contentas.

César y Leiva también solicitan el cambio, pero al ser pilotos es un poco más complicado; les dicen que estudiarán la propuesta y que si encuentran pilotos interesados en ocupar sus vacantes no tardarán demasiado en aceptar la permuta.

Llevamos bastantes años viajando muchísimo y estando en demasiados países en muy poco espacio de tiempo. De todo se cansa uno, y esto de estar siempre haciendo viajes de más de siete horas, durmiendo en hoteles alejados de tu hogar y de tu gente, volviendo a viajar en unas horas con el cansancio que conlleva, es bastante agotador. Mucho mejor hacer viajes cortos y dormir cada noche en casita junto a mi precioso niño.

La despedida de soltera de Aitana la celebramos en Punta Cana. Es nuestro último viaje intercontinental y hay que aprovechar que estamos en el paraíso caribeño.

Dafne llamó a nuestro hotel para informar de los acontecimientos y al llegar a nuestra habitación triple nos la encontramos repleta de decoración festiva como si de un cumpleaños se tratara.

Nos han dejado una cubitera con una botella de cava bien fresquito y una caja de bombones junto a un bol repleto de fresas. ¡¡¡Qué detalle tan bonito!!!

Nos damos una buena ducha, nos ponemos nuestras mejores galas y nos vamos a cenar al restaurante del hotel.

La novia lleva una banda donde se puede leer: «¡Se va a casar!

Convencedla para que no lo haga».

Parece ser que la frase hace gracia y la gente le va diciendo cosas para intentar evitar semejante «tragedia».

Lo mejor de todo es que el novio, es decir, César, está dos mesas a la izquierda. Trabajamos juntos ya que es uno de nuestros pilotos y lógicamente está hospedado en el mismo hotel que nosotras.

El pobre quería cenar en la habitación para no molestar, pero nos ha sabido mal y le hemos dejado bajar. Luego ya a la discoteca no podrá venir y se tendrá que recoger prontito. Mejor, así va descansado para mañana, que tiene que pilotar un gran avión repleto de pasajeros...

He de decir que no nos podemos quejar de nuestros chicos. Son unos tesoritos y hacemos con ellos lo que nos viene en gana.

Leiva está en Brasil y prometo mandarle algún vídeo gracioso que muestre cómo transcurre la despedida.

Llamo a mis suegros para que me pasen las novedades del día de hoy. Me dicen que Pablo se ha portado muy bien y que el pobre no da un ruido. Que han quedado con mis padres y han dado un paseo por la playa.

¡Menuda vidorra de jubilados que se llevan! Pero mejor, así los tengo disponibles para cuidar del peque mientras nosotros trabajamos.

Como era de esperar, la despedida es muy divertida y hemos bailado un montón. Estaban los animadores del hotel y nos han enseñado a bailar salsa, merengue y bachata. Bueno, lo han intentado... Al final lo que mejor se nos daba era el reggaetón, que es lo más parecido a mover el trasero al ritmo de la música.

Admito que nos hemos reído muchísimo y los animadores se lo han currado un montón. Hasta uno de ellos ha hecho un *striptease* dejándonos con la boca abierta. Menudo cuerpazo que tiene el señorito...

Hay mucha gente joven con ganas de pasar un buen rato bailando y riendo y parejas de baile no nos faltan.

Le he enviado algún vídeo a Leiva y se ha reído bastante.

A las tres de la madrugada decidimos ir a dormir, mañana trabajamos y debemos estar mínimamente descansadas. Estamos agotadas y tras darnos una duchita con agua fresca, cepillarnos los dientes y reír un poco más al recordar algunos de los mejores momentos de la noche, nos acostamos cayendo rápidamente en un profundo sueño.

La vuelta a casa es entretenida. Hemos despegado con retraso porque uno de los pasajeros ha bebido más de la cuenta e intenta subir al avión en un estado importante de embriaguez.

Está rozando la agresividad y así no puede viajar. Pedimos refuerzos al negarse a bajar del avión y finalmente vienen varios agentes de la policía para invitarle educadamente a que les acompañe. Él se niega obligándoles a hacer uso de la fuerza, poniéndole las esposas y sacándolo de allí a empujones.

El resto de los pasajeros aplauden al ver que por fin podemos despegar y, en mi caso, regresar a mi hogar junto a mi familia.

Durante el trayecto Aitana se encuentra mal y va al servicio a vomitar en tres ocasiones. Seguro que comió algo en mal estado o bien la resaca le está pasando factura.

La pobre hace lo que puede por intentar recomponerse, pero le resulta imposible. Le decimos que se quede sentada en los sillones que tenemos y que entre Dafne y yo haremos su trabajo. Nos lo agradece mientras apoya la cabeza en la pared y cierra los ojos. Se le ve agotada...

Al llegar a casa corro hasta llegar al baño y veo que mi madre está bañando al pequeño de la casa. Éste al verme hace varias pedorretas y chapotea en el agua dejándolo todo salpicado.

—¿Dónde está mi gordito? Que mami le ha echado muchísimo de menos. —
Le doy un beso en la mejilla a mi madre y le lleno la cara de besos a mi bonito bebé. Me encanta cómo huele el jabón de niños y respiro profundamente.

—¿Cómo ha ido? ¿Os ha dado mucha guerra?

—¿Guerra? Pero si es un angelito caído del cielo —dice mi madre mirando a su nieto con un cariño casi maternal.

—Sí, caído del cielo a escobazos. Que no veas qué sustos me mete cada madrugada cuando empieza a berrear al máximo de potencia... —comento sonriendo mientras le mojo la cabeza con su esponja.

—Hay que ver lo que le gusta a este niño el agua. No se cansa. Cuando hago el gesto de sacarlo me hace pucheros y le vuelvo a meter. Y así llevamos un buen rato, chapoteando y jugando sin parar.

—Mamá, si siendo tan pequeño ya te domina, miedo me da cuando tenga dos años...

—Oye, a mí no me metas bronca que ya sabes que los padres están para educar y los abuelos para disfrutar. Yo ya he criado y educado a cuatro hijos y ahora me toca despreocuparme sin tener que trabajar para que no falte el dinero en casa, batallar en el día a día con los mismos conflictos una y otra vez repitiendo las mismas cosas a diario... Así que esa labor te toca a ti y a mí me dejas tranquila —me dice riendo la muy sinvergüenza.

—Vaya... Menudo fichaje como abuela estás tú hecha...

—¡Qué quieres! Con el poco tiempo que he tenido para hacerme a la idea de que mi hija me iba a convertir en abuela, ya te puedes dar con un canto en los dientes —argumenta mientras me tira un poco de agua con los dedos de su mano.

—Veo que tienes ganas de fiesta, ¿eh? —Meto la mano en la bañera y le tiro un poco en la cara. A las dos nos da la risa y empieza una pequeña guerra de agua. Suerte que el niño está sujeto debido a la forma que tiene el fondo de la bañera y en el culito tiene un tope que no le deja hundirse. De todas formas, no le quitamos el ojo de encima pese a estar riendo como dos locas.

La puerta del baño se abre y entra Leiva. Nos mira con una gran sonrisa y sin darle tiempo a decir nada recibe en la cara un lanzamiento de esponja

empapada. Me mira con los ojos muy abiertos mientras mi madre y yo no podemos parar de reír.

—Pablo, cariño mío, lo siento mucho, pero estas dos energúmenas que están un tanto enajenadas serán las encargadas de cuidar de ti... Y lo peor de todo es que mejor será que no abramos la boca o saldremos escaldados... Dicen que el hombre es el sexo fuerte, pero eso seguro que se lo inventó una mujer para tenernos contentos pensando que tenemos el control, pero no nos engañemos, ellas son las que manejan el cotarro... Ya lo aprenderás con el paso de los años...

Recoge del suelo la esponja y aprovecha que le estoy dando un beso a mi niño para darme un golpecito en la cabeza consiguiendo que meta la cara dentro del agua. Abro mucho los ojos y miro a mi madre que se está aguantando la risa como buenamente puede. Leiva me mira, me guiña un ojo y sale corriendo a sabiendas que cuando le pille le haré alguna de las mías. Corro tras la estela de mi marido y mi madre cierra la puerta del baño para que Pablo no coja frío, no sin antes pedirle a mi padre que le acerque la fregona.

—¡Corre, cervatillo, que ya te pillaré! —le digo a Leiva mientras intento alcanzarle. Se dirige a nuestra habitación y cuando entro como un toro, con los pelos mojados pegados a la cara y sin poder parar de reír, sale de detrás de la pared y me agarra con fuerza por detrás.

—¿Dónde crees que vas, fierecilla?

—Ya te vale, mira cómo me has dejado.

—Te recuerdo que has empezado tú. Quien juega con fuego se quema y quien juega con agua se moja. Es una lógica aplastante, mi amor.

—¿Mi amor? Te voy a dar amor y del bueno... Te tengo ganas y en un rato sufrirás las consecuencias. Que lo sepas, estás avisado. —Sin dejarme seguir hablando me agarra la cara con sus grandes manos dándome uno de sus besos tan apasionados que a mí me dejan con las piernas temblando y el pulso acelerado.

—Voy a saludar a tu padre, que es el único serio de toda la familia.

—Sí, eso, díselo el día de Carnaval cuando se disfraza de *pilingui* y va dando bolsazos por las esquinas del barrio metiendo mano a los vecinos de confianza... —le digo riendo al recordar las hazañas de mi padre en diferentes carnavales. Dice que es su día preferido y que le encanta disfrazarse de lo que sea. No ha habido ningún año que no haya salido en la Rúa. Y como era de esperar, este año quiere salir con su nieto para presumir de bellezón. Aunque ya me dijo el otro día que se le había ocurrido que nos podríamos disfrazar todos juntos vistiendo a Pablo y al resto de mis sobrinos de miuras salvajes, y los adultos ir de corredores de los encierros de San Fermín... Mi padre y sus ideas, aunque he de decir que me parece muy original y es posible que lo hagamos.

Capítulo 17

Quedo con las chicas para ir a casa a recoger mis cosas. Estando únicamente con Leiva podía estar entre un hogar y el otro. Pero ahora, estando Pablo en nuestras vidas, me resulta imposible dormir con ellas, alejada de mi bebé.

Se alegran mucho por mí, aunque les sabe mal que ya no podamos vivir juntas. Por otro lado, César se va a ir a vivir con ellas y así podrán seguir pagando entre los tres el caro alquiler. Les interesa vivir cerca del aeropuerto y no tener que recorrer largos trayectos con el coche para ir a trabajar. Bastantes kilómetros hacemos ya con el avión...

A Dafne no le hace mucha gracia compartir hogar con un matrimonio, pero por el momento vivirá con ellos y ya se verá con el tiempo cómo evoluciona la cosa.

La pobre me dice que me echará mucho de menos y yo le digo que se puede venir a dormir a casa cuando le apetezca.

—Claro, salgo de mi casa para escapar de un matrimonio y me meto en otra con otro matrimonio y un bebé de meses... ¡Menudo planazo el mío! —Creo que no lleva nada bien que nosotras estemos haciendo nuestra vida y ella siga igual que hace varios años. Me sabe muy mal por ella, pero es ley de vida y por mucho que nos guste vivir juntas cada una debe ir forjando su destino.

Me ayudan a hacer las maletas metiendo en ellas todas mis cosas, aunque lo que realmente me llevo de esta casa son los buenísimos recuerdos que guardo en un lugar muy especial de mi corazón, y un sinfín de momentos repletos de alegría que hemos vivido juntas entre estas cuatro paredes.

Es tan bonita la relación que nos une...

Aitana está de un sensiblón que lo flipas y no puede retener las lágrimas

que se empeñan en salir a la luz. Nos mira con ternura como queriendo decir algo y sin dar demasiados rodeos nos dice que cree que está embarazada. Las dos la miramos con los ojos que se nos van a salir de las cuencas de los ojos.

—¿Qué dices? ¿Estás segura? —le pregunta Dafne.

—Ya sabéis que soy muy regular con la menstruación y llevo dos semanas de retraso. Los vómitos no han cesado y me siento muy cansada y con muchísimo sueño.

—¿Lo sabe César?

—Sí, claro que lo sabe. Me dijo que me esperara unos días para hacerme el test de embarazo porque si me lo hago muy pronto puede salir un falso negativo. Hemos quedado para hacer la prueba mañana con el primer pipí del día. Estoy muy nerviosa y creo que me va a dar algo —nos dice con esa cara que se le pone cuando está asustada.

—Jo, menuda intriga que nos dejas ahora. ¡Qué nervios! —le digo sonriendo mientras le doy un abrazo para calmarla. Dafne hace lo mismo, pero en ella veo un resquicio de tristeza. Tiene la mirada apagada.

—¿Qué te pasa? —pregunto sin más.

—Nada. ¿Por qué lo dices?

—No me mientas, que a estas alturas nos conocemos ya muy bien. Estás triste, se te nota en la mirada. —Aitana la mira y afirma con la cabeza.

—Llevas días bastante retraída y tristoná.

—Que no me pasa nada, simplemente noto que lo nuestro se termina. Vosotras habéis encontrado la felicidad junto a César y Leiva. Tú ya eres madre y, por lo que veo, tú lo serás en unos meses. ¿Y yo qué tengo que hacer? ¿Quedarme a vivir en esta casa junto a tu futuro marido y tu futuro hijo? Qué seré, ¿la que se quede para vestir santos? No. Yo quiero formar también mi familia igual que vosotras, y no hablo desde la envidia, que Dios sabe la alegría tan grande que siento al veros tan felices, pero me gustaría encontrar a algún tío que no esté muy tarado con el que poder crear un proyecto de vida. Ya empezamos a tener una edad y estar a vuestro lado viendo cómo vais

haciendo vuestros caminos, siendo consciente de que estoy exactamente igual que hace siete años cuando me independicé de casa de mis padres, pues me toca un poco la moral, sólo eso.

Ambas miramos a nuestra amiga y le damos un abrazo de esos que cargan las pilas y reconfortan el alma.

—Mi amor, no sufras ni sientas que tu vida no tiene sentido. Cuando menos te lo esperes, conocerás a algún hombre superespecial que te hará cometer locuras, tal y como nosotras estamos haciendo. Cuanto más buscas menos encuentras. Relájate y disfruta del día a día. A mí me seguirás teniendo muy cerquita, pues seguiremos viviendo juntas todo el tiempo que queramos. Y a Gala la verás cada día en el trabajo y sabes que viene a visitarnos con frecuencia, igual que nosotras vamos a su casa cada vez que nos apetece. Nuestra amistad no conoce ni conocerá la palabra «fin», así que no hay nada de que preocuparse. ¿Entendido? —Dafne afirma con la cabeza mientras se limpia las lágrimas y nos da la mano a cada una.

—Para mí sois las hermanas que nunca he tenido y os quiero muchísimo —nos dice consiguiendo que terminemos las tres llorando como bebés.

—Opino igual que tú. Os quiero chicas —les digo.

—Y yo a vosotras —responde Aitana. Nos quedamos abrazadas varios segundos hasta que la posible futura mamá tiene que salir corriendo poniéndose las manos en la boca.

»¡Siento romper este momento tan idílico! —nos dice desde el baño una vez ha vomitado todo lo que tenía en el estómago.

—¡No te preocupes, lo primero es lo primero! ¿Estás bien? —le grita Dafne para que la escuche.

—De puta madre... —responde Aitana como buenamente puede.

—Ésta está preñada hasta las trancas —murmura Dafne.

—Ya te digo —comento con una risita.

Una descompuesta y blanca Aitana aparece haciendo acto de presencia.

—¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Nos estábamos abrazando. Venid, chicas —

nos dice abriendo los brazos. Las dos la miramos con cara de guasa.

—Anda, supermami, tira para el sofá y tumbate un rato. Te irá bien descansar un poco.

—Suenan bien —nos dice dejándose caer en nuestro mullido y cómodo sofá—. Gracias por estar en mi vida. Os quiero —susurra cada vez con menos voz cerrando los ojos y cayendo rendida al sueño de Morfeo.

—¿Pues no que se ha quedado frita?! —comenta Dafne alucinada por lo poco que ha tardado en dormirse.

—Dicen que el primer trimestre del embarazo es todo sueño, pipí y en algunas mujeres, arcadas y vómitos —le digo observando a mi amiga que está durmiendo plácidamente.

—Pues Aitana cumple con todos los requisitos. Mírala, está más muerta que viva, ahí acurrucada entre los cojines. Vaya tela, mis dos mejores amigas con un churumbel cada una. Es de locos... Cómo ha cambiado la película, ¿no crees?

—Pues un poquito sí, la verdad —le digo con cariño—. Oye, no quiero verte mal y siento que estés pasando por una rachita de crisis existencial, pero sabes que me tienes para lo que te haga falta y que en ocasiones no es necesario ni que me lo digas. Anda, vamos a comer alguna guarrería en la pastelería de aquí al lado, que me ha entrado un hambre atroz haciendo tanta maleta teniendo las emociones a flor de piel.

—Me gusta la idea. Vamos, te invito —me dice mi amiga agarrándome del brazo y sonriendo al tenerme a su lado.

Somos unas gordis y nos ponemos hasta arriba de tocinillos de cielo. Son nuestra perdición y nos encantan a las tres. Le pedimos a la camarera que nos prepare una bandejita con media docena para que así se los coma la *preñi* cuando resucite de su siesta. Este rico manjar te da un chute de azúcar que le carga a una las pilas a base de bien.

Volvemos a casa y Dafne me ayuda a ir metiendo las maletas en mi coche. Vemos a Aitana que sale al jardín desperezándose y estirando los brazos.

—Bienvenida al mundo de los vivos. ¿Todo bien, mi reina? —le digo sonriendo mientras meto otra maleta en el maletero.

—De maravilla... Qué bien me ha sentado echar un sueñecito.

—Pues mejor te sentirás cuando te comas los seis tocinitos que te hemos dejado en la mesa de la cocina.

—¡Noooo! —nos dice muy emocionada.

—¡Síííí! —respondemos las dos riendo al ver la alegría que se acaba de llevar.

—¡Gracias! Os amo —nos grita mientras echa a correr como una loca en dirección a la cocina. Al momento vuelve con la bandeja en la mano degustando uno a uno los pequeños pecados que tanto nos gustan.

—Tendría que estar prohibido hacer estas cosas tan ricas —nos dice cerrando los ojos del gusto que está sintiendo.

—Lo que tendría que estar prohibido es que los puñeteros engorden tantísimo —respondo tocándome las caderas y el trasero.

—Tendrás queja. Si estás estupenda —me dice Dafne mirándome con descaro.

—Lo mío me cuesta, que me estoy privando de comer muchas de las cosas que tantísimo me gustan. Ahora con el peque no puedo ir al gimnasio tanto como quisiera y debo mantener la boquita bien cerradita.

—Toma nota, Aitana; aunque bueno, durante unos meses tendrás excusa al tener que comer para alimentar a dos personas y engordarás sí o sí —le dice Dafne mofándose un poco de ella.

—Oye, bonitas, que todavía no me he hecho el test de embarazo. Es posible que no lo esté...

—Claro, y mi padre es Batman. ¡No te digo! —respondo provocando una carcajada colectiva.

Me despido de ellas y le digo a Aitana que a la que tenga noticias nos las diga. Ella nos dice que sí mientras saborea el último tocinito que le queda.

Llego a casa y mi marido me ayuda con las maletas. Ya tengo faena para

toda la tarde...

A la mañana siguiente Aitana nos envía una foto en la que aparecen los dos con el test en la mano, donde se puede leer: «Embarazada de cinco semanas».

Sus caras son de felicidad y a César se le ven los ojos rojos de haber llorado. Cuánto me alegro por ellos.

Se la enseño a mi chico y se alegra muchísimo. Hacemos la llamada de rigor y escucho los gritos de alegría de la loca de mi amiga, que está superemocionada y nos dice que la boda se celebrará en dos semanas. No quiere ir con el barrigón de preñada vistiendo de blanco, un color puro y virginal... Aunque, pensándolo bien, nosotras a estas alturas tenemos de virginales lo mismo que mi madre y mi suegra.

Quedamos con los amigos que hemos seleccionado para hacer el bailecito el día de la boda. Les ha parecido una idea muy divertida y colaboran en todo lo que se les dice.

Hemos elegido una canción de Bruno Mars y el baile queda genial. Va a quedar muy muy bonito.

¡Estoy deseando que llegue el gran día!

Las tres estamos muy nerviosas, pero lógicamente Aitana es la que lo está más.

Su médico le ha dado la baja y durante el resto del embarazo no volará ni trabajará.

Le ha ido genial para organizar su boda y que no se le escape detalle alguno. Le gusta tener las cosas controladas y al disponer de tiempo libre podrá dedicarle las horas que sean necesarias.

Por fin llega el gran día y nos vamos juntas a la peluquería donde nos peinarán y nos maquillarán dejándonos preciosísimas.

Estamos muy contentas e ilusionadas y no paramos de reír. Por suerte Aitana lleva varios días sin vomitar y parece ser que las arcadas han remitido considerablemente. Suerte, porque hay mujeres que están todo el embarazo vomitando sin tregua alguna, y eso debe ser peor que una muerte a escobazos...

La ceremonia es en el ayuntamiento de un pueblecito perdido en la montaña a media hora de Barcelona. Aquí no había lista de espera para casarse y los vecinos del pueblo se alegran al ver sus calles llenas de personas radiantes de felicidad y alegría.

El alcalde no se hace muy pesadito a la hora de soltar su parrafada y pasamos un ratito muy ameno escuchando las cosas tan bonitas que está diciendo.

El momento de intercambiar los anillos dándose el sí quiero es sin duda el más emotivo.

Mi niño se porta genial y, pese a estar despierto, no hace ruido y va mirando a las personas que están a su alrededor. Lo hemos vestido con un mini traje con camisa y corbata y no puede estar más bonito y gracioso.

Le he hecho unos tres millones de fotos y el pobre debe de estar hasta el moño de la pesada de su madre y las dichosas fotitos.

El banquete se celebra en un restaurante del mismo pueblo y así no tenemos que volver a coger el coche. Admito que el lugar es precioso y tanto Aitana como César han tenido mucho gusto eligiéndolo.

La comida está exquisita y me pongo las botas en el picoteo que se hace antes de pasar al salón.

Una vez sentados los camareros empiezan a servir el primer plato.

Simplemente una palabra: sublime. Bueno no, que sean dos: sublime y maravilloso.

Estoy encantada de la vida y me alegro muchísimo al ver tan feliz a mi

amiga, y más sabiendo que en unos meses, si todo va bien, dará a luz a un pequeño ser que llenará sus días de alegría, amor e ilusión.

Me duele la barriga de tanto comer, y aún falta el postre y el pastel...

Por suerte ya mismo haremos el *flashmob* y espero que me baje un poco la comida mientras muevo mi cuerpo serrano al ritmo de la música. Hemos acordado en que lo haremos cuando los novios estén cortando el pastel, así que el momento es inminente y ya empiezo a estar nerviosa.

Aitana nos guiña un ojo cuando se levantan para recibir la tarta nupcial y mi pulso se empieza a acelerar por momentos. Lo tenemos bien estudiado, y seguro que saldrá de maravilla, pero no puedo evitar ponerme nerviosa.

Pablo ya se ha ido a casa con mis suegros, que nos han hecho el favor de venir a buscarle cuando empezaba el convite. Es muy pequeño y como se ponga tontito nos puede dar la boda con esa manera tan potente que tiene de llorar.

Los camareros sacan el pedazo de pastel tan sumamente bonito y aplaudimos al verlo repleto de bengalas y una decoración preciosa.

Cuando empiezan a cortar los primeros trozos suena nuestra canción y Aitana hace que su recién estrenado marido se siente en una de las sillas junto al grupo de colegas de la infancia de éste. Él sonríe sin entender nada y cuando ve a su mujer que empieza a bailar se le dibuja una sonrisa guasona en la cara.

Ella, muy metida en su papel de superbailarina, va haciendo los pasos tal cual los hemos ensayado. De repente nos levantamos Dafne y yo y corremos para ponernos al lado de nuestra amiga y bailar lo mismo que ella. Nuestro público aplaude y silba y César no puede parar de reír. Los siguientes en unirse son Leiva y el padrino, que es el primo de César. Vamos a una y nos está saliendo muy bien. Entonces, la mesa al completo compuesta por los amigos del novio se pone en pie y se añaden al baile. César está flipando y nos mira con los ojos muy abiertos. Las siguientes son las amigas del instituto de Aitana, que muy animadas se ponen a bailar también. Y como traca final,

tanto los padres del novio como los de la novia se levantan y al ritmo de Bruno Mars, y con una chulería que no les cabe en el cuerpo, se unen a la fiesta.

Un montón de cámaras están grabando el momento y sé que vamos a ver este vídeo unas pocas de veces...

Al finalizar la canción nos quedamos quietos y todos, absolutamente todos, se ponen en pie y aplauden como si de un musical se tratara. Hemos guardado bien el secreto y nadie se esperaba algo así. Y creo que el que más sorprendido se ha quedado ha sido César, que mira a su mujer como si de una heroína se tratara.

—Cariño, lo has hecho genial. Me ha encantado —le dice su ya marido un tanto emocionado.

—¿Sí? ¿Te ha gustado? ¿Ha quedado bien? Mira que no hemos tenido mucho tiempo para ensayar —le dice ella resoplando debido al esfuerzo.

—Pues parecía que fueseis unos profesionales, os felicito —dice elevando la voz para que le escuchemos.

Volvemos a las mesas y le doy un gran trago a mi copa de agua y luego a la del vino.

—Qué bonito lo que Aitana ha hecho por su marido, ¿no crees? —me dice mi hombre.

—Ha sido un gesto muy chulo. Y suerte de la gente que no se negó a participar pese a la vergüenza que da ponerse a bailar así en frío delante de un montón de personas... Pero mi amiga nos lo pidió como favor y para eso estamos, para echarnos una mano cuando es necesario.

Leiva me pregunta con un toque de picardía:

—¿Qué le pides tú a la vida? —Le miro fijamente y, sin pensar demasiado lo que he de decir, dejando que sea mi corazón quien hable, le respondo:

—De la vida no quiero mucho, sólo quiero tener la certeza que intenté conseguir lo que quise, que tuve lo que pude, amé lo que valía la pena y perdí apenas lo que nunca fue mío.

Él me mira con esa cara que pone cuando algo le gusta mucho. Y yo, a estas alturas, ya sé que gustarle le gusto una *jartá*.

Estamos en medio del salón donde se está celebrando el banquete de la boda de Aitana y César. El alcohol me ha desinhibido y tengo ganas de juerga. Deslizo mi mano por su muslo hasta llegar a su entrepierna que, como era de esperar, ya se está poniendo juguetona.

—Te tengo ganas —le digo besándole por el cuello.

—Tú quieres que yo te dé lo que ahora no te debo dar, ¿verdad? —me dice mordisqueando el lóbulo de mi oreja.

—¿Cómo que no me lo debes dar? Tu obligación y tu deber es saciar a tu hembra sea donde sea y quiera lo que quiera. Te recuerdo que estamos casados y las leyes ancestrales nos obligan a ello —digo un tanto perjudicada al estar haciéndome efecto las tres copas de vino que me he bebido.

—¿Ah sí? ¿Y dónde pone eso? —me dice riendo al ver lo graciosa que estoy en este estado de excitación y borrachera.

—Juraría que una de las meigas nos lo dijo, y seguro que también está escrito en el apartado donde se explican las obligaciones conyugales de nuestro matrimonio ancestral repleto de magia. Tú mismo, pero si incumples las reglas quizá recibas un castigo divino que vendrá del más allá por no haber querido fornicar con tu bella esposa... Tú sabrás lo que te haces...

Él me mira divertido y se levanta con un rápido movimiento.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa. Pídeme lo que desees y con mucho gusto te lo daré.

Tira de mi brazo haciendo que me levante y me zampa un beso en los labios, provocando que varios de los invitados nos silben y nos abucheen entre risas. ¡Qué mala es la envidia!

—Se nos ha olvidado algo en el coche, si nos disculpáis en unos minutos venimos —les dice Leiva a nuestros compañeros de mesa entre los que se encuentra mi amiga Dafne que me mira sonriendo al saber qué tipo de cosa nos hemos «olvidado».

—Aprovechad vosotros que podéis —comenta levantando su copa y dándole un gran trago.

Me sabe mal que haya venido sola pero no lo entiendo porque por suerte dispone de muchos amigos que le habrían hecho de acompañantes viniendo encantados de la vida. Pero ha preferido venir sola y por algo será. La excusa que ha puesto es que no quiere traer a la boda de su mejor amiga a alguien que no es importante para ella, que ese alguien salga en todas las fotos como pareja suya, y que tenga que ver esas instantáneas el resto de su vida. Prefiere ir sola a tener que arrepentirse por la elección del acompañante.

Mirándolo así es una decisión totalmente lícita y correcta.

A cuántos nos ha pasado que hemos llevado a algún noviete a alguna boda y luego, sin estar ya con esa persona, hemos tenido que apechugar al tener que ver el vídeo y las fotos en casa de los novios...

Nos encerramos en uno de los servicios que hay en el jardín donde se supone que no tiene que entrar nadie porque ahora estamos comiendo en el salón. Le empujo contra la pared y le beso igual que lo hacen en las películas. Le acaricio el cuerpo con descaros y le vuelvo a besar.

—Me encanta cuando te pones así de marranota —me dice mientras cierra la puerta con el cerrojo y levanta la falda de mi vestido.

—Pues ya sabes, aprovecha la oportunidad y apaga la sed de mi cuerpo.

—Como desees, *my lady*.

Lo que sucede mientras estamos allí encerrados ya os lo podéis imaginar...

Calor, tengo mucho calor. Abrimos la puerta y un soplo de aire fresco nos refresca la cara oxigenando nuestros pulmones, que se llenan y se vacían con rapidez.

Nos aseamos, me retoco el maquillaje y volvemos al salón como si nada hubiera pasado. Dafne me mira sonriendo y al sentarme a su lado me pregunta con una cara de mala que no puede con ella.

—¿Todo bien?

—Mejor imposible. ¿Y tú? Ya he visto que el padrino no te quita el ojo de

encima... Y cómo te buscaba a la hora del bailecito, ¿eh? Hasta que no ha acabado a tu lado no ha parado. Y aquí en la mesa ya le he pillado en varias ocasiones mirándote embobado sin que tú te dieras cuenta.

—Es muy mono y claro que me he fijado en él, pero tengo entendido que tiene pareja y que hasta viven juntos, ¿no?

—Tenía. Lo dejaron hace varios meses. ¿No has visto que ha venido solo?

—Pensaba que la chica estaría trabajando. Si no recuerdo mal, viaja con frecuencia a Nueva York por temas de trabajo y se queda varios días.

—Creo que le salió una oferta de empleo allí y se ha mudado definitivamente. Así que el muchacho está libre como el viento —le digo dándole un golpecito en el brazo—. Y me arriesgaría a decir que está receptivo y con ganas de fiesta. Y yo sé de una que se la puede dar muy bien dada y que además lleva un tiempito a dos velas e incluso un poco depre por la situación que estamos viviendo... ¿Te suena de quién hablo?

—¡Bruja! —me dice sonriendo mientras mira disimuladamente al chico del cual estamos hablando, y observa que él también la está mirando. Coge la botella de cava y le llena la copa. Dafne, agradecida por el gesto, acerca su copa a la suya y juntos brindan mientras el resto disimulamos como si con nosotros no fuera la cosa...

Empiezan a hablar y voy escuchando lo que van diciendo. Menuda conversación más absurda y simple, pero bueno, por algo tendrán que empezar...

Los novios dan por iniciado el baile bailando el típico vals y el resto de las parejas poco a poco nos vamos añadiendo.

Las canciones cada vez son más animadas y ya no podemos parar de bailar.

Como era de esperar, Dafne y Toni se han convertido en pareja de baile y el tiempo dirá si se convierten en algo más.

A las cuatro de la madrugada la boda llega a su fin. Estamos cansados pero felices y pletóricos. Imagino que Aitana debe de estar muertecita, pero la tía

ha aguantado como una campeona, eso sí, calzando unas zapatillas de estar por casa de color blanco divinas de la muerte.

Nos damos un abrazo colectivo en mitad de la pista, ahora ya con las luces encendidas, y nos despedimos los unos de los otros. Ha sido un día perfecto para recordarlo el resto de nuestras vidas.

Parece ser que la cosa entre Dafne y Toni pinta bien y van quedando con frecuencia para conocerse mejor, aunque se les ve muy compatibles. César está feliz por ellos y se alegra por su primo. Dafne es una mujer de los pies a la cabeza que merece muchísimo la pena. Y, además, ahora es también su compañera de casa, y será mejor que se lleve bien con ella...

Epílogo

Hay que ver cómo le puede cambiar la vida a una persona en un corto espacio de tiempo... Que me lo digan a mí: la eterna soltera, enamorada de un hombre casado un tanto libertino, viviendo un amor secreto y con escasas posibilidades de que nuestra relación terminara con un final feliz.

Pues resulta que no sólo he conseguido casarme con el hombre de mis sueños, sino que además lo he hecho dos veces: la boda ancestral rodeados de meigas y magia y la que celebramos hace trece días con todos nuestros seres queridos.

Ahora más que nunca entiendo a la perfección la frase que me dijo cuando estábamos en el crucero: «Aunque tú y yo nunca, tú y yo siempre». Lo nuestro es eterno y estamos destinados a estar juntos.

Junto a él me he convertido en la orgullosa mamá de un niño que ha sido un regalo del cielo, convirtiendo mi oscuridad en luz, y mi tristeza en alegría.

Siento un amor incondicional hacia mi bebé y cada día que pasa le quiero un poquito más. Me empieza a doler el corazón de quererle tanto...

Hace poco ni me planteaba el hecho de ser madre, ya sabéis, eso de estar todo el día viajando de un país a otro es lo que tiene, que cuesta compaginar el trabajo con una vida repleta de cargas familiares, pero el destino es así de caprichoso, te monta y te desmonta la vida en cuestión de segundos sin tú poder hacer nada para evitarlo.

Me ha cambiado completamente mi centro de gravedad y mis prioridades. He pasado de ser la actriz principal de mi película, a ser una actriz secundaria que apenas tiene protagonismo.

Ahora mi vida es Pablo y también mi marido; bueno, y el pequeñín o

pequeñina que está creciendo en mi vientre... Aún no lo sabe nadie, pero en cuanto encuentre el momento idóneo se lo diré al papá de la criatura, Leiva.

Creo que esta noche prepararé una cena romántica y, bajo la luz de las velas, rodeados de rosas rojas, le daré la buena noticia. Sé que se va a alegrar porque siempre me ha dicho que le gustaría tener una familia numerosa, al menos tres hijos.

Me he enterado esta mañana cuando he ido a recoger los resultados de una analítica de sangre que me han hecho en el trabajo al haberme realizado, como cada año, la revisión médica.

Ya os podéis imaginar la cara de tonta que se me ha quedado... Así que últimamente ésa es la dinámica de mi vida, me aparecen hijos inesperados que ni mucho menos han sido buscados...

Soy tremendamente feliz y no le puedo pedir nada más a la vida. Bueno sí, salud y un poquito de dinero, que está todo muy caro. No pido amor ya que tengo la grandísima suerte de estar casada con el hombre más maravilloso del planeta, al que quiero casi tanto como quiero a Pablo y a mi futuro bebé. Ya se sabe, antes soy madre que esposa...

¡Madre mía! ¿Eso lo he dicho yo? Si no recuerdo mal formo parte de un grupo de amigas que se hacen llamar «El club de las malas madres».

Las pobres flipan conmigo cada vez que les pongo al día de mis nuevos acontecimientos o de los de Dafne o Aitana.

La de vueltas que da la vida, a veces hasta marea, pero ¿y lo aburrido que sería si supiéramos lo que nos va a pasar en cualquier momento y no tuviéramos la suerte de ser sorprendidos de vez en cuando?

Yo por si acaso iré eligiendo un coche nuevo, que sea bien grandecito no vaya a ser que le salga a mi querido marido algún nuevo hijo de alguna de sus exligues... O bien yo le coja el gustillo a esto de la maternidad y me dé por parir al más puro estilo coneja. Quién sabe... Ay, no, que luego con tanto niño los amigos no te invitan a ningún acontecimiento divertido y es posible que me tenga que escuchar la frase que mi abuelo, que en paz descansa, decía cuando

tenía visita en casa: «Si me gusta tanto que vengáis a verme, es por la alegría tan grande que siento cuando os vais...».

Mi abuelo y sus frases lapidarias... ¡Qué gracioso era y qué arte tenía mi malagueño predilecto! Todavía a día de hoy cuando estoy en silencio me parece escuchar su risa y su tos permanente.

He empezado a escribir un diario donde anotaré todas y cada una de las cosas importantes que me van pasando y así algún día poder escribir un libro explicando mis vivencias, anécdotas y aventuras.

Es algo que me hace mucha ilusión y sé que tarde o temprano lo haré, eso sí, mostrando respeto hacia las personas que salgan en mi libro y ciñéndome a las bonitas historias que con mucho gusto relataré.

Ya sabemos que escribir es la mejor manera de leer la vida y una de las mejores terapias que existen. Se saca tal cantidad de mal rollito, de nerviosismo y de malas energías, pero al mismo tiempo es tan bonito desnudarte por completo mostrando tus sentimientos más íntimos, tus sueños y tus fantasías, que se dice que crea adicción y siempre quieres más.

Así que ése es uno de mis objetivos, escribir una novela repleta de recuerdos que me han marcado el corazón, el alma y mi forma de ser para poder dejar un bonito legado a mis seres queridos.

Dicen que un buen libro es una prueba para saber que los seres humanos somos capaces de hacer magia.

¡Hagamos magia!

Agradecimientos

Todas mis novelas son un pedacito de mí y cada una tiene un lugar privilegiado en lo más profundo de mi corazón, pero ésta en concreto ha quedado muy «yo», mostrando la madurez que voy adquiriendo año tras año, libro tras libro.

Disfruto tanto inventando vidas, creando momentos mágicos, improvisando, cambiando el rumbo de lo que parecía evidente y, por qué no decirlo también, «maltratando» en mayor o menor medida a los personajes con anécdotas vividas en mis propias carnes, con fantasías que divagan por mi mente o incluso con sueños que tarde o temprano espero hacer realidad.

Por suerte, en mi vida se van cruzando personas realmente interesantes; algunas, por desgracia, desaparecen igual de rápido que aparecieron, pero afortunadamente son muchas las que siempre estarán ahí.

Este libro está dedicado a toda esa gente que confía en mi trabajo, que me quiere, que me cuida y que está a mi lado pase lo que pase; en especial a mi buen amigo Alfredo, quien me ayuda con sus historias, sus ideas, sus consejos y su optimismo. ¡Gracias! Ha pasado mucho tiempo desde el día en que nos conocimos y eres de esas personas que se hacen querer, y sé que, aunque pasen los años, nuestra amistad perdura, dejando patente el respeto que ambos sentimos por el otro. No cambies nunca y gracias por existir.

A mis seres queridos, que sin ellos no soy nada, y por supuesto a Esther Escoriza y a la editorial Zafiro, por apostar una vez más por una de mis obras. ¡Gracias de todo corazón!

Deseo que disfrutes leyendo esta novela casi tanto como yo he disfrutado escribiéndola.

Biografía



Ariadna Tuxell es el seudónimo de una dinámica escritora que nació en Barcelona un 13 de marzo. Escribió y editó su primera novela en 2013 y desde entonces no ha dejado de escribir. Todas sus historias son eróticas, pero en ellas el romanticismo y el amor son los verdaderos protagonistas.

En la actualidad reside en su ciudad natal junto a su preciosa hija y su incondicional amigo del alma, amante pasional y la más bonita casualidad, Fernando. Y con la hija de él, lo más parecido a una hermana para su niña.

Debido a los duros momentos que le ha tocado vivir y superar de la mejor manera posible, Ariadna tiene una perspectiva del mundo y un punto de vista muy personal, místico y simple, pues es bien sabido que en muchas ocasiones la felicidad reside en la simplicidad.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/ariadna.tuxell/about>

Referencias a las canciones

En el amor todo es empezar, Copyright: © 2017 De Esta Recopilación Sony Music Entertainment España, S.L., interpretada por Raffaella Carrá. (N. de la e.)

Deshazte de mí, Copyright: © 2013 Sony Music Entertainment España, S.L., interpretada por Malú. (N. de la e.)

Ese hombre, Copyright: © 1979 BMG Music Spain, S.A., interpretada por Rocío Jurado. (N. de la e.)

Rata de dos patas, Copyright: © 2012 Musart, interpretada por Paquita La Del Barrio. (N. de la e.)

Ya, Copyright: © © 2016 Warner Music Spain, S.L., interpretada por Vanesa Martín. (N. de la e.)

Aunque tú y yo nunca, tú y yo siempre
Ariadna Tuxell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Ariadna Tuxell, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20839-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

